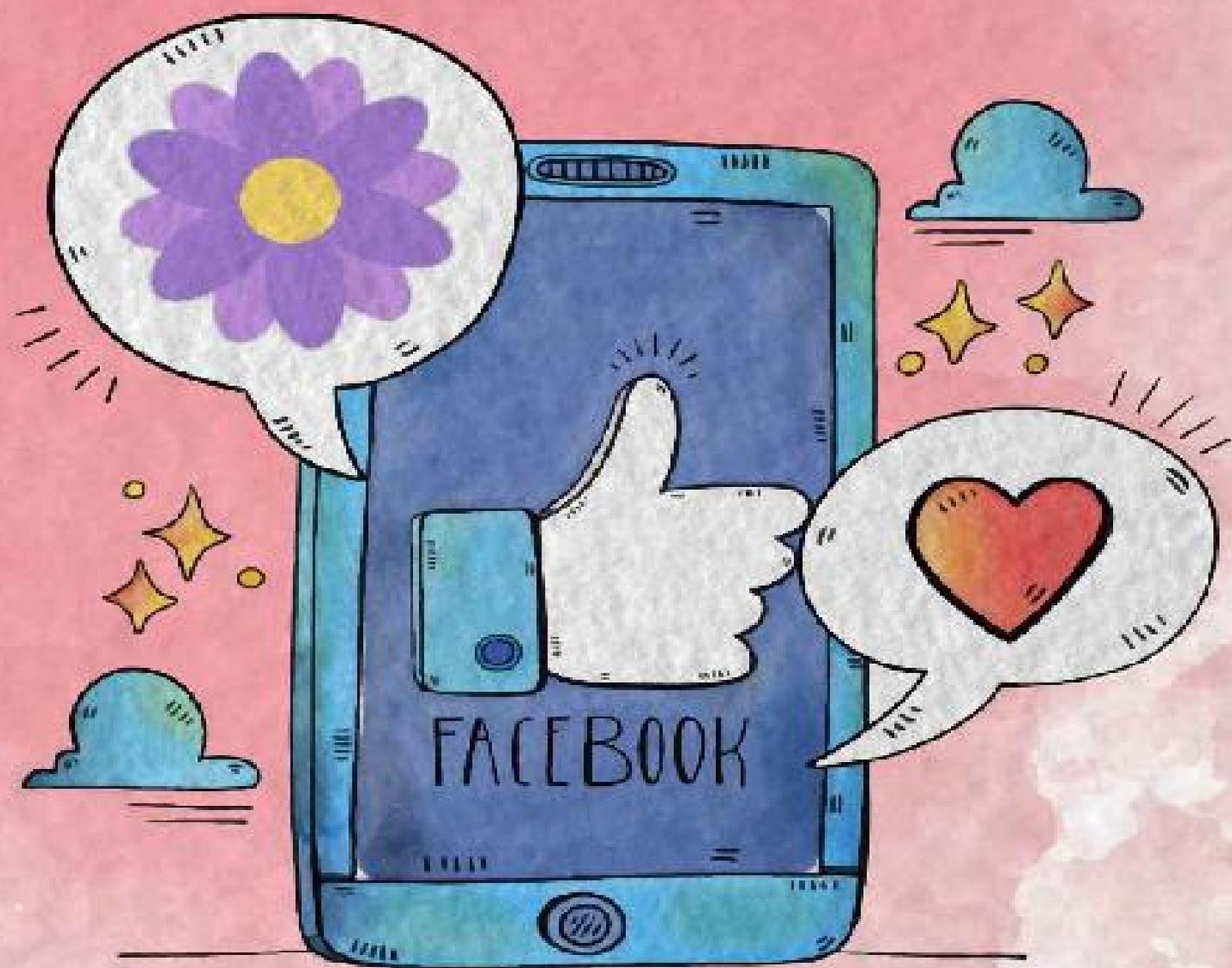


LAURA NUÑO & HELEN C. ROGUE

*Y llenarite  
el muro de flores*



Y LLENARTE  
EL MURO  
DE FLORES

Helen C Rogue  
Laura Nuño

# Índice

# Créditos

**Nº Registro:**

SafeCreative Identificador: 1306065232080

Fecha de registro: 06-jun-2013 14:06 UTC

Licencia: Todos los derechos reservados

1º Edición Abril 2013 (Planeta-Zafiro)

2º Edición Diciembre 2019

Autores: Helen C Rogue y Laura Nuño

Portada: ©ADYMA Design

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o prestamos públicos.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[1. El propósito](#)

[2. Facebook](#)

[3. Mi Estrella](#)

[4. ¿Quién sabe dónde?](#)

[5. Lo que quieren las mujeres](#)

[6. Perfecto](#)

[7. In person](#)

[8. Desastre](#)

[9. Caballero de brillante armadura](#)

[10. Una casa en el campo](#)

[11. Hola, me llamo Nacho](#)

[12. Y el ogro venció](#)

[13. Como lágrimas en la lluvia](#)

[14. ¿Quién?](#)

[15. Al toro por los cuernos, y a la vaca por las ubres](#)

[16. La Misión](#)

[Sobre las autoras: Laura Nuño](#)

[Sobre las autoras: Helen C. Rogue](#)

# **Dedicatoria**

A los amores de nuestras vidas.

# Agradecimientos

Escribir no siempre es fácil. Tenemos que lidiar con un trabajo, una familia, imprevistos varios... Una vida personal. Si, además, lo haces a cuatro manos, los problemas se duplican.

Pero también las alegrías.

Es muy raro congeniar y empatizar de la forma que nosotras lo hemos hecho, hallar ese equilibrio, esa complicidad, esa facilidad de comunicación, sin la cual esta novela no hubiera tenido lugar.

Podríamos hacer una larga, ¡larguísima!, lista de agradecimientos, pero si ya es difícil hacerla de forma individual sin olvidarse de alguien, hacerlo entre las dos resulta, cuando menos, toda una odisea.

Agradecemos, principalmente, a nuestras respectivas familias, las cuales por culpa de (o gracias a) las horas invertidas en la novela, se han visto privadas de nuestra compañía.

A Laura Morales. Porque, en cierta forma, nos ha allanado el camino.

A las nenis de Facebook y de Twitter en general. Decir nombres sería un no acabar, pero vosotras sabéis de sobra a quién nos referimos.

Y en cuanto a los agradecimientos particulares:

Laura Nuño: Mis agradecimientos van para mi CO. Por tu impaciente paciencia, por el aguante a mis ataques, por las risas, por las lágrimas. Por todo. Gracias por ponerle música a esos días de lluvia.

Helen C. Rogue: La vida te pone a las personas en tu camino por alguna razón. Agradezco a la vida, o al destino, o a quien nos juntara ese día, el haberte cruzado en el mío, porque esto, CO, es el inicio de algo grande. Gracias mil. Gracias por llenarme el muro de flores.

# 1. El propósito

A menudo me preguntaba sobre el oscuro y maléfico propósito que estaría tramando esa aprendiz a bruja que hace quince años me robó el corazón, sobre todo cuando sonreía de esa forma tan condescendiente y que tan en guardia me ponía. Sí, lo confieso, me pirraba esa sonrisa, no podía remediarlo.

Después de mucho pensarlo, la muerte, la mía en particular, era una de las opciones que más se barajaban, pues si no fallecía de inanición, lo haría de un infarto.

Debí sospechar que algo tramaba cuando una noche, mientras cenábamos, comenzó con un monólogo bastante instruido, además de cansino, sobre los inconvenientes de lo que ella consideraba una dieta *chungu que te cagas*. Debo añadir al respecto que su opinión no podía estar más desacertada: en casa, sobre todo durante los últimos cuatro años, cuando “Ella” hizo acto de presencia, seguimos un régimen alimenticio de lo más estricto, un plan dietético elaborado por uno de los mejores —y por ende más caros—, nutricionistas de Madrid. No puedo, ni debo, quejarme, pues haría cualquier cosa por su bienestar; fijaros si la quiero, pero digo yo que algún respiro me podía permitir...

Ahora que lo pienso, creo que la muy condenada sabía de sobra que dicho régimen me lo saltaba a la torera sin ningún tipo de remordimiento cuando salía de escapada con los colegas. No hay que ser un lumbreras para saber eso: cuando los hombres nos juntamos, no pueden faltar ni las patatas fritas, ni las aceitunas ni, por supuesto, las ¡ohhhh, benditas! cervecitas. Además, mi tripa cervecera era un fiel delator de mis fechorías alimenticias.

Si debo ser sincero, no le di la menor importancia a su sermón, pero fingí hacerlo asintiendo de vez en cuando y poniendo cara de circunstancias, aunque en el fondo estaba contando las horas que me separaban del viernes y, por lo tanto, de la rubia favorita de todos los hombres: Miss Mahou.

El demonio de ojos gris-azulados no añadió nada más al respecto, para tranquilidad de mi conciencia, pero algo en mi rostro debió mostrar la opinión que tenía al respecto, pues a los dos días se presentó ante mí, con una mirada siniestra y triunfal que contrastaba escalofriantemente con la dulce sonrisa que esbozaba, y me tendió un pasaje al infierno: la inscripción a un gimnasio.

Sus argumentos, como siempre, eran irrefutables. No solo porque ya había pagado la matrícula y la cuota de los tres próximos meses —recalcó unas diez veces que ese dinero había salido de *su propio bolsillo*, como si ella gastara de eso...—, sino porque cuando me miraba con esa carita me despojaba de toda voluntad, me convertía en una *piltrafilla* que terminaba haciendo lo que le viniera en gana.

Mi subyugación era voluntaria, lo sé, no podía ser de otro modo, sobre todo con lo que teníamos encima, pero mira que me costaba complacerla cuando atentaba contra *mi* salud. Porque, por mucho que ella dijera que en el fondo me estaba haciendo un favor, aquel empeño suyo de enrolarme en una vida saludable me estaba consumiendo. Dejar de fumar fue lo primero, aunque esa decisión la tomé por mí mismo a modo de promesa cuando “Ella” nos enseñó los dientes y nos dejó acojonaditos, algo que, por otro lado, me alegro de haber hecho. Prescindir de ciertos

caprichitos —pizza, hamburguesas o simplemente comer hasta reventar—, ya me estaba agriando el humor, pero lo del ejercicio físico... ¡Uffff!

Creo que la última vez que lo practiqué fue allá por los noventa, en el instituto y porque era una asignatura obligatoria, que si no, anda que iba yo a correr por iniciativa propia, sobre todo porque mi complexión ya era atlética de por sí, sin que tuviera que recurrir a medidas extremas para mejorarla. Claro, que los años no pasaban en balde, y por algún lado—en concreto por mi abdomen— debían salir los excesos a los que había sometido a mi cuerpo.

Si he de ser sincero, y es mi propósito serlo, los sacrificios a los que me había obligado a someterme Estrella estaban dando sus frutos, pues milagrosamente, y después de tres meses de matarme de hambre y de dejarme los cuernos en el gimnasio tras una dura jornada de trabajo en el almacén, la tripa cervecera desapareció —algo—, y mi cuerpo se llenó de unos músculos que yo ni sabía que existían y a los cuales las mujeres respondían con una mirada apreciativa, y los hombres con una mueca de envidia de la mala.

Comprendí el propósito final de la bruja cuando un día, en concreto el día de mi cumpleaños, me sacó de la cama a primerísima hora de la mañana y me obligó a llevarla al centro comercial.

Que me metiera en una peluquería no lo vi del todo extraño, pues hasta yo era consciente de que necesitaba un corte de pelo. Que cambiara mi habitual corte al tres por otro *que no me diera ese aspecto de carcamal*, medio me cabreó, pero no dije ni media. Que además se empeñara en que me arreglaran las cejas —Venga ya... ¡las cejas, por Dios!—, no me gustó ni un pelo, pero finalmente me encogí de hombros y permití que la peluquera se pusiera a la tarea. De haber sabido que dolería tanto no lo habría permitido, pero ya era demasiado tarde. Así que ahí estaba yo, pegando respingos y soltando algún que otro taco, mientras la peluquera trataba de ocultar la risa. Estrella no fue tan comedida; se estaba cachondeando de mí a lo lindo.

Pero lo que me alarmó, lo que hizo que viera claramente sus intenciones, fue cuando hizo que recorriéramos todas y cada una de las tiendas de *tíos* del centro comercial, cuando cogió toda la ropa que sus brazos pudieron abarcar y me metió a empellones en el probador.

Ahí fue cuando me dije:

—Nacho, tu hija quiere una madre.

## 2. Facebook

16:13

[Nacho Pidal](#)

*Toc, toc. Perdona si irrumpo, pero he visto el comentario que has dejado en el estado de D.W. Nichols y me he dicho: Una tía con un par, jajaja. Gracias x aceptar mi solicitud. Por cierto... esos ojos, ¿son tuyos, o se los has robado a un ángel?*

Tengo la sensación de haber nacido con el sexo equivocado. No, no estoy loca y no me van las mujeres. Pero a veces pienso ¿qué he hecho yo para merecer esto? Porque una es mona, lo que viene siendo una chica resultona, pero misteriosamente atraigo a los hombres equivocados.

Primero fue Ismael: aquel adonis de ojos penetrantes me cameló cuando era apenas una jovencita, dejándome en la más absoluta miseria —económica y emocional—, cuando decidió que mis pechos no eran lo suficientemente enormes. Resultado: cuatro terrinas de helado cada noche y así sucesivamente durante días. Aquel maldito me dejó hecha polvo. Me sacaba todos los cuartos que podía para sus vicios, y yo, como una tonta, esperaba paciente todas las tardes a que viniera a buscarme para dar un paseo. La mayoría de días me quedaba mirando el reloj hasta tarde, pero él no aparecía. Primer desengaño amoroso.

Después fue David, al que conocí en el gimnasio donde me apunté para poder quitarme esos kilos que había ganado gracias a Ismael. Al principio parecía un chico estupendo. Pero el príncipe se convirtió en sapo y me quedé sola de nuevo.

Pero el que acabó de rematar mi autoestima fue Hugo. Se presentó un día de lluvia en la puerta de la tienda para refugiarse porque no llevaba paraguas —o eso dijo él—, y desde entonces no volvimos a separarnos. Pensaréis que soy una panoli que se va con el primero que le entra, pero no. Hugo se plantaba diariamente en el local con un cappuccino de Starbucks —amo esa cadena—, y entre risas nos hicimos amigos. Poco después se apuntó al gimnasio donde yo acudía. Os juro que desconfié de él, pero era taaaaan mono... Entre máquina y máquina me dedicaba —a mí y solo a mí— aquellas sonrisas que me dejaban K.O.

Estuvimos viviendo juntos dos años. Habíamos hecho planes, muchos. Incluso habíamos hablado de niños. Siempre discutíamos porque él quería tener tres o cuatro hijos —¿perdona? Claro, como él no tenía que parirlos...—, y yo quería adoptar al menos uno. Pero su dependencia al alcohol, y a la señora Rosa —su madre—, no habían hecho más que enturbiar esa relación tan bonita que había surgido entre nosotros. Hice lo que tenía que hacer, ahora lo sé. Pero durante meses estuve con el ánimo por los suelos escuchando sus ruegos por teléfono y rechazando las flores que me enviaba, junto con un cappuccino, a la puerta de mi centro de trabajo. Lo intenté, intenté que funcionara, pero hasta yo tenía un límite. No pude soportar encontrármelo un día medio borracho, comiéndole la boca a mi *amiga* Mar, la monitora de Spinning. Aquella fue una de muchas, de las que luego me enteré. ¿Por qué razón nos enteramos de estas cosas cuando ya han pasado meses, o incluso años? *Uy, yo lo vi una vez con Pili, la vecina del segundo... O Si ya decía yo que estaba demasiado cariñoso con Patricia...* Así que eché a Hugo de mi casa y me cambié de gimnasio, obviamente.

Estuve varios meses sola. Sentía la necesidad de encontrarme a mí misma —léase llorar a escondidas—, relajarme y encauzar mi vida de nuevo. Debía dejar de ser la marioneta de nadie, solo Noelia. Y por las noches pensaba en lo sola que estaba. Sí, soy tonta... Soñaba con Hugo, con David y con todos aquellos que me habían hecho daño a lo largo de los años. Pero a la vez anhelaba unos brazos que me estrecharan en la cama y me dijeran lo mucho que me querían. Pero eso solo eran sueños, porque en el día a día si algún chico se me acercaba con intenciones de ligar yo ladraba como un perro y los ahuyentaba de mi lado. A ellos y a los que pretendían a mis amigas. Pobrecillas, menuda temporadita les hice pasar.

Yoli, mi mejor amiga, harta de verme así, me sugirió que me abriera una cuenta en Facebook. Al principio estaba un poco reticente porque no estaba muy familiarizada con las nuevas tecnologías. Pero la curiosidad mató al gato, así que harta de dar tumbos por casa, de no salir con nadie, más que con las compañeras de Victoria Secret's a desayunar, decidí probar. Agradezco aquel impulso cada día de mi nueva vida, porque así fue como conocí a Nacho.

Ay, Nacho (suspiros). Nacho, EL HOMBRE PERFECTO. Nacho es la persona más dulce que os podáis imaginar. Nacho es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Nacho es una especie de amigo virtual. No, no lo conozco personalmente. Pero no me importa. Bueno, sí, claro que me importa. Pero está muy ocupado. Trabaja en un almacén de metales con su padre y es padre de una niña adolescente. De esto último me acabo de enterar hace poco tiempo. No me ha contado mucho más, pero supongo que ha sido duro para los dos y que no tiene ganas de hablar de ello.

Me muero de ganas por conocerle. Sé que él también porque me lo ha dicho. Tal vez estaréis pensando que soy una tonta por fiarme de un tío al que no conozco personalmente, pero no me importa, paso de vosotros. Yo sé lo que siento cuando me levanto por las mañanas y abro el portátil antes de ni siquiera hacerme el desayuno. Solo sé que me hace sentir bien y eso es bueno ¿no?

¿Que por qué me dejé liar? No fue por lo que dijo de mis ojos la primera vez que hablamos. Lo que realmente me encantó fue que me pusiera en el muro el vídeo de Angels de Robbie Williams, una de mis favoritas. ¿Se puede ser más tierno? Os confieso que al principio me pareció el típico pesado que solo quiere ligar contigo. Oye, que no me parece mal eso de ligar. A una le gusta que le regalen la oreja un poquito. Pero a medida que pasaron los días, me di cuenta que necesitaba leerle. Bajaba del coche corriendo, a veces incluso se me olvidaba cerrar el seguro de las puertas. Llegaba a casa, tiraba el bolso en la mesa del comedor y abría el ordenador en busca de mi canción del día. No sé cómo lo hacía pero siempre acertaba. ¡Incluso me ponía a Pablo Alborán! Soy yo sola o ¿es súper mono?

El día que me confesó la existencia de Estrella, casi me da algo.

—Tengo que contarte una cosa—me dijo.

Obviamente mi alarma anti-cretinos se puso en modo ON. Y casi me da un telele allí mismo. *Otra vez no*, pensé. Pero luego me contó que vivía con su hija adolescente. Vale sí, me fastidió que me lo ocultara durante dos meses y cinco días —soy mujer, llevamos la cuenta—, pero entendí que le diera miedo. No quería perder aquello tan bonito que teníamos.

Pero no dejo de preguntarme: ¿se puede una persona enamorar por internet?

### 3. Mi Estrella

Estrella fue la consecuencia de una cadena de errores que mi negligencia me impidió prever. Al menos, al principio lo vi así, aunque ahora, quince años después, debo confesar que ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, que su llegada fue una bendición y que fue mi mejor y máspreciado logro.

Eso lo sé ahora, pero con diecinueve años recién cumplidos, justo después de conocer las notas de selectividad —altísimas, por cierto—, después de todo lo que me había costado, entre la mili y echarle un cable a mi padre en el almacén, y mientras forjaba sueños de futuro, enterarme de que iba a ser padre tuvo para mí el mismo efecto que si me hubieran dicho que el mundo se acabaría en unas pocas horas.

En aquella época tenía demasiados pajaritos en la cabeza, pajaritos lujuriosos, imprudentes e insistentes en sus deseos, así que no sucumbir a la belleza desinhibida de *la Jessy* fue prácticamente imposible; más aún cuando mis hormonas descontroladas se pusieron más contentas que unas Pascuas cuando ella me eligió entre todos los colegas. Que Jessica era una cabeza hueca era un secreto a voces, pero precisamente su fama de chica fácil fue lo que más me sedujo de ella. No puedo decir que la amara. Ni siquiera el cariño entraba a formar parte de la estrecha lista de razones por las que me lie con ella. Fue, sencillamente, una cuestión física; ella me daba lo que un joven busca en una chica, que no era otra cosa que sexo, sexo y más sexo. Sin compromisos. Sin promesas. Sin complicaciones.

Pero estas surgieron dos meses después, cuando una noche en la que bebimos demasiado —y en la que abusamos del cannabis— la prudencia fue acallada por la impaciencia. A ella no pareció preocuparle en absoluto, y mi conciencia quedó tranquila cuando me prometió que al día siguiente iría a planificación familiar para que le recetaran la legendaria píldora del día después.

A día de hoy comprendo que no fue su *olvido* lo que motivó la hecatombe que luego se desencadenó, como me empeñé en echarle en cara. Si yo no hubiera sido tan confiado, si yo hubiera tenido un poco de sentido común y si hubiera sido más responsable, me habría encargado de hacerle cumplir su promesa. Pero no, era más fácil lavarse las manos y esperar que ella se comportara como la adulta que fingía ser, en vez de acompañarla a solucionar el problema que nuestra irresponsabilidad había creado.

Como mi padre, ese gran Sabio enfundado en traje de faena, me enseñó desde pequeño a afrontar mis errores, me dispuse a buscar una solución alternativa. Teniendo en cuenta el tipo de relación que llevábamos, nuestra juventud y, todo sea dicho, las dudas al respecto de mi total y absoluta paternidad, la mejor alternativa era el aborto. Ya dije que Jessy era una cabeza hueca, así que no me asombró cuando me dijo que sería su cuarto aborto y eso podría causarle daños irreparables. No me molesté en gritarle —que era lo que realmente me apetecía—, que para daño irreparable, el que estaba creciendo en su vientre, de modo que hice lo único que creía que era lo más sensato y lógico: pasar de ella.

A ver, de tonto no tenía ni un pelo, y dado su historial y su más que dudosa reputación, era del todo probable que pretendiera cargarme a mí con el mochuelo, pues no era tan necio como para

pensar que yo era el único en su vida. ¿Que mi postura era egoísta? Lo sé. Pero, ¿qué haríais vosotros en mi lugar? ¿Aceptar una más que dudosa paternidad sin rechistar? ¿Dejar que una putilla os jodiera la vida? ¿Sacrificar mis sueños por la irresponsabilidad de una fiestera? Iba a ser que no, amigos.

Tal vez penséis que mi resentimiento hacia la madre de mi hija me haga pintároslo como a la mala de la película, pero me limito a contaros los hechos tal y como fueron. Jessy era una chica de pueblo que se vino a estudiar a Madrid y que vivía con dos amigas en un piso compartido. Creo que fue verse libre del yugo paterno lo que motivó que se despendolara como lo hizo, que más que a estudiar se dedicara a desfogarse después de una pre-adolescencia marcada por la estricta moral y la suprema mojigatería a la que la sometieron sus religiosos y arcaicos padres.

En cualquier caso, Jessy no era trigo limpio. Ni siquiera se inmutó cuando le comuniqué mi decisión de mantenerme al margen del *asunto*. Fijaros que digo al margen, y no fuera. Porque por mucho que dijera que pasaba del tema, una parte de mí, supongo que mi conciencia, me impedía conciliar el sueño por las noches, atormentándome con un millón de *¿Y si...?*, durante siete largos e inquietantes meses, pues cada vez que la veía algo se movía dentro de mí, me dejaba un mal sabor de boca, un millón de interrogantes y una injustificada furia cuando observaba que, pese a su estado, no había cambiado su estilo de vida.

La gota que colmó el vaso fue cuando me enteré por un conocido de ambos que la muy desgraciada tenía pensado dar a la criatura en adopción. Yo pude haberme comportado como un hijo de la mismísima puta al eludir mi responsabilidad, pero ni harto de vino iba a permitir que mi hijo —de serlo— estuviera dando tumbos por ahí con vete tú a saber qué gentuza. Así que hablé con mis padres y les conté en el embolado en que estaba metido. Sobra decir que, como siempre, su ayuda fue incondicional. Si es que son de lo que ya no queda...

Cuando hablé con Jessy, no tuvo ningún reparo en darme la custodia del bebé, con la condición de que me olvidase de ella. Como si nos hiciera falta a nosotros tener en nuestra vida a una persona como ella. No, no.

Tal vez os estaréis preguntando si a estas alturas del partido ya había asumido la paternidad. La respuesta es: no. Todavía quedaba mucho camino, y, hasta el momento, siempre hablábamos *en el caso hipotético de que la niña* —ya sabíamos el sexo—, *fuese mía*.

Lo supe en cuanto la tuve en mis brazos. Y no fue porque ya se vislumbraba que su cabello sería rubio como el mío, y no negro como el de su madre, ni porque sus ojos, pese a esa especie de telilla que los cubría, serían de un azul grisáceo. Tampoco tuvo nada que ver que fuese igualita a mí, ni porque el hoyuelo de la barbilla era un distintivo de la familia Pidal.

No, esas eran minucias. Lo supe porque algo dentro de mí, o más adentro, se movió cuando nuestras miradas se encontraron. Supe que era mía, solo mía, del mismo modo que sabes que el sol saldrá tras una noche llena de oscuridad y sombras.

No sé por qué estaba pensando en estas cosas de camino a casa, aquel viernes por la noche. Quizá porque la amenaza de *Ella* era tan patente que me asustaba que me arrebataran la razón de mi existir. Y no era un miedo infundado; su oscura sombra parecía crecer por momentos, hasta que llegara el día en que diera el zarpazo. Porque sí, existía la posibilidad de que asomara el hocico de nuevo. Para ello nos estábamos preparando, aunque, dado el caso, ya sabíamos que la realidad sería muchísimo más chungueta, que diría Estrella, que la teoría.

Sí, estaba más trascendental de lo normal, tal vez como consecuencia de los cinco tercios de cerveza que me había tomado, así que mientras caminaba agité la cabeza para despejarme. Y para borrar las lágrimas que mis lúgubres pensamientos habían acumulado en mis ojos.

Ese viernes llegué a casa antes de lo normal: no serían ni las doce. El problema que hubo fue

que Isa no paró de dar la murga a Antonio. Yo qué sé las veces que le llamó en una hora, la muy cansina. Y la cosa no se quedó ahí; no, la muy condenada metió cizaña entre las demás mujeres y todas se pusieron de acuerdo esa noche en jodernos el plan. Así que ahí estaba yo, a las doce, medio borracho, con muchas ganas de fiesta, pero más solo que la una.

Eran esas noches en las que medio envidiaba a mis amigos; y digo bien al decir medio. Por un lado debía ser algo fabuloso tener a alguien a tu lado, una amiga, amante y compañera, alguien que te quiera y a quien querer... Pero yo parecía tener cierta incapacidad para amar, porque hasta la fecha, no sabía lo que era encoñarse por una mujer. Mis amigos y familiares piensan que me llevé tal palo con la Jessy, que desconfío de toda falda que se me ponga por delante, pero es más falso que un billete de dos euros. No pueden comprender que, en realidad, no he encontrado a esa media naranja que dicen que todos tenemos. O tal vez no me he molestado en buscarla, por falta de ganas, de incentivos y porque... porque bastante tengo ya encima con criar yo solo a mi chavala y con capear el temporal que nos está cayendo.

Me asombró no ver luces en el salón, ya que Estrella, con la excusa de esperarme, se tragaba el Sálvame.

Pensando que quizá estaría durmiendo, me dirigí a su cuarto para darle un beso de buenas noches. Tan pronto como traspasé la puerta, fruncí el ceño.

Estrella estaba al ordenador, algo que tenía prohibido hacer después de las diez y media de la noche, por mucho que fuera viernes y al día siguiente no hubiera instituto. Estaba totalmente abstraída, con los cascos puestos y tecleando como una loca.

Me acerqué con un innecesario sigilo, dispuesto a cantarle las cuarenta y, de paso, darle un pequeño susto. Sí, a veces soy un poco cabroncete, jejeje.

El susto me lo llevé yo cuando mis ojos, por un segundo, se desviaron de su nuca a la pantalla del ordenador. Me quedé paralizado, a pocos centímetros de mi hija, que, ajena a mi presencia, subía una canción al Facebook.

Y no en su cuenta de Facebook.

Lo hizo en la mía.

En una cuenta que yo ni siquiera sabía que tenía.

Cabreado, perplejo, asustado y al borde del colapso nervioso, decidí coger al toro por los cuernos a la de ya, así que encendí la luz y esperé a que Estrella se repusiera del susto.

Su rostro pasó del blanco al púrpura en un segundo, cuando comprendió que la había descubierto. Tartamudeó, se tambaleó... pero sus ojos, tan grises como astutos, no tardaron en moverse de un lado a otro, síntoma de que estaba inventándose una historia para semejante comportamiento.

—La verdad —solté cuando ella se disponía a abrir la boca, que cerró de inmediato cuando vio mi rostro enfurecido, mis brazos cruzados sobre el pecho y el pie golpeando el suelo.

Por si le quedaban algún tipo de dudas acerca de lo que estaba pidiéndole, le señalé la pantalla del ordenador.

—Pues verás, papi...

—Papá —corté. Cuando la regañaba no soportaba que tratara de engatusarme con sus cariñitos.

—Pues verás, papá... Esto es muy gracioso... y verás que lo he hecho por tu bien... Jo, si hasta está saliendo la cosa de vicio... Vale, vale, no gruñas, que ya te lo cuento... A ver, yo ya soy mayor... quiero decir que ya no soy un bebé... y tú... ¡estás tan solo!... Así que pensé que, como por lo visto tú no tienes ni pajolera idea de cómo ligarte a una chica, visto lo visto, y como tampoco parece tener mucha intención de hacerlo, pues yo... decidí abrirte una cuenta en

Facebook para buscarte piba...

—¿QUE HAS HECHO QUÉ?!

—Shhhh... No grites, que son más de las doce —se atrevió a regañarme en un susurro censorador—. Ahora en serio, papá... Me he dado cuenta de que yo soy una carga para ti...

—Eso no es verdad, Estrella —corregí de inmediato. Me mataba cuando pensaba esas cosas.

—Sí, lo soy —insistió con terquedad. Levantó una mano para hacerme callar y continuó hablando con arrojo—: Mira, papá, la cosa es así de simple: has *pringado* tu vida por mí, por cuidarme, por mi en... por *Ella*. Jolines, y ya estoy harta. ¿Sabes cómo me hace sentir eso? Pues mal. Sí, sí, no pongas esa cara de *pero-qué-me-estás-contando*... Porque creo que en el fondo me pones de excusa para no rehacer tu vida...

Ah, no. No iba a permitir que me chantajeara. Pues solo me faltaba eso, que una cría de quince años me manipulara... una vez más.

—Estrella, que nos conocemos... No intentes darle la vuelta a la tortilla.

Por un segundo pensé que iba a desafiarme y a continuar con su extorsión, pero suspiró y me miró con tristeza. Y con la sabiduría que había adquirido en los últimos cuatro años y que ninguna adolescente debería poseer.

—Tú te mereces algo más que todo eso, papá. Una piba que te haga sonreír de nuevo...

—Yo sonrío —protesté.

—No, no lo haces. Eres guapo, jo, superguapo. No sé a qué esperas para echarte una novia.

—¿A ti te... —tragué saliva con insistencia, pero continué—: te hace falta una madre?

Ella sonrió de medio lado, se levantó de la silla de escritorio, se sentó en la cama y me invitó a que hiciera lo propio. En ese intervalo de tiempo, me pregunté en qué momento se me había disipado el enfado.

—Noooo. Paso de madres. Contigo y con los abuelos me sobra y me basta —respondió, haciendo que me deshiciera por dentro de alivio y satisfacción a partes iguales—. Pero no hablamos de mí. Hablamos de ti. Y creo que va siendo hora de que pienses en el futuro. No quiere que estés solo cuando... si yo...

—¡Calla, cállate! —susurré, furioso, asustado... No, asustado no, acojonado—. Eso no va a pasar, ¿me oyes?

Ella esbozó esa sonrisa triste y tierna tan característica en ella y me miró con unos ojos idénticos a los míos. Me derretía, os lo juro.

—La cosa es —continuó, cambiando radicalmente de tema—, que ya es hora de que salgas, te diviertas... No, la cerveza y las patatas fritas de los viernes con tus amigos no cuentan. Ya sabes lo que quiero decir.

Miré el monitor y suspiré.

—Pero eso no es solución. No se encuentran chicas por internet, Estrella. Al menos, no buenas chicas.

—Ahhh—exclamó, relamiéndose y con un brillo en los ojos que me alarmó—, pues te equivocas, listillo. Yo la he encontrado para ti.

Bufé y me mesé el cabello.

—Estrella, tú eres muy niña aún y no sabes cómo es la vida. Hay mucha petarda por ahí, y más aún por las redes.

—Tal vez —contestó con autosuficiencia—, pero te aseguro que Noelia sí merece la pena.

Pegué un brinco.

—¿Noelia?

—Bonito nombre, ¿verdad?

La miré de hito en hito. Luego, al ordenador. Luego, agité la cabeza. Estaba embotado, aunque no sabía si por los efectos del alcohol que había ingerido, o por la última travesura de mi pequeña arpía.

—No quiero saber más de esta historia —sentencié, poniéndome en pie y mirándola seriamente—. Ahora mismo le vas a decir la verdad a esa chica. ¡No puedes ir por ahí engañando a la gente!

—¡No puedo hacer eso! —protestó ella, con los ojos fuera de sí y totalmente asustada—. La machacará, papá. Lo ha pasado fatal con los tíos, por lo que cuenta, y si encima voy yo y le cuento que en realidad soy una cría de quince años...

—Deberías haber pensado antes en eso, Estrella.

—Se me fue de las manos, lo juro por los músculos de Taylor Lauther. Solo pretendía abrirte la cuenta, conseguirte un par de contactos femeninos y luego convencerte de que la usaras... Pero entonces conocí a Noelia y pensé: he aquí la mujer perfecta para mi padre. O lo sería si no fuera del Real Madrid —replicó haciendo una mueca de disgusto y fingiendo un escalofrío.

—Estrella —mascullé, mitad agradecido por las molestias que se había tomado, mitad enojado por inmiscuirse en mi vida de esa forma.

—Échale un vistazo al perfil. Venga, va, solo te pido eso. Mira, dejo abierto el face. Mira las conversaciones, su biografía, su muro... todo. Y si luego me dices que no te gusta, pues hablo con ella y se acabó. Toma —dijo entregándome el portátil—. Llévatelo a tu cuarto, si quieres intimidad. *Por fa...*

Lo último lo hizo en un susurro, los ojos vidriosos por el llanto retenido y la boca en un puchero real, no aquel que solía usar para engatusarme; era un puchero que le salía del alma y que rozaba la mía.

—Trae —mascullé, arrebatándole el portátil.

La besé en la frente, no sin cierta renuencia, pues oyes, tenía que demostrar que seguía enfadado. Luego me aparté de ella y la miré a los ojos.

—Y tú ¿qué tal?

Ella, después de dedicarme una radiante sonrisa que dejaba transmitir su triunfo sobre mí—y a la que obvié—, se dejó caer en la cama y dijo:

—De vicio.

—¿Has tenido fiebre?

—No.

—¿Tos?

—Nada, nadita.

—¿Mareos, náuseas, lipotimias?

—Ah, ah —negó con la cabeza.

—¿Te has pesado?

—Cuarenta y ocho.

Ahí fruncí el ceño.

—¿Cuarenta y ocho? En dos días has adelgazado medio kilo.

Estrella puso los ojos en blanco.

—Es por la regla, papá. He terminado con ella.

Me puse rojo de la vergüenza. Todavía me pasaba. Esa era una cosa a la que nunca me iba a acostumbrar. Ella era mi niña. Siempre. Eso de menstruaciones, compresas, tampones y demás instrumentos del diablo eran para otras niñas. Para la mía, no.

—¿Algo a destacar?

—No —contestó alargando la vocal y en un tono tan cansino como infantil.

—¿Me quieres?

Su sonrisa se amplió hasta desbordarme el alma, unos segundos antes de abalanzarse sobre mí y apretarme fuerte, muy fuerte. Para mí, ese era el mejor momento del día, ese en el que pensaba que todo, cualquier zancadilla, merecía la pena. Y aunque hubiera eternizado ese momento, aunque quisiera hacerlo, comprendía que el descanso de mi pequeña era primordial, así que ordené de mala gana:

—Vete a la cama ya...

Era imposible enfadarme con ella, por eso cuando, pese a mi orden, me echó los brazos al cuello y me empezó a dar pequeños y sonoros besitos, sonreía como un gilipollas.

Por fin me obedeció, y yo me fui a mi habitación. No fue hasta que llegué a ella que no recaí en el portátil que llevaba en las manos.

Después de ponerme cómodo —o sea, quitarme el pantalón, los calcetines y ponerme la camiseta más cochambrosa que tenía—, me senté en la cama con el portátil en mi regazo y decidí investigar a qué coño había estado jugando mi hija.

Debo confesar una cosa...

Me gustó.

Noelia, tal y como hizo con mi hija, me cautivó.

Total, absurda e incompresiblemente. Porque si hasta ese momento las mujeres solo habían sido para mí una vía de escape a... ciertas necesidades biológicas, Noelia me intrigó como nunca nada me había intrigado. Así que ahí estaba yo, a las tres de la mañana, sonriendo como un tonto por las conversaciones que supuestamente había mantenido con ella. Fascinado con su sonrisa. Maravillado por la luminosidad de sus ojos, los más bonitos que había visto nunca.

Terriblemente asustado cuando, de pronto, se abrió la pantallita del chat y ella dijo:

—¡Hola, guapo! ¿Qué haces levantado a las tres?

## 4. ¿Quién sabe dónde?

Noelia Moreno

Vaaaaaleeeee voy a tener que llamar a Lobatón, que últimamente andas desaparecidísimo.

Nacho Pidal

¿¿¿Lobatón??? Luego me lo explicas, que no lo pillo.

Noelia Moreno

Jolín, ¡¡¡no te acuerdas de ¿Quién sabe dónde?, aquel programa que buscaba a gente desaparecida!!!! Paco Lobatón. Anda, te pongo un video. ¡¡¡Esto es mítico!!! ¡Joder, que lloro!  
¡¡Que he visto el video y me he emocionado!! ¡Qué pava!

Nacho Pidal

Ah, que era un programa de desaparecidos, o algo así...

¿Estaba de broma? ¡No conocía a Paco Lobatón! Se lo perdoné porque era Nacho, que si no...

Nacho es un chico extraño. No, no he cambiado de opinión sobre él, en absoluto. Es solo que desde hace unos días, —y quizás debido a la nueva confianza que tenemos— me resulta más... ¿Cómo decirlo? ¿Atrayente? No sé qué es ni por qué, pero cada día me atrae más. Este sentimiento, en cambio, no hace más que plantearme algunas dudas: ¿Por qué motivo ha cambiado? Porque está claro que lo ha hecho. Ha pasado de ser un chico tímido, en cuanto a sexo se refiere, a iniciar conversaciones subidas de tono, que nada tienen que ver con el Nacho con el que contacté la primera vez. Tal vez sea la confianza que hemos adquirido. Pero no deja de sorprenderme.

Noelia Moreno

¡Hola guapo! ¿Qué haces levantado a las tres?

Nacho Pidal

¿Y tú?

Noelia Moreno

No puedo dormir.

Nacho Pidal

Pues otro tanto.

Noelia Moreno

¿¿Y eso???

[Nacho Pidal](#)

*He discutido con mi hija.*

[Noelia Moreno](#)

*Pobrecita. ¿Qué te ha hecho?*

[Nacho Pidal](#)

*Que es una lianta, eso es lo que la pasa. Y de pobrecita nada. Pobrecito yo, no te fastidia.*

[Noelia Moreno](#)

*¡Uy! ¿Estás a la defensiva o qué?*

[Nacho Pidal](#)

*No, no. Solo estoy cabreado. Pero no contigo.*

[Noelia Moreno](#)

*;)*

[Nacho Pidal](#)

*Oye, mejor me voy, que no quiero pagarla contigo, o que pienses que quiero pagarla contigo, bueno, no que quiera, sino que inconscientemente... Ya me he liado.*

[Noelia Moreno](#)

*Jajajaaja. No te vayas, por favor.*

*Sí, otra vez estaba suplicándole a un hombre. Decidí que no lo iba a hacer, pero necesitaba hablar con él cada día. A todas horas. Y más si tenía insomnio y podía aprovechar...*

[Noelia Moreno](#)

*Bueno, cuéntame. ¿Qué tal tu día?*

[Nacho Pidal](#)

*Bueno, he salido a tomar algo con los colegas, pero nos hemos recogido pronto, porque la mujer de uno de ellos estaba dando el coñazo.*

[Noelia Moreno](#)

*Ya estamos, siempre tenemos la culpa las mujeres. Es que sois unos golfos.*

[Nacho Pidal](#)

*Y claro, como se ha puesto en plan cansina, y además ha metido furraña a las otras mujeres, pues a tomar por culo mi cervecita, mis patatitas y mi noche de viernes con los colegas.  
Oye, no escribas tan deprisa, que no me da tiempo.*

[Noelia Moreno](#)

*Jajajajajaaa. Vale.*

[Nacho Pidal](#)

*Y claro que la culpa la tenéis siempre las mujeres.*

¡Me niego a pensar que esto lo diga en serio! *Mi* Nacho no piensa así ¿verdad? Nacho SIEMPRE ha empatizado con el sexo femenino. ¿Pero qué narices le pasaba? ¿Estaría saliendo su verdadera personalidad? Aun así, creo que esta nueva faceta suya, sin llegar al machismo, pero con aquel toque macarra, me estaba empezando a parecer fascinante.

[Noelia Moreno](#)

*¡¡¡Oye!!!!*

[Nacho Pidal](#)

*Ahhhhhhhhh, y si tenemos culpa, no es porque seamos golfos... es porque hay mucha golfa por ahí.*

[Noelia Moreno](#)

*Eso vosotros, que solo pensáis con una cosa... ¡¡¡Pero bueno!!!*

[Nacho Pidal](#)

*Dilo, dilo...*

[Noelia Moreno](#)

*No, que es horario infantil .Jajajaja, ¡ah, bueno, ya no!*

[Nacho Pidal](#)

*A las tres de la mañana, ¿infantil? Jajajaja*

[Noelia Moreno](#)

*Ya no sé en qué mundo vivo.*

[Nacho Pidal](#)

*Pon la tele, verás qué infantil es, jajajaja*

[Noelia Moreno](#)

*Uy, ¿qué hacen a estas horas?*

[Nacho Pidal](#)

*Guarradas. Muchas.*

[Noelia Moreno](#)

*En serio???????*

[Nacho Pidal](#)

*Y muy explícitas.*

[Noelia Moreno](#)

*Me vacilas...*

Comprobé que no me vacilaba...

[Nacho Pidal](#)

*Anda, deja de ver Telahinco y vete a una cadena local, verás qué cariñosonas están las muchachas. Jajajajaja.*

[Noelia Moreno](#)

*Telahinco?????Jajajajajajaja. Hoy estás chistoso y hablador. ¿Serán las cervecitas?*

[Nacho Pidal](#)

*Seguro, seguro. Ya sabes que el alcohol te suelta la...lengua.*

[Noelia Moreno](#)

*Jajajajajajjaa, Qué tonto.*

[Nacho Pidal](#)

*¿Te lo demuestro?*

[Noelia Moreno](#)

*¿El qué?*

[Nacho Pidal](#)

*Hasta qué punto suelta la lengua el alcohol.*

[Noelia Moreno](#)

*Miedito me das... Venga golfo...*

[Nacho Pidal](#)

*¿Sabes que hay diferencia entre venga golfo, y venga, golfo?*

[Noelia Moreno](#)

*Sí, la coma, jajajajaja*

[Nacho Pidal](#)

*Me callo porque iba a decir una guarrada.*

[Noelia Moreno](#)

*¡¡¡Nacho!!!!¡¡¡No seas marrano!!!*

[Nacho Pidal](#)

*Perdón, perdón. No quise ser grosero. Bueno, sí quise, pero no quiero que te enfades.*

[Noelia Moreno](#)

*No me enfado, contigo no.*

**Nacho Pidal**

*¿Y por qué no?*

**Noelia Moreno**

*Después de dos meses y medio creo conocerte un poquito.*

**Nacho Pidal**

*No, nena. En absoluto. Ni te acercas.*

Pude comprobar en carne propia lo excitante que puede ser una conversación de este tipo. ¿Por qué? Fácil. Estoy completamente desinhibida, y por lo visto él también. Puedo decir lo que pienso sin miedo a que me mire —porque no lo va a hacer— con cara de póker.

Con Hugo no pasaba. Hugo criticaba cada uno de los pasos que yo daba. No le gustaba que fuera con mis amigas a tomar café por las mañanas. Criticaba a todas ellas por cualquier tontería. Y yo, cegada como estaba, creía que tenía razón. Pobrecitas, con lo que se volcaron conmigo después de que lo dejáramos...

Nacho tenía confianza en sí mismo, y eso me gustaba. Muchísimo.

**Noelia Moreno**

*Mucha confianza, pero no quedas conmigo.*

**Nacho Pidal**

*¿En serio quieres quedar?*

**Noelia Moreno**

*Pero vamos a ver Nacho... Estás tonto hoy ¿eh?*

**Nacho Pidal**

*No, solo que me ha dado por pensar.*

**Noelia Moreno**

*¿Ah, sí? ¿Ya no necesitas tiempo?*

**Nacho Pidal**

*A ver, Noelia, seamos sensatos. No nos conocemos nada más que por chat. Solo conoces dos cosas de mí, las que te he querido contar. Nada más. ¿Y si yo no fuera quien digo ser? ¿Y si la foto, el perfil, todo, fuese falso?*

**Noelia Moreno**

*Vale, ahora me estás asustando.*

Acojonando. Esa era la palabra exacta. ¿Y si en realidad era un asesino en serie y había contactado conmigo por internet para cazarme? ¿Y si en vez del machote que tenía aquella foto de perfil tan sumamente sexy, era en realidad un tipo bajito y barrigón que babeaba con mi foto

mientras se la cascaba por debajo de la mesa? ¡No! Me negaba a creer aquello. Solo pretendía descolocarme. ¿Verdad?

**Nacho Pidal**

*No pretendo asustarte. Quizá en estos momentos, hablando conmigo, estés más segura de lo que hasta ahora has creído estar.*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡Deja de beber!!! Jajajajajaja*

**Nacho Pidal**

*Joder, que no estoy bebiendo ahora, ¡¡¡hostias!!!*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡Y no digas tacos!!!*

**Nacho Pidal**

*Bueno, eso es falso, bórralo. Estoy bebiendo un Cola-caó calentito.*

**Noelia Moreno**

*¿Cola-caó? Jajajajajaja. Me parto contigo...*

**Nacho Pidal**

*Coño, soy un tío. Bebo cerveza, me rasco las pelotas, digo tacos y me tiro eructos. Y si quiero, me tomo un Cola-caó calentito por la noche, ¿qué pasa?*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡¡¡Noo!!!! ¡¡¡¡¡Se me acaba de caer un mito!!!!*

**Nacho Pidal**

*Anda, confiesa. Seguro que tú también te tiras pedos. ¿O no tienes culo?  
¡¡Perdón!!*

**Noelia Moreno**

*Pero, ¡¡¡Nacho!!!! Jajajajajaja*

*¿En serio estaba teniendo aquella conversación con él? ¡La madre que lo parió! ¿Pero esto qué es? Un hombre desinhibido.*

**Nacho Pidal**

*Eso ha sido muy vulgar, ¡¡¡¡lo siento!!!!*

**Noelia Moreno**

*Tengo un culo, y dicen que precioso... Pero como tú no quieres quedar conmigo te vas a quedar con las ganas de saber si es verdad o no...*

**Nacho Pidal**

*Joder, es que hace tanto que no hablo con mujeres que no sé cómo actuar. ¡¿Cómo que dicen?! ¿Y quién lo dice? Quiero verlo. Ahora mismo. Venga. Ya.*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡Ni hablar!!! Si quieres verlo tendrás que quedar...jum.*

**Nacho Pidal**

*Vale, pues quedaremos.*

*¡¡¡Yihaaaaa!!! Por fin voy a conocerlo. Vale, ¿qué me pongo? ¿Falda o pantalón? ¿Arreglada o informal? ¿Pelo recogido o suelto? ¡¡¡Ahhhh!!! Me va a dar un ataque... Inspira.... Expira... Madre mía, madre mía... Y ahora la pregunta del millón:*

**Noelia Moreno**

*¿Cuándo?*

**Nacho Pidal**

*Espera, que estoy mirando una cosa .De Getafe dices que eres, ¿verdad?*

**Noelia Moreno**

*Joer, Nacho... Zona universitaria, si te lo he dicho mil veces...*

**Nacho Pidal**

*¿Y no puedes acercarte a Madrid?*

**Noelia Moreno**

*Depende...*

**Nacho Pidal**

*Es que tampoco quiero dejar tanto tiempo sola a la nena. Por la zona sur, Mendez Álvaro o por ahí.*

**Noelia Moreno**

*En ese caso sí. Vale. Perfecto. Día y hora.*

*¡Dios santo, qué emoción! ¡Voy a conocerlo! A él o al barrigón, que oye, igual es majó y todo y no es un asesino en serie. Pero al menos debería comprobarlo, ¿no?*

**Nacho Pidal**

*Ok. Mira, este fin de semana no puedo, porque ya lo tengo ocupado. Nos vamos a la parcela de mis padres, y la semana que viene tengo rollos de médicos. ¿El sábado que viene?*

**Noelia Moreno**

*Vale, pero trabajo hasta las ocho, mientras cojo el metro y demás...O bueno, puedo irme en coche...*

**Nacho Pidal**

*¿Trabajas de tarde, o todo el día?*

**Noelia Moreno**

*Todo el día, el sábado no me libro.*

**Nacho Pidal**

*¿El domingo también?*

**Noelia Moreno**

*Además mi segunda está de baja...No, el domingo no trabajo. Pero ¿con quién dejas a la niña?*

**Nacho Pidal**

*A la niña la dejo con mis padres en la parcela.*

**Noelia Moreno**

*Ahh, vale. ¿No se enfadará? Pobre...*

**Nacho Pidal**

*Nos vamos allí casi todos los fines de semana. Me puedo escapar y luego a la noche la recojo. Por la cuenta que la trae, no se enfadará. Te lo garantizo.*

**Noelia Moreno**

*Qué te habrá hecho...jajajajaja*

**Nacho Pidal**

*Entonces, de momento ¿quedamos para comer el domingo?*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡Siiiiii!!!*

**Nacho Pidal**

*¿En serio quieres saber qué me ha hecho Estrella?*

**Noelia Moreno**

*Siiii, ¿qué te ha hecho?*

**Nacho Pidal**

*Un favor.*

## 5. Lo que quieren las mujeres

Noelia Moreno

*Me encanta hablar contigo. Es como una terapia. Puedo contarte cualquier cosa.*

Nacho Pidal

*De acuerdo contigo, nena.*

Noelia Moreno

*Sin vergüenza. Sin miedo a lo que pienses. Soy yo misma. Y, uff, es una liberación...*

Conducir una moto tiene dos efectos en mí: o bien me evado de todo lo que me rodea, o me relaja hasta el punto que me permite analizar la situación de forma más objetiva. De ese modo, y ahora sí, objetivamente, muy lejos de la mezcla de enfado y euforia que me embargaron la noche anterior, pude comprobar varias cosas.

La primera era que si realmente quería seguir con lo que Estrella había empezado, y que el diablo me llevase, quería hacerlo, tenía que tener más cuidado, repasar las conversaciones que ella y mi pequeña habían mantenido para no meter la pata como lo hice en ciertos aspectos la noche anterior.

Lo segundo que averigüé fue que no me gustaba ni un pelito que Noelia estuviese flipada con alguien que no era real. Porque por mucho que Estrella fingiese ser yo, aquel tipo no se parecía a mí ni de lejos. ¿Qué era eso de que me gustaba My Chemical Romance, si era un grupo para criaturas de trece años? ¿Y cómo que yo no leía nada más que el Marca, con lo instruido que soy? Comprendí, no sin sentir cierto orgullo por la agilidad de reflejos de mi hija, que si había mentido era por temor a que Noelia le preguntase por algún libro en concreto y ella no tuviese ni idea de qué contestar.

El tercer descubrimiento me dejó un poco noqueado; era sobre las mujeres y lo que buscaban en un hombre. Ahí tenía el secreto por el que todo hombre estaría dispuesto a hipotecarse, real y al alcance de la mano. Porque las mujeres, amigos, y ahí va el gran secreto, lo que buscan, lo que necesitan, es un amigo. Sí, sí, como os lo cuento. Ellas buscan en quien apoyarse cuando están decaídas, un hombro sobre el que llorar, un compañero de risas, una persona que le pregunte al acabar el día que qué tal le ha ido. Alguien que las escuche, que las comprenda, que pierdan dos minutos al día en buscar una canción y dedicársela.

Alguien que, de la forma que sea, las salve de sí mismas y de su soledad.

Sin embargo, y aunque tenía que reconocer que mi chavala lo había hecho cojonudamente bien en ese aspecto, había algo que se le había escapado, y en serio, esperaba —fervientemente— que dicho olvido fuese como consecuencia de una total y absoluta ignorancia con respecto a ciertos temas.

En concreto, con respecto al sexo.

Estrella, nunca, jamás, había entrado al trapo en este sentido. No, ella o no había entendido las

pullas que sutilmente le lanzaba Noelia, o había sido lo suficientemente inteligente como para no adentrarse en un campo de minas.

De este modo, dejaba a Noelia perpleja, desencantada, deseosa de más, aunque conforme.

Me prometí a mí mismo que yo le daría aquello que había estado buscando. Pero yo. YO. Nacho Pidal. Sí, amigos, aquella mujer me había atrapado hasta el punto de plantearme conquistarla.

Desde cero.

Por supuesto, no era tan estúpido como para tirar por tierra todo el trabajo que mi hija había allanado, pero a partir de ahora Noelia hablaría con un hombre hecho y derecho. Con sus manías. Con sus virtudes. Un hombre tímido en ocasiones. Brutalmente desinhibido en otras.

Un hombre que no se conformaba con una relación cibernética. Que no solo la escucharía, la cuidaría y le dejaría todos y cada uno de los días una rosa en su ventana... También sería aquel hombre por el que suspirara, por el que se encendiera. Sí, era hora de responder a sus pullas...

Y de lanzarlas:

**Nacho Pidal**

*Y con esto, te dejo, porque te vas a poner a hablar de calor, y vas a decir que te vas a quitar la ropa y demás, y el que va a tener una subida de... temperatura, voy a ser yo.*

**Noelia Moreno**

*La ropa ya la tengo quitada.*

**Nacho Pidal**

*¿Estás provocándome?*

**Noelia Moreno**

*Vete a dormir.*

**Nacho Pidal**

*No, ahora no.*

**Noelia Moreno**

*¿No?*

**Nacho Pidal**

*Ahora te quedas y me dices qué No llevas puesto.*

**Noelia Moreno**

*¿En serio estamos teniendo esta conversación?*

**Nacho Pidal**

*No cambies de tema.*

**Noelia Moreno**

*A dormir!!! Que mañana has quedado.*

**Nacho Pidal**

*Los cojones voy a dormir yo ahora...*

Cuando por fin pillé por banda a Estrella, la tuve toda la tarde enseñándome a usar el Facebook. La tuvimos gorda cuando le pedí que me dijera dónde cambiar la contraseña. ¡Encima se atrevió a decirme que para qué quería cambiarla! ¿Qué pretendía, seguir con la travesura? Ah, no. Aquello ya no era un juego, al menos, no para mí. Y lo que menos me apetecía era que una cría de quince años tuviera acceso a mis conversaciones con Noelia. ¡Pues solo faltaba eso! Finalmente comprendió que ella ya estaba fuera del partido, así que me enseñó todos los trucos de esa red social. Me gustaba eso de dedicarle canciones, pero el gusto musical de mi hija era deplorable, aunque Noelia, la pobre, no se quedaba atrás (¿Cómo puede a alguien gustarle Alborán?). Decidí que era el momento de que Noelia conociera al verdadero Nacho. Melómano. Cinéfilo. Fanático de las motos.

Y un poquitín salido...

**Nacho Pidal**

*No me digas esas cosas, reina, que te como entera. Hablando de comer...¿qué decías que me ibas a comer?*

**Noelia Moreno**

*Eres un golfoooooo. Jajajajajajaja*

**Nacho Pidal**

*Tú haces que sea un golfo. Sacas al macho bravío que hay en mí.*

Y, por qué no decirlo, ahora que estamos con confesiones, al hombre tierno y sensiblero...

**Noelia Moreno**

*¿Me llevarás en la moto?*

**Nacho Pidal**

*Espero llevarte. Es más, antes de que me cortaras, estaba diciendo que hoy, mientras conducía, he pensado en lo que molaría llevarte de paquete (de otro paquete, malpensada). Y, además, sentir tus pechos pegándose a mi espalda, sentir el calor de tu entrepierna en mi coxis, tus brazos abrazándome para no caer. Joder, de pensarlo me pongo burro.*

*¿Llévate? Al mismo cielo, cariño.*

## 6. Perfecto

Perfecto. Este hombre es perfecto. Y no lo digo yo, lo dice él. No, no es un narcisista. Pero tal como se describe a sí mismo es sencillamente perfecto. Es dulce, atento y sabe lo que les gusta a las mujeres. Pero es que últimamente me tiene muuuuy descolocada. Hemos tenido sexo. Del bueno. No, aún no nos hemos visto en persona, pero eso no importa. Solo sé que si el sexo virtual es así, no me quiero ni imaginar cómo será cuando me toque.

¿Cómo será Nacho en realidad? ¿Será tierno conmigo? Espero que sí, no podría soportar otra relación como la de Hugo. Acabaría conmigo. Sé que no debería estar pensando en él, pero no tengo más remedio. El otro día me pincharon las cuatro —¡las cuatro!— ruedas del coche. Y no contentos con eso rayaron las puertas. Si el coche durmiera en la calle hasta sería una anécdota, por mucho que me fastidiara. Pero es que mi coche duerme en el garaje de la comunidad, junto con otros diez o doce coches más. Y solo le ha pasado al mío. ¿Casualidad? Yo creo que ha sido a propósito. Si a eso le sumamos las llamadas que he tenido estos últimos meses, la cosa se torna del todo clara: Hugo está detrás de ello. Y no lo digo yo sola, también lo dice la policía y Víctor, mi hermano mellizo. No deja que vaya sola a ningún sitio. Si no me acompaña él, o Cristina, mi compañera de trabajo, hace venir a buscarme a Juan, mi jefe y mejor amigo de Víctor. Y es que aún me tratan como si fuera una niña.

La verdad es que todo esto me tiene bastante mosqueada. Vale, sí lo reconozco ESTOY ACOJONADA.

Nacho dice que me compre un móvil. ¿Por qué no tengo móvil? Bueno, decidí prescindir de él la noche que me di cuenta que recibía en torno a cuarenta llamadas sin respuesta —más que algún jadeo—, y eso diariamente. Y así uno tras otro. ¡Hasta tres veces lo cambié! Así que prescindí de él para siempre.

Pero ahora no sé qué hacer. ¿Qué probabilidades hay de que esto que tenemos —que, además, ninguno sabe definir— salga bien?

El sábado me dejó un montón de rosas virtuales en mi muro. Y yo suspiré como una tonta porque no estoy acostumbrada a que se tomen esas molestias conmigo. Pero el muy tonto me pregunta hoy qué siento, qué somos...

***Nacho Pidal***

*Pues como te decía, para mí todo esto, si me paro a pensar, también es muy raro. Porque ni siquiera has contestado. Tú y yo, ¿qué somos? ¿Qué tenemos?*

***Noelia Moreno***

*No sé, dímelo tú.*

***Nacho Pidal***

*Viendo el recorrido hasta ahora, creo que te has hecho un ideal de mí. Soy el que te escucha. El que te entiende. El que te da vidilla. El que deja rosas en tu ventana, y el que te dedica una*

*canción minuto sí, minuto también. Pero, en realidad, esto no es real, Noelia, y tú lo sabes.*

*Además, te mereces algo más que todo esto. Por ejemplo: un paseo por el Retiro un domingo por la tarde. Un cine en la Gran Vía un sábado. Un café en el Starbucks.*

**Noelia Moreno**

*¿Qué quieres decir?*

**Nacho Pidal**

*Una cerveza en un irlandés... Que no sé si quieres algo más que esto que supuestamente tenemos ahora. Que, hasta el momento, si realmente fuésemos pareja, nos habríamos adentrado en un aspecto más... sexual.*

**Noelia Moreno**

*¿Sexual?*

**Nacho Pidal**

*Sí, sexual.*

**Noelia Moreno**

*¿Qué quieres, sexo virtual?*

**Nacho Pidal**

*Porque yo pienso en ti y no puedo evitar tocarme.*

En aquel momento me vino a la cabeza una de tantas escenas cómicas de las pelis de dibujos animados de los ochenta. No, no estoy loca. El silencio se instauró en el salón como si todo se hubiera paralizado de repente y solo el sonido de los grillos haciendo *cric, cric* resonara en las paredes del mismo. ¿Que se estaba tocando? ¡Pensaba que me estaba volviendo una salida! Así que le reconocí que yo también lo hacía.

**Noelia Moreno**

*¿Te crees que yo no?*

**Nacho Pidal**

*¿¿¿¿¿Te tocas???????*

**Noelia Moreno**

*Mucho.*

**Nacho Pidal**

*Joder... Hasta ahora nunca has dicho nada.*

**Noelia Moreno**

*Porque siempre me cortabas en lo mejor. Cuando la cosa se ponía calentita te ibas. Y una no es de piedra...*

**Nacho Pidal**

*Ahora, en serio, nena. ¿Te excitas hablando conmigo, o pensando en mí? ¿De verdad quieres decirme que mojas las bragas? ¿Que te tocas? Esto es increíble.*

**Noelia Moreno**

*Cuando hablo contigo intento no llevarlas.*

**Nacho Pidal**

*Noe, por favor, no me digas esas cosas que me pongo malo. Y estoy en el curro. Si no fuera por eso, ahora mismo estaría desabrochándome el pantalón y metiendo la mano dentro.*

**Noelia Moreno**

*Es la verdad. Me has dicho que no quieres que te mienta. ¿¿¿¿¿Sí????? Mmmmm*

**Nacho Pidal**

*No, eso no, por favor. Nunca. Y no me hagas gemiditos, que te imagino susurrándomelos al oído y me pongo cerdo.*

**Noelia Moreno**

*Tendré que ir a hacerte una visita para meterme por debajo de la mesa...*

Efectivamente, le narré lo que se podía hacer en la mesa de su oficina. De hecho, le prometí, que si mi trabajo lo permitía, iría cada día a poner en práctica todas y cada una de las posturas que el escritorio nos dejara. Se quedó loco, literalmente. Me hubiera gustado verlo por un agujerito para ver qué cara se le quedó.

Pero vamos a ver... ¿este hombre se pensaba que yo era una mojigata o qué?

\*\*\*

El lunes fue un día de lo más extraño. Por la mañana Víctor vino a buscarme para acompañarme a trabajar. Durante el trayecto me comentó su idea de *reencontrarse* consigo mismo, así que iría a hacer el Camino de Santiago con un grupo del barrio. Me pareció bien. Víctor ha pasado por muchas cosas: drogas, pequeños hurtos... todo ello provocado por la situación a la que nos vimos sometidos sin quererlo por culpa de una madre que no lo era tanto. Mamá —para que me entendáis, no porque a mí me guste llamarla así— desapareció cuando teníamos apenas doce años. Mi padre se hizo cargo de nosotros. Hasta que se dio a la bebida por una situación que le superaba y tuvimos que valernos por nosotros mismos. Las vecinas jugaron un papel muy importante en nuestro bienestar desde entonces, ya que gracias a ellas comíamos una comida caliente cada día. Desde entonces ya fueron *Mamá Juani* y *Mamá Lucía* y siempre lo serán. Papá... bueno... papá sigue en su línea. Llegó a ir a un centro de *Alcohólicos anónimos* pero ha tenido varias recaídas. La última coincidió con mi separación de Hugo. Los cambios así le afectan muchísimo.

—Hola hermanita, ¿qué tal has dormido? —Si le cuento mis conversaciones con Nacho le da algo, así que las omito.

—Perfectamente, no hace falta que te preocupes tanto, estoy bien.

—Ya, pero prefiero comprobar que estás enterita cada mañana. No me fio. —Me sonrío con

esa sonrisa *proffident* que ha conseguido gracias a un blanqueamiento dental de última generación. ¿Os he dicho que mi hermano mellizo es modelo?

Todas mis amigas han estado —y están— locas por sus huesos. Porque Víctor es guapo hasta decir basta. Y yo, bueno... del montón. No, no somos idénticos. De hecho nos parecemos poco. Misterios de la ciencia.

—Y digo yo —continué mientras subía a su coche—, tú ¿cuándo vas a echarte novia?

—No entra en mis planes.

Así de escueto es mi hermano cuando se habla de su vida personal. A veces pienso que le dan pánico las mujeres por lo que pasó con mi madre. No está listo para una relación seria. Eso, o que no ha encontrado su media naranja. Tendré que preguntarle a Nacho si tiene alguna hermana soltera por ahí...

Ay, Nacho... este hombre me está cautivando de una manera que no es normal. Esta mañana hemos tenido sexo virtual. Vale, ya he dicho que no soy ninguna mojugata. Pero es que le he dicho cosas que nunca creí capaz de decir a nadie. ¿Será el anonimato? Quizás es que no lo tengo enfrente y por eso no me da vergüenza. Me he encontrado tan a gusto diciéndole guarradas, que estoy deseando que sea de noche para conectarme y volver a hacerle enloquecer —y que él haga lo propio—. ¡Dioooooos, como me ha puesto en un momento!

El día en la tienda fue bastante flojo. Nuestra cadena —ojalá fuera mía de verdad—no es que haya una venta abundante cada uno de los días de la semana. Cuanto menos un lunes.

—¡Hola, Cristina! Buenos días, cielo. —Me acerqué y le di un par de besos, mientras ella seguía mirando cómo Víctor se colocaba sus gafas de sol, me tiraba un beso y se despedía. Se quedaba siempre con una cara de tonta...

—Cada día está más bueno—continuaba ella ensimismada sin prestarme atención.

—Oye que estás hablando de mi hermanito—le reprendía yo mientras colocaba mi chaqueta en el perchero del almacén.

—¿Hermanito? A tu *hermanito* le hacía yo un trabajito muy bien hecho. ¿Pero tú lo has visto?

—Cada día de mi vida...

Sonó la puerta mientras me colocaba el uniforme. Me re Coloqué bien la camiseta y peiné mis cabellos con las manos y salí con una sonrisa. La sonrisa se convirtió en dolor de estómago cuando vi quién había entrado.

—Hola, cariño—dijo Hugo desde la puerta con un vaso de Starbucks en la mano.

—Adiós, Hugo—dije yo girándome de nuevo hacia el almacén.

—Ehhh —dijo alcanzándome—, ¿ya no saludas a los viejos amigos? ¿Dónde están tus modales, gatita?—continuó mientras me daba un repaso de arriba abajo con aquella mirada lasciva. Me estaban entrando ganas de vomitar.

Literalmente.

En la otra punta de la tienda, Cristina atendía a una clienta, no sin mirar preocupada hacia nosotros. Yo le hice un gesto de negación con la cabeza para que no se preocupara.

—¿Qué quieres, Hugo? —pregunté.

—Te quiero a ti. Te echo de menos, amor. Mi madre dice que vengas una noche a cenar para ver si lo arreglamos —continuó mientras intentaba —sin éxito— coger un mechón de mi cabello. Le dejé claro con un gesto de desprecio, que aquel acercamiento nunca más se iba a producir.

—Idos tú y tu madre a donde amarga el pepino. Y ahora si me disculpas —le dije mientras abría la puerta para que se fuera.

—Te estás equivocando con no aceptarme, guapa...

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy diciendo lo que tienes que hacer. Solo estarás bien a mi lado, amor. Y lo sabes.

Le quité el café de la mano y fui empujándolo hacia fuera.

—Esto me lo quedo. Adiós y gracias por la visita. Pero no es necesario que vuelvas.

—No, cariño. Sabes que estoy siempre cerca de ti—recalcó ese *siempre*. Sí, era una amenaza. *O conmigo o con nadie*, me había dicho una vez. ¿Sabría de la existencia de Nacho? No, no era posible.

Solo se lo había contado a Cristina.

Empecé a sudar y me senté en el almacén un momento mientras me abanicaba con la mano. Cristina llegó a los pocos minutos.

—¿Te encuentras bien?

Asentí, aún descolocada, mientras me abanicaba con la mano.

Iba a comprar el móvil, como había sugerido Nacho.

## 7. In person

### Nacho Pidal

*Luego te llevaré a comer. Tú irás al baño y te quitarás las bragas. Te sentarás frente a mí y abrirás las piernas. Y yo estiraré el brazo debajo de la mesa y comprobaré cuán de húmeda estás por mí.*

*Exploraré primero con un dedo. Lento. Suave. Tanteando. Tus pupilas se dilatarán. Se te acelerará la respiración y contendrás apenas un jadeo cuando un segundo dedo se una al primero.*

*Y ahí no pararé hasta llegar a tu clitoris y entonces...*

*Ese no podía ser yo.*

A ver, sí que lo era. De hecho, no solo lo pensaba, sino que me recreaba en ello, una y otra vez, hasta el punto de que me hallaba minuto sí, minuto también, con una erección de Padre y muy señor mío. Erección que, continuamente, tenía que ocultar al resto de los mortales, por descarada y evidente, que oyes, no es por presumir, pero uno no anda corto de... miras.

Lo que me extrañaba, no lo que no llega a comprender, era la naturalidad, la facilidad y la total falta de control que tenía con respecto a Noelia.

Con ella no había medias tintas; una vez que traspasamos la barrera de la timidez y la vergüenza, ya no hubo quien nos refrenara, hasta el punto de que me desvirgó virtualmente. Sí, sí, como os lo cuento. Yo, que en esto de las redes sociales soy un cafre y, ya que estamos puestos a ser sinceros, un descreído, y ahí me teníais, flipando con mi cibernovia.

Porque si yo me desinhibía hasta el punto de soltar guarrada tras guarrada, no quiero transcribir sus respuestas. Lujuriosa. Explosiva. Fascinante... Simplemente, Noelia.

Pero lo cierto era que, por primera vez en mi vida, estaba encoñado. Mi amigo Antonio, camionero de profesión, sabio de vocación, siempre ha dicho que el día que yo me pillase por una tía iba a ser a lo grande, de sopetón, un poco a tontas y a locas. Sinceramente, razón no le faltó, porque a menudo me veía a mí mismo soñando despierto con ella, con su sonrisa, recreando nuestras *ciberconversaciones*. Noelia llegó a mi vida como un huracán, poniendo mi equilibrado mundo patas arribas sin que yo pudiera, ni quisiera, hacer nada al respecto.

Comprendí, como hasta ese momento nunca me había planteado, que en verdad las personas pueden pillarse por alguien que está al otro lado del PC, alguien a quien físicamente, tácitamente, no has visto, alguien que quizá os esté tomando el pelo.

Tal vez.

Pero, para eso, y antes de que la cosa fuera a mayores, decidí no posponer más la ansiada cita por ambos. Porque, por muchas horas que pasáramos al ordenador, por mucho tiempo que estuviéramos *conectados*, no era suficiente. Ni de lejos. Yo necesitaba más. Muchísimo más. ¿Qué? A ella. En su totalidad.

Por eso, ese domingo, de una vez por todas, y tras muchas horas de hablar con ella, de todo, y de nada, por fin iba a verla, a olerla, a sentirla, a abrazarla... quizá a besarla. Ojalá que, incluso, algo más... Pero... *in person*.

Así que, hale, ahí estaba yo, revolviendo todo el armario aquel domingo por la mañana y sin

saber qué puñetas ponerme.

—El vaquero de Jacqs and Jones —dijo por enésima vez Estrella desde el vano de la puerta, con esa voz infantil y cansina de marisabidilla que tanto me estaba cabreando esa mañana.

Se había enfadado conmigo porque me había afeitado, y, según ella, la barba de dos días me hacía más *sexí*. No le contesté que eso en la teoría estaba muy bien, pero que en la práctica provocaba sarpullidos, y presumía que la piel de Noelia era en extremo sensible, algo que iba a comprobar ese día sí o sí.

—Ese me hace el culo muy feo —repliqué apartándolo a un lado.

Estrella bufó y, sin permiso —¡como si lo necesitase!—, se coló en mi cuarto y empezó a remover la ropa que había sobre la cama.

—Este no, este tampoco... Hummm... Este podría servir —comentó tendiéndome un polo a rayas blancas y azules.

—De polo nada. Camisa.

Ella frunció el ceño, pero finalmente estuvo de acuerdo conmigo y me eligió una camisa bastante moderna que hacía aguas en tonos azules y grises, la misma que un mes antes había insistido en comprarme el día que me llevó de compras. Secretamente admiré el buen gusto de mi pequeña, aunque no dije nada. En cualquier caso, mi rostro debía transmitir mis pensamientos, porque ella sonrió con condescendencia y me ignoró mientras buscaba un pantalón a juego. Por fin, entre este sí, este no, este te hace el culo bajo y ¡Ohhh, este es la caña!, dimos con el atuendo *ideal de la muerte*.

Todavía era temprano, tanto, que temí empapar la camisa de sudor hasta la esperada cita con Noelia, por ese motivo, de camino a casa de mi hermana Nekane, donde acoplaría a Estrella, puse el aire acondicionado a tope. Los alaridos, resoplidos y protestas de Estrella no se hicieron esperar.

Por supuesto, la ignoré. Estaba metido en ese lío por culpa —o gracias— a ella.

Mi hermana me recibió con una enorme sonrisa, un abrazo exagerado y un pequeño paquete envuelto en papel de regalo que no tardó en darme.

—¿Y esto? Joder, ¿tan raro es que tenga una cita? —Sí, Estrella se había encargado de clamar a los cuatro vientos que el carca de su padre iba a tener, por fin, una cita con una chica.

—Eso no es para ti —cortó mi hermana mayor—. Conociéndote, seguro que no le llevas nada, ¿a que no?

Me rasqué la cabeza, incómodo. No, no le llevaba nada. Pero como soy muy orgulloso, casi tanto como tozudo, no di mi brazo a torcer.

—Tenía pensado comprarle unas flores. A ella le gustan las flores...

Una carcajada cortó mi explicación. Por el pasillo apareció Mario, el peque —y más cabrón —, de la familia.

—Flores... Estás atrasado, tío. Joder, ni se te ocurra presentarte con un ramo de flores. Es patético.

—¡Oye! —protestó Nekane dándole un codazo cuando llegó a nuestra altura —. No es patético. Solo que mi regalo es más original.

—¿Y qué es? —quise saber. En verdad estaba intrigado.

Y emocionado. Mis hermanos, esos que habían arrimado el hombro en el cuidado de Estrella, estaban como locos porque yo, por una vez, había decidido ponerle algo de azúcar a mi vida.

—Una sorpresa —respondió mi hermana, alzando la barbilla y con esa mirada de *yo soy más lista que tú de aquí a Lima* y que mi hija había heredado. Tal vez observó que yo empezaba a fruncir el ceño, no muy convencido, o quizá fue el gruñido que empezó a surgir de mi garganta,

pero finalmente alzó las manos en señal de tregua y añadió para convencerme—: Te apuesto cien euros que cuando abra el paquete, se te va a echar al cuello y te va a dar un beso en todos los morros.

Ahora sonreí. De oreja a oreja. Oye, no la iba a contradecir, pues ella era mujer, y sabía más que yo de la materia, porque casquivana fue un rato, mi hermanita.

No tardé en despedirme de ella, ni de Mario. Estrella estaba ya con los primos, así que pasó de mí como de comer mierda. Sin embargo, antes de irme, la vi mirarme de una forma que me alarmó: asustada, expectante, suplicante incluso.

Era una mirada que decía:

—*No la cagues, papi...*

Joder, esperaba no hacerlo.

Era primeros de mayo, por lo que el tiempo estaba un poco loco. Quedamos en comer en el Ginos de Getafe, porque ella todavía no tenía coche —estaba muy mosca con ese tema—, así que decidí que sería yo quien me acercara.

Total, como si me hubiera dicho que tendría que desplazarme a la otra punta de la ciudad... o del planeta.

El restaurante estaba en el Centro comercial Nassica, pero habíamos quedado en el punto de encuentro.

Ella había sido más puntual. Y, desde luego, se había esmerado muchísimo más que yo. Al verla, algo se movió dentro de mí. Que semejante pibón hubiera quedado conmigo, era algo que tardaría eones en comprender.

¡Qué guapa se había puesto! ¡Pero qué requetebonica, madre! ¡Y alta! Yo, con mi metro noventa —vale, vale, metro ochenta y siete— me consideraba alto, un poquito más que la media. Y ella, al igual que me sucedía a mí, pasaba el umbral de la media femenina, con su más de metro setenta. Si a ello añadimos unos tacones de órdago —después me enteré que eran normalillos, comparado con los taconazos que se estilaban—, pues su altura era más que impresionante.

Se había puesto un vestido monísimo color verde hierba con flores blancas bordadas. Un mini cinturón se ajustaba a una cintura minúscula que contrastaba con un pecho más que voluptuoso y unas caderas redondeadas. Tenía el cuerpo perfecto.

Pero lo que más me gustó de todo fue la tímida sonrisa con la que me saludó desde la distancia, el brillo de sus impresionantes ojos azules y el rubor de sus mejillas.

Comprobé que podía caminar, algo que no creía posible debido al temblor de mis piernas. Esbocé a mi vez una sonrisa nerviosa y enfilé hacia ella.

Conforme me acercaba me percaté de una cosa que, hasta el momento, no me había detenido a pensar, así que en ese corto trayecto, y para no pensar en que tenía las piernas más largas y bonitas del mundo, empecé a fantasear con su voz.

—Hola —saludó cuando, después de cien pasos eternos, por fin llegué a su lado.

Y, la fantasía, se hizo realidad, porque su voz era el colmo de la feminidad, de la calma, de la dulzura y la sensualidad.

—Hola.

¡No, no, no! Joder, qué voz de cazallero. Carraspeé, tanto para aclararme la garganta, como para romper un poco el silencio que cayó sobre nosotros, impugnable, tormentoso y cargado de intenciones.

Ella sonrió de medio lado —¡qué sonrisa!—y jugó con un mechón de su melena castaña. El viento jugó con su flequillo, que rozó sus largas pestañas. Y yo...

Yo me perdí en sus ojos.

Sabía, de verdad de la buena, que en algún momento tendría que hablar, que no debería mirarla de esa forma, como si quisiera comérmela —que así era, pero no era plan de ponerlo tan evidente—, como un depredador a la espera de saltar sobre su presa.

Como un puto loco salido con muchas ganas de meterle mano...

—Esto...

Sí, sí, por favor, que dijera algo, lo que fuese. Cualquier tontería que me arrancara de mi mutismo y que me obligara a comportarme como una persona normal y no como el guiñapo enamoriscao en el que parecía haberme convertido.

El viento revoloteó a nuestro alrededor y trajo una hoja de roble a su cabello, y yo, inconscientemente —o no, no lo recuerdo—, me apresuré a quitársela. Luché contra la parálisis que se había apoderado de mis miembros y estiré la mano.

Pero la elegida fue la misma en la que portaba el regalo que mi hermana había comprado para Noelia, y ella, claro está, malinterpretó el gesto y agrandó los ojos a la par que lo recogía.

—¡Ohhh! ¿Es para mí?

Como al parecer volvía a ser persona, sonreí de medio lado y me encogí de hombros, como quitándole hierro al asunto. Pero mejor no tentar a la suerte, por eso antes de hablar carraspeé para aclararme la garganta y hablar como un hombre, y no graznar como un cuervo.

—Claro. Para mi Principessa.

Ella agrandó más los ojos, pero luego soltó una risilla nerviosa y me miró de reajo. Parecía incluso tímida.

—Tienes una voz preciosa. Y una sonrisa que... ufffff.

Ella sí que ufffff, pero no me dio opción a replicar, porque apartó la mirada y se entretuvo en quitar el envoltorio del paquete.

Era un libro, para sorpresa de ambos. Pero debía ser un libro especial, porque ella soltó una exclamación ahogada y luego me miró con los ojos fuera de sus órbitas.

Volvió a mirar al libro. Luego a mí. Y, de nuevo, al libro.

Y yo allí, viéndolo todo como un espectador y quedando como un gilipollas que no podía hacer nada más que estar ahí, mirándola y devorándola con los ojos.

Pero de pronto hizo algo que me dejó a cuadros. Me miró con intensidad, se acercó un poco más a mí y... me dio un beso en los labios.

Ahí fui yo el que agrandó los ojos —no fue lo único que se agrandó—, y el que no supo qué hacer.

Hasta que me fijé en la portada del libro. Se titulaba “Pídeme lo que quieras”, de Megan Maxwell, una escritora de erótica que estaba teniendo mucho éxito, y española, según me enteré después. Mi hermana, desde luego, se las sabía todas. Y Noelia, más lista que el hambre, había captado la indirecta.

Ni que decir que su beso rompió el hielo, el silencio y cualquier tipo de renuencia por mi parte, de modo que cuando ella se apartó farfullando una excusa, la agarré por la cintura y la obligué a permanecer junto a mí. O más cerca. O muchísimo más. Tan cerca, que era probable que notase mi erección.

—¿Ahora vas a venir con timidez? —susurré, mis labios a un suspiro de los suyos—. ¿Después de todas las cosas que decías que me ibas a hacer? ¿Dónde está la chica camaleónica que decía que me iba a comer enterito, eh? ¿Dónde está la tigresa?

Ella miró mi boca y se lamió los labios. ¿Cómo un gesto tan natural, tan sencillo, podía excitarme tanto?

—Esperando...

—¿Esperando, qué? —pregunté por preguntar. Me la iba a comer entera a la de ya.

—A que la desates...

Hale, pues a desatarla.

Contra todo pronóstico, no fue el beso salvaje que ambos habíamos recreado en el chat. Ni siquiera el que yo mismo había imaginado. No, aquel fue el beso más dulce, tierno y, a la vez, excitante de la historia.

Comencé acercando mi boca a la suya, pero no junté los labios hasta que los suyos no se entreabrieron, dándome permiso para entrar.

Yo es que soy muy educado, claro.

Cuando abrió los labios —y respiró de esa forma tan entrecortada y que tan dura me la puso— lamí perezosamente primero el inferior, luego el superior, tanteando, jugando, anticipándome y fantaseando... La estreché un poco más contra mí —y mira que era difícil—, o al menos mi pelvis lo hizo. Creí enloquecer cuando ella buscó la mía y se balanceó contra mí. Mientras, yo mordisqueaba, lamía, acariciaba sus labios... hasta que decidí que ya estaban lo suficientemente hinchados y era hora de probar el interior de su boca.

¿Sabéis que es verdad que a veces las mariposas revolotean en tu estómago? Lo comprobé aquella tarde, cuando al introducir la lengua en su boca ella salió a mi encuentro. Gruñí, mientras la acogotaba para que no se me escapase ahora que tanto estaba disfrutando y devoré su interior, eso sí, despacito, suave, con calma y contención, las mismas de las que carecía, con una paciencia que ni yo ni mi pene teníamos, con una ternura que... sí, de esa sí tenía guardada. Y mucha. Y toda ella para mi Noelia.

Alguien fue más sensato que nosotros y al pasar a nuestro lado carraspeó, rompiendo el hechizo, el beso y recordándonos que estábamos en un espacio público. Pero aunque deshizo el beso, no el abrazo. Apoyé la frente en ella y solté un suspiro. Ella parecía ida. Quizá el beso le había afectado tanto como a mí. Por si acaso, y para averiguarlo, dije:

—Brutal.

Era una de muchas de las palabras claves que teníamos, de esas que decíamos en el chat y que expresaban más de lo que significaban. Ella sonrió, me dio un rápido beso en los labios y se apartó de mí.

—Brutal. ¿Vamos?

Y fuimos.

Cogí su mano y nos metimos en una tienda, no recuerdo cual. Era una mano muy pequeña, muy delgada, muy blanquita y muy suave. Era la mano de una chica. Me asombró lo natural que era caminar con ella agarrados de la mano.

Y algo muy dentro de mí, mi instinto tal vez, me dijo que ella era mi chica. La Chica. La Mujer.

Después de diez minutos hablando de tonterías, y mientras hacíamos tiempo para entrar al restaurante, nos metimos en otra tienda porque había visto un vestido monísimo. Yo me abstuve de soltar un bufido, pero ella debió imaginarse mi descontento porque me miró traviesa y se mordió el labio para no echarse al reír.

Lo que no imaginé fue que sus planes eran otros, que esa chica de mirada tímida, de sonrisa afable y de carita de ángel, desató a la tigresa que había en ella y me metió dentro del probador.

—Es mi turno —susurró antes de abalanzarse sobre mí y comerme enterito.

Joder, me puso a mil. Yo no sé si era por el miedo a ser pillados, porque se restregaba contra mí de esa forma tan indecente, porque hacía malabarismos con su lengua en la mía o simplemente porque era Noelia.

Y así llegamos al Ginos: despeinados, ruborizados, con la ropa un poco arrugada y con muchas

ganas de acabar la comida para deleitarnos con otros manjares más exquisitos.

Por desgracia, entre los costrinni y los maccheroni al forno ella recibió una llamada de teléfono.

—Lo siento, es Víctor —se excusó.

Bailé la mano en el aire, como dando a entender que atendiera la llamada, que no pasaba nada.

Pero sí pasaba. Y a tenor de lo pálida que se puso, del grito ahogado y de sus ojos desencajados, muy bueno no tenía que ser. Decidí prestar atención a la conversación para ver si pillaba algo.

—No, no... Voy enseguida. Sí, cojo un taxi, no te preocupes... Joder, joder... Vale... Tal vez Hugo, no sé...

¿Hugo? ¿Su ex?

—Vale, vale, voy para allá ya —terminó mientras se ponía en pie. Me miró entre el pánico y la desesperación—. Tengo que irme, Nacho.

—Te acerco —dije quitándome la servilleta del regazo y empezando a ponerme en pie.

—No —ordenó de forma tajante—. Voy a coger un taxi y... Dios, tengo que pirarme de aquí.

—Insisto —¡Claro que sí!—. Te llevo adonde... tengas que ir.

Ella agitó la cabeza con ferocidad, sus ojos al borde de las lágrimas. Pero no estaba lo suficientemente hundida como para doblegarse a mis exigencias.

—He dicho que no, Nacho. Ahora mismo no necesito otra... complicación.

Me dejé caer en la silla.

—¿Me acabas de llamar complicación?

—Yo...

Y se marchó corriendo del restaurante.

Y yo me quedé allí, con cara de gilipollas, incapaz de creer que me había dejado más tirado que una colilla.

Tócate las narices...

## 8. Desastre

Llegué a casa después de dejar plantado a Nacho en pleno restaurante, con cara de póker y con un cabreo monumental. Pero no tuve más remedio.

Víctor me llamó para que acudiera urgente. Me esperaba la policía en el piso, pero no me quiso contar más. Cogí un taxi para que me acercara a casa. Casi no me quedaban uñas. Asentía mientras el conductor intentaba darme un poco de conversación, y al no contestar, quizás me dejó por imposible.

Al llegar a mi portal inspiré hondo porque no sabía qué me iba a encontrar. Desde el balcón, Víctor, que estaba fumándose un cigarro, tiró la colilla y me saludó. Inmediatamente desapareció de mi vista hasta que lo volví a ver en las escaleras.

—Hola, peque—me dijo abrazándome.

—¿Qué ha pasado?—pregunté intentando pasar por su lado. Pero Víctor me bloqueaba.

—Han entrado en tu piso. —Las piernas se volvieron de mantequilla y casi me caigo de la impresión. Podría haber sido cualquiera, lo sé. Pero la sombra de Hugo acechaba mi cabeza aunque no lo quisiera. Además, hacía pocos días que había venido a verme al trabajo y aquello no podía ser casualidad. Ya no estaba segura ni en mi propia casa.

Víctor me cogió la mano y subimos la escalera hasta el primer piso. Había dos policías y el piso estaba patas arriba. Eché una ojeada general y no faltaba nada de valor. Los cojines de los sofás de piel estaban sacados de sitio, las estanterías todas revueltas. ¡Santo Dios!

Así que mis sospechas eran cada vez más reales. Hugo había estado allí y había buscado quién sabe qué. O simplemente quiso asustarme, y vaya si lo hizo.

Mi pobre hermano no se separó de mi lado en ningún momento y cuando la policía ya se hubo ido, me instó a acompañarle a su casa. Por un momento pensé en llamar a Nacho y pedirle dormir con él, los dos abrazados. Solo eso. Lo necesitaba tanto... Pero recordé a Estrella y decidí no hacerlo. Además, primero debía pedirle perdón por llamarle *complicación*. No se lo merecía, pero en aquel momento me salió así, sin pensar. Lo arreglaría más tarde.

Cogí el portátil y metí algo de ropa en la mochila del gimnasio. Entré en mi habitación, también revuelta. La cama matrimonial parecía sacada de una película de miedo. ¿Habían roto el canapé? Toda la ropa estaba sacada de los cajones. Incluso aquellos juguetes que guardaba con mimo en mi mesita, habían sido esparcidos por allí como si quisiera que fueran vistos para avergonzarme delante de la policía o mi familia.

No tenía ganas de ordenar nada. Solo quería salir de allí cuanto antes. ¿Y si me había puesto alguna cámara? Hugo —en caso de que hubiera sido él— era muy aficionado a grabar nuestros *encuentros* a escondidas. Era algo que yo odiaba pero a él le excitaba. Cuando rompimos le hice borrar todo aquel material. Un día comprobé su ordenador y estaba completamente limpio, aun así no me fiaba de él.

A la mañana siguiente contacte con Nacho desde el móvil. No contestaba mis llamadas ni mis mensajes, y sí los leía. Probé a enviarle un mensaje por la red, pero desde el portátil era imposible. No me funcionaba bien. Quizás se hubiera roto con el destrozo del piso. Así que volví de nuevo al teléfono.

[Noelia Moreno](#)

*Nacho siento mucho lo de ayer pero tuve que salir corriendo. ¿Por qué no me coges el teléfono?*

[Noelia Moreno](#)

*¡¡¡Nacho!!! Va no me hagas esto, que fue una causa de fuerza mayor. Por cierto ya he empezado tu libro. ¡Me encanta!*

[Noelia Moreno](#)

*Venga, mi guapo. Dime algo.*

Fui a trabajar, pero no recibí ninguna llamada ni respuesta a sus mensajes. Pese a que estaba prohibido hacerlo, según órdenes directas de la dirección de la empresa, guardé el teléfono en el bolsillo de mi vaquero, para comprobar si tenía alguna respuesta por su parte. Pero no fue así. Entendía que estuviera enfadado. Resistí las ganas de contarle lo que había pasado para que entendiera por qué había salido corriendo de allí. No podía meterle en más problemas.

A media mañana, y con unas ganas locas de coger el coche y llegar a casa para tirarme en el sofá y llorar durante horas, intenté quemar el último cartucho. Necesitaba que me insultara por lo menos, pero necesitaba hablar con él. Me metí en uno de los probadores y le escribí.

[Noelia Moreno](#)

*Por favor, Nacho, no puedo ni trabajar. Me estoy comiendo mucho la cabeza con esto. Dime algo. Insúltame si quieres pero habla, por favor.*

Miraba la pantalla. Sacaba el móvil del bolsillo y nada. Etiqueté la misma prenda cuatro veces. ¡Joder! Cuando ya pensaba que iba a morir de ansiedad llegó una notificación. Tropecé con la burra y casi me escalabré allí mismo. Solté la pistola de etiquetar, saqué el móvil del bolsillo y suspiré. Era él. Estaba enfadado pero me hablaba. Por fin respiré.

[Nacho Pidal](#)

*No quiero insultarte. Pero tampoco quiero ser una... complicación. Así me llamaste.*

[Noelia Moreno](#)

*Nacho...*

[Nacho Pidal](#)

*Noelia...*

[Noelia Moreno](#)

*No quería decir eso. Estaba nerviosa. Sabes que no eres una complicación.*

[Nacho Pidal](#)

*Joder, ¡pues no lo digas!*

[Noelia Moreno](#)

*Lo que pasa es que estoy teniendo una época difícil.*

**Nacho Pidal**

*¿Sabes qué fue lo que más me jodió? ¿Quieres saberlo? ¿O te traerá más complicaciones? Que no confiaras en mí, que me apartaras cuando, en teoría, estabas pasando por un momento muy crítico. ¿Tan poco hombre crees que soy como para salir corriendo a la mínima de cambio?*

**Noelia Moreno**

*Tú ya tienes bastantes problemas como para que te meta en los míos también.*

**Nacho Pidal**

*Perdona, bonita, pero eso debiste pensarlo antes de empezar toda esta movida. Tú has tenido pareja, ya sabes cómo va esto. Y, perdona, pero creo que tienes una idea de pareja muy distinta a la que tengo yo.*

**Noelia Moreno**

*Toda esta movida la empezaste tú. Y, ¿movida? ¿Y qué idea tienes tú?*

**Nacho Pidal**

*Es una forma de hablar. ¡¡¡¡Pues que yo me involucro!!!! Yo quiero estar en tu vida. Joder, ¡¡¡¡ todas horas!!! No solo para lo bueno, nena. También para lo malo. A mí no me sirve de nada que me beses como nadie me ha besado, si luego, cuando estás mal, no me dejas estar a tu lado.*

**Noelia Moreno**

*Es muy pronto, Nacho, para involucrarte en según qué cosas.*

**Nacho Pidal**

*Ok. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Una lista? Esto sí, esto no, esta puerta la traspasamos, esta.... ¡uy, esta ni de coña! Por favor.*

**Noelia Moreno**

*También hay cosas que tú de momento no quieres contarme y no te fuerzo. Pues eso es igual.*

**Nacho Pidal**

*¿Cómo qué? ¿Qué cosas son las que según tú no quiero contarte?*

**Noelia Moreno**

*Los problemas de Estrella, por ejemplo.*

**Nacho Pidal**

*Porque estamos hablando de los problemas DE ESTRELLA. No los nuestros. Y.. ¿Eso es lo que te pasa a ti? ¿Que piensas que cuando sepa qué es lo que te está pasando voy a salir corriendo? ¿Que no quieres darme lástima?*

**Noelia Moreno**

*Yo no voy a salir corriendo cuando sepa que le pasa a tu hija. Pero esto es diferente.*

[Nacho Pidal](#)

*Define diferente.*

[Noelia Moreno](#)

*Joder, Nacho.*

[Nacho Pidal](#)

*No, ahora no quiero joder, gracias. Ahora quiero que definas diferente. Porque sea lo que sea lo que te está pasando, yo no voy a salir corriendo... Bueno, sí, si descubro que meas de pie, sí.*

[Noelia Moreno](#)

*Tengo que solucionar unos problemas que me afectan psicológicamente. No estoy loca si es lo que te imaginas. Pero me está afectando y prefiero llevarlo yo sola.*

[Nacho Pidal](#)

*¿Y en qué lugar me deja eso a mí?*

[Noelia Moreno](#)

*Eso no afecta en nada a lo que tenemos, si tú quieres, claro. Cuando solucione todo este tema hablamos de ello. Y entonces entenderás.*

[Nacho Pidal](#)

*Ah, bien, no afecta. Por eso ayer mi chica salió corriendo para solucionar no sé qué problema dejándome solo con la comida, con un dolor de huevos de órdago y con muchas ganas de retorcerte el cuello...*

Vale, sí, estaba muy cabreado, pero eso no le daba ningún derecho a machacarme, y así se lo hice saber.

[Noelia Moreno](#)

*No me machaques más, por favor.*

[Nacho Pidal](#)

*Ok. Hasta luego, Noelia. Por si no nos volvemos a leer, buenos días, buenas tardes y buenas noches.*

[Noelia Moreno](#)

*¡¡¡Nacho!!! No te vayas, por favor. No me dejes.*

Odiaba a las chicas que eran dependientes de sus novios. Admiraba a las mujeres independientes que no se dejaban liar por un culito prieto que hacía y deshacía a su antojo. Odiaba suplicar. Y como una imbécil yo estaba haciendo justo lo contrario de lo que debía hacer. Pero no podía evitarlo. Lo necesitaba. Más allá del placer físico, era el saber que podía acudir a él para contarle como me sentía. Y no quería perderle.

**Nacho Pidal**

*Yo no soy un medio hombre. No estoy ahora sí, ahora no. No puedo estar para las maduras, pero no para las duras. Eso es lo que no entiendes.*

**Noelia Moreno**

*¡¡¡¡Joder!!!! ¿Quieres saber lo que me pasa?*

**Nacho Pidal**

*No. Quiero que quieras contármelo. Contar conmigo para solucionarlo. Que te apoyes en mí. Ahí está la diferencia. Y tú no la ves. Ya sabes, diferencia, esa palabras que no sabes definir.*

Después de un minuto de silencio, como si hubiera muerto alguien, le eché valor. Le contaría todo. Si eso ayudaba a que no se alejara de mí —del todo— lo intentaría, y que fuera que Dios quisiera.

**Noelia Moreno**

*Vale. Pues escúchame.*

**Nacho Pidal**

*No, no, no vayas a contármelo por aquí. Quedas conmigo hoy, te tomas un café, sin besitos ni arrumacos. Solo tú, yo, dos cafés y una mesa de por medio. Y si quieres, me lo cuentas.*

**Noelia Moreno**

*Hoy no puedo.*

Debía solucionar todo el tema del seguro del piso y hacer un inventario por si faltaba algo, para llevarlo a la policía.

**Nacho Pidal**

*Pues mañana, joder.*

**Noelia Moreno**

*Pero necesito que me digas que me perdonas y que me vas a dar un abrazo en cuanto me veas. Porque necesito abrazarte y que me abracés. Y estar así un buen rato... Ya está, ya lo he dicho.*

Momento incómodo en el que ambos nos quedamos callados y ninguno de los dos sabía que decir, lo sé porque no le vi escribir nada. Unos minutos después, que se me antojaron horas, contestó:

**Nacho Pidal**

*No sé qué voy a hacer contigo. Me refiero a que no puedo resistirme a ti. Que no tenía pensado hablarte. Ni escucharte. Bueno, leerte, ni escribirte. Y aquí me tienes: deseando que llegue mañana para darte ese abrazo.*

Y ahí empecé a llorar como una Magdalena. Tenía los nervios acumulados del cansancio, de no dormir aquella noche, el disgusto del robo en mi casa, la impresión por ver a Hugo de nuevo. Me derrumbé en la silla del almacén. La imagen era digna de foto: con las piernas separadas y las rodillas juntas, sentada debajo de la burra, con las prendas sobre mi cabeza, llorando a moco tendido y acariciando el móvil como si se tratara del propio Nacho. Necesitaba que Nacho me brindara sus brazos para acurrucarme como le había pedido. Porque aunque no lo hiciera en ese mismo instante, estaba segura que en cuanto nos viéramos iba a lanzarme a por él y no le iba a dejar escapar en toda mi vida.

*Noelia Moreno*

*Puto cabezón de los cojones, que me tienes dando tumbos por toda la tienda... ¿Sí?*

*Nacho Pidal*

*Pero ojo, que lo mismo ya no te suelto. Siiiiiii, tiparraca. Me derrites. Y no sé si eso me gusta o no.*

*Noelia Moreno*

*Te necesito. Mucho muchísimo. Cabezón gilipollas.*

*Nacho Pidal*

*Vale, primera sonrisa desde hace dos días. Gracias.*

*Noelia Moreno*

*jajaja*

Ya estaba haciendo el payaso, para hacerme reír.

*Nacho Pidal*

*Y yo te necesito a ti.*

*Noelia Moreno*

*Sniff*

*Nacho Pidal*

*NO HAGAS ESO. No soporto que las mujeres lloren.*

*Noelia Moreno*

*No estoy llorando. Bueno, solo un poquillo, pero ya se me pasa.*

Respiré hondo. Era curiosa la manera que tenía Nacho de empatizar conmigo. Aquel *sniff* fue simplemente una manera de decirle que me había emocionado. Pero él sabía perfectamente que yo estaba llorando. Lo intuía. ¿Cómo era posible que los sentimientos que teníamos los hubiéramos exteriorizado en tan poco tiempo y de aquella manera?

Le dije que me encantaba el libro que me había regalado. De hecho se me estaban ocurriendo varias ideas para acabar de encandilarle y que no me soltara la mano nunca más. Porque aunque me encantaban las conversaciones que teníamos, prefería mil veces el tacto de su piel bajo mis

manos, tenerle cerca de mí y oler su pelo. Cada día de mi vida. Pero antes había que solucionar varias cosas.

Sí, me estaba enamorando de él. Y las palabras salían sin pensarlo, hasta el punto de casi meter la pata al despedirme.

Noelia Moreno

*Te*

Nacho Pidal

*Te*

Noelia Moreno

*Nada. Espero esa llamada. Besitos.*

Nacho Pidal

*No preguntaba. Respondía. Besos en tos los morros.*

Y ahí la señal inequívoca de que él sentía lo mismo. Habíamos hablado durante tanto tiempo que no importaba si no nos habíamos visto más que unos minutos. Yo sabía lo que sentía, y él también. Pero quizás el miedo a equivocarnos con aquellos sentimientos, nos obligaban a no acabar la frase del todo.

Aquella tarde Cristina me acompañó a la comisaría. Víctor se había ocupado de hacer el inventario, aprovechando que no tenía que ir a trabajar. Le agradecí el gesto, porque no me sentía preparada para volver allí aún. Cada vez que lo pensaba me daba una especie de ataque de ansiedad.

Cuando esperaba en la puerta hasta que Cristina apareciera con el coche, oí un gritito a mi espalda que hizo que se desmoronara de nuevo mi paciencia y la serenidad que en aquel momento, y después de que la policía prometiera una investigación, reinaba en mi cuerpo.

—¡Mira quién está aquí! ¡Pero si es mi nuera!

—Ex-nuera —dije yo con la cabeza alta—. Buenos días, Rosa.

Ella se acercó y me dio un par de besos, más por cortesía que por otra cosa.

—Ay, niña, ¿qué más da? Además, seguro que lo vuestro tiene solución, que mi Huguito es muy impulsivo pero es buen niño.

Niño. Ese era el problema, que su madre aún lo veía cómo un niño y él vivía debajo de sus faldas. Que no se enfrentaba a los problemas y los solucionaba llamando a mamá. Pero lo del piso —y es que estaba segura de que había sido él— había sido demasiado doloroso y demasiado violento para perdonarle. No solo por mí, sino por la gente que implica en todo esto: Nacho preocupado, Víctor al borde del ataque, Cristina mirando por las esquinas como si fuera un detective. Y yo... Yo ya no sabía cómo me sentía.

Un coche se paró en la acera de enfrente y tocó el claxon. Me coloqué mis gafas de sol mientras Rosa exponía los supuestos talentos de su hijo. No le prestaba atención, pero a ella no le importaba lo más mínimo, para variar. Me giré un momento hacia ella observando su anticuada vestimenta y aquel moño cardado que le hacía parecer salida directamente de la serie *Cuéntame*, y me limité a darle una palmadita en la espalda y a decirle lo que pensaba:

—Tu hijo es y será un gilipollas toda su vida. Dile de mi parte que si pretende meterme miedo de alguna manera no lo va a conseguir —levanté la mano para callar a Rosa cuando ella quiso

replicarme—. Que deje de molestarme en mi puesto de trabajo si no quiere que vaya yo a molestarle al suyo de otra manera. Adiós, Rosa, que tengas un buen día.

Miré a ambos lados de la calle antes de cruzar hacia el coche de Cristina. Al llegar, abrí la puerta, me metí dentro, suspiré hondo y sollocé. Los ojos se me encharcaron de repente. Le había echado un par de huevos, sí. Pero me derrumbé.

—Noe...—alcanzó a decir Cristina abrazándome para que me desahogara al fin—. Venga tesoro... No llores, que ya verás como todo se soluciona y cogen al gilipollas que ha hecho eso en tu piso.

Me deshice de su abrazo, sorbí las lágrimas y me afané en ponerme el cinturón de seguridad. Acto seguido le envié un mensaje a Nacho.

*“Necesito abrazarte. Necesito que me abrases, por favor”.*

Minutos después me contestó.

*“No sé qué es lo que te está pasando, principessa, pero dime dónde y voy a buscarte ahora mismo.”*

## 9. Caballero de brillante armadura

No tengo complejo de héroe, ni siquiera intención, pero así me sentía mientras conducía mi BMW 320 a toda pastilla por la M-50.

Llamadme blando, pero contra todo pronóstico el cabreo me duró bien poco. Digo contra todo pronóstico porque aquel que me conozca sabe que a rencoroso y a cabezón no me gana nadie. Lo sé, lo reconozco, no es loable lo que estoy diciendo, pero a estas alturas ya habréis averiguado que no soy hombre que oculte sus defectos, que son muchos y muy irritantes para según quién los padezca.

Mi hija me llama Don Erre que Erre, y razón no le falta, como tampoco le faltó aquella tarde, cuando, después de sermonearme durante más de dos horas por no haberle cogido el teléfono a Noelia, me hizo ver que estaba llevando las cosas al extremo.

Después de llenarme la cabeza de pajaritos, tuve que sentarme a analizar la situación. Cabreándome, llamándola de todo y gruñendo por las esquinas no estaba consiguiendo nada, así que como además me moría de ganas de hablar con ella, y puesto que la muchacha estaba poniendo muchísimo de su parte, decidí darle la oportunidad de explicarse.

Que algo no iba bien con su ex novio era algo que yo medio sabía, por las conversaciones que Estrella y Noelia habían mantenido y por lo que yo mismo había podido intuir de esas *discusiones* que siempre se quedaban a medias entre nosotros. Pero, sinceramente, me molestaba muchísimo que me apartara, que creyera que era un hombre de medio pelo que iba a echar patas en cuanto las cosas se pusieran un poco difíciles.

A mí me iba a hablar de dificultades...

Además, en el fondo me estaba comportando como un hipócrita, porque yo no le estaba devolviendo la misma confianza que le estaba exigiendo. ¿Por qué? Porque, en el fondo, me aterraba la idea de cargarla con una cruz que no le correspondía...

Y ahí fue cuando entendí sus recelos. Y cuando decidí anularlos.

Los míos, mis miedos, eran otro cantar... Eran mucho más graves que todos los ex novios del mundo.

Sin embargo, y por mucho que me prometiera que, pese a haber cedido, iba a seguir en mi plan de chico duro, cuando me mandó aquel mensaje dejé el orgullo, la cabezonería y cualquier gilipollez a un lado. Porque le bastó un par de palabras para que yo supiera que ella me necesitaba.

Más que a nada en este mundo.

¿Cómo me hizo sentir esa necesidad tan apabullante? Pues así: apabullado. Eufórico porque fuera yo, y solo yo, a quien recurriera. Un poco acojonado porque fuera yo, y solo yo, el hidalgo que peleara contra todos los dragones del mundo y la rescatara de su torre de marfil.

En cualquier caso, ahí estaba yo, con mi polo rojo de Lacoste simulando una brillante armadura y conduciendo mi corcel de metal. Mientras, un trovador llamado James Arthur cantaba por la radio yo qué sé sobre algo imposible. Y yo no paraba de preguntarme si no sería lo nuestro así: imposible. Si quizá todo aquello me quedaba grande, si me estaba involucrando en algo que no comprendía, que me había venido tan de sopetón que no me había parado a pensar en las consecuencias.

Hasta que la vi.

Allí, en la cera, arrebujándose en su chaquetilla de lana y mordiéndose el labio, parecía tan perdida, tan desvalida, que cualquier interrogante, cualquier duda, quedaron totalmente borrados por la certeza de saber que sí era posible. Y del mismo modo que quince años atrás supe que Estrella era hija mía, comprendí, allí, en ese mismo instante, que Noelia era la mujer de mi vida. Que yo, Nacho Pidal, por primera vez en mi vida me estaba enamorando.

Y la prueba de ello fue aquel latigazo que sentí en lo más hondo de mí cuando ella, al verme, sonrió de oreja a oreja.

Yo detuve el coche a su altura, y ella se apresuró a subirse.

—Hola, guapo —saludó mientras cerraba la puerta.

—Principessa... —saludé a mi vez, un segundo antes de abrazarla y besarla suavemente en los labios. Me aparté ligeramente de ella para buscar sus ojos al preguntar—: ¿Cómo estás, nena?

Ví que sus labios temblaban ligeramente, síntoma de que estaba un poquito conmocionada, así que para no presionarla, puse el coche en marcha y... conduje. Solo eso. Escuchar música, conducir, y agarrar su mano de vez en cuando para besarle los nudillos. Mirarla de reojo y sonreír. Ahí, al tiento, derribando sus defensas, derritiendo el hielo que parecía envolverla. Y derritiéndome yo al mismo tiempo cada vez que ella, en un descuido que poco tenía de tal, me acariciaba la nuca, enviándome descargas eléctricas por todo el cuerpo. Hasta que la necesidad de tocarla, de sentirla, de corresponder a sus leves caricias fue tan inmensa, que dolía.

Detuve el coche en una calle cualquiera, en pleno polígono, que a esas horas, al caer el sol, estaba quieto y silencioso, más solo que la una y libre de miradas indiscretas.

Sí, pensáis bien al creer que lo hice adrede, que mi intención, además de consolarla, era darme el lote con ella.

—¿Nos sentamos atrás?

—Mejor —susurró ella, saltando al asiento trasero, haciendo malabarismos para que no se le subiera la falda (y mira que recé para que sucediera), y dando un par de puntapiés a los zapatos cuando vio que con ellos su movilidad era bastante limitada. Yo me abstuve de reír, porque pese a lo cómico de su postura, la situación de divertida no tenía nada, porque su rostro estaba serio y sus ojos al borde de las lágrimas.

No tardé en seguirla, aunque yo, con mi metro noventa (o casi), no me quería arriesgar a hacer el ridículo. No tenía nada de contorsionista, y la mía era una edad en la que una dislocación de cadera podía ser letal. De modo que resolví hacerlo de la forma más elegante posible: por la puerta.

Tan pronto me instalé a su lado, ella me miró abatida, casi suplicante. Sonreí, abrí los brazos y dejé que se abalanzara sobre mí y me apretara fuerte, muy fuerte. Y así la abracé yo, fuerte, muy fuerte, tanto, que temí partirla en dos. Ella tembló entre mis brazos, y lloró, y sollozó. Y yo allí, sintiéndola, aspirando su perfume, recriminando a mi pene cada vez que le mandaba una orden a mi mano para que se metiera dentro de su falda o para que le tocara una tetilla. Creo que su orden era tan imperativa, tenía tanto poder de persuasión, que incluso le inculcó un poco de su salvajismo a Noelia, que de pronto, y sin previo aviso, me agarró el rostro y buscó mi boca, frenética, casi tan desquiciada como lo estaba yo por arrancarle la ropa.

Sin embargo, el orgullo, que suele prevalecer por sobre todas las cosas, me gritó que me dejara de tonterías y que me centrara en lo importante. Y lo importante era...

—Después—gruñí, apartándole las manos y haciéndole la cobra cuando intentó besarme de nuevo—. Ahora tenemos que hablar.

—Hablar... —susurró ella mirándome la boca y con un suspiro resignado.

—Sí, hablar. Esas cosas que hacen los adultos después de cagarla.

Ese era uno de mis defectos: cuando las cosas se me escapaban de las manos, me perdía la boca. Y, claro, a Noelia no le gustó mucho descubrir esa faceta mía. Su mirada asesina así lo declaraba.

—Cagarla... Adultos... Ahora mismo te daría una *hostia bien dá*.

—No, ahora mismo me darías un *morreo bien dao*, pero tenemos que aclarar las cosas, Noelia. En serio.

—Está bien —claudicó. Se sentó como Dios mandaba y se recolocó la camisa, la falda, la melena y el flequillo. De paso, me lo recolocó a mí también. No le dije que no se molestara, que mi flequillo rebelde venía de serie y que era inútil, porque me encantaba esa manera suya tan tierna de tocarme.

«Nacho, cagarla... adultos...». Ah, sí.

—¿Me lo cuentas del tirón, o empiezo por el tercer grado? —pregunté cuando vi que no hacía amago de hablar.

Me miró de reojo y bufó, pero luego hizo un aspaviento de manos.

—Está bien. Ya sabes quién es Hugo, y las circunstancias en las que le dejé. Bueno, te conté lo más fuerte, el detonante, pero hubo muchas gotas antes de colmar el vaso del todo. Hugo no es que fuera un maltratador, al menos no físicamente. Pero era muy celoso y controlador, y de haber sido yo otra chica un poco más débil, pues me habría machado psicológicamente hasta el punto de tenerme totalmente doblegada a su voluntad. Yo no sé si fue que le mandara a la mismísima mierda, pero lo cierto es que no soportó nuestra ruptura. Hasta tal punto, que me está acosando para volver y...

—¿Cómo que acosando?

Noelia pegó un brinquito graciosísimo. Creo que fue porque no se esperaba que yo rugiera de esa forma. La verdad, yo tampoco lo esperaba. Porque lo cierto era que temblaba. De rabia. Y de pánico.

—Pues... acosando. Bueno, en realidad, no tengo ninguna prueba. No puedo acusar abiertamente que fue él quien me rayó el coche, ni quien me pinchó las cuatro ruedas, ni quien me registró el piso...

Flipando. Lo estaba flipando. Me parecía a mí que alguien estaba buscando que le partiera la cara. Y las piernas.

—Déjame hablar con él y...

—¡No! —gritó. Me agarró de los hombros y me miró con desesperación—. No puedo dejar que hagas eso. Olvídalo. Yo... lo tengo controlado.

—¡Controlado y una mierda! —No, gritar no era lo más sensato en su estado, así que suspiré y le acaricié el cuello. Lo tenía muy suave...—. Si ese cabrón es tan listo como para no dejar pruebas, me da pánico hasta dónde pueda llegar.

—De momento he avisado a la policía. No he formulado una denuncia formal, porque no tengo en qué basarme, pero sí les he dado su nombre como el principal sospechoso. Supongo que en el fondo lo único que quiere es asustarme y presionarme para que vuelva con él.

—Pues lo está consiguiendo.

—Pero, ¡qué dices! Vamos, ni harta de vino vuelvo con él.

—Espero que no, joder... Me refería a lo de asustarte. Al menos, a mí me ha asustado.

Noelia me hizo ojitos y yo... me deshice por dentro.

—¿En serio estás asustado?—susurró, sentándose en mis muslos y echándome los brazos al cuello.

—Pues claro —susurré a mi vez, cosa absurda; no había nadie que nos pudiera escuchar—. Me aterra que te puedan hacer daño. Te has convertido en alguien imprescindible para mí, Principessa.

El alma se le desbordó por los ojos, y tras limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano y de tragarse un sollozo, me besó en los labios, dulce, suave. Tierna. Noelia.

—¿Te he dicho que me encantas? —me confesó entre besito y besito.

—¿Y yo que me vuelves loco?

—TE...

—TE...

Y ya no hubo más palabras. Ella había dicho todo lo que tenía que decir. Y yo ya no quería seguir hablando. Ahora necesitaba tocarla, sentirla, saber que estaba bien, o que mis besos, mis abrazos y mis caricias podían relajarla. Excitarla, tal vez. En definitiva, borrar los nubarrones que parecían abatirse sobre nosotros y perdernos y recrearnos el uno en el otro.

Ella me mordisqueaba el cuello, y yo ya, irrefrenable, sin trabas, le acariciaba los muslos con una mano, la espalda con la otra. Ella llegó al lóbulo de mi oreja y jugueteó con él, traviesa, picarona. Noelia.

—Joder... —mascullé cuando se movió un poco sobre mí, sobre mi erección, aumentándola, si cabía.

—Eso, eso... joder...

¿Podía tener un tipo tanta suerte? Vale, cierto que soy guapete hasta cierto punto, y que estoy bastante bien para mi edad, pero vamos, es que ella era un pibón. Dulce, tierna, un ángel. Lujuriosa, desinhibida, salvaje, un demonio. Acaricié sus pechos sobre la camisa, esperando que de un momento a otro me apartara la mano, pero en vez de eso, se arqueó, buscando más caricias, más cercanía. Más de mí.

La tela y yo nunca nos habíamos llevado bien, así que mientras dejaba que me besara cuanto y como quisiera, le desabroché un botón, dos, tres... hasta que me encontré con sus pechos, realzados por una pieza de lencería creada para enloquecer a un hombre... a mí. Deshice el beso, porque quería enterrar la cabeza entre sus pechos, mordisquear la carne que apareció ante la vista, lamerla, besarla. Comérmela enterita.

—Nacho, Nacho... —me pedía ella. ¿Qué? Yo no sé, pero supuse que su súplica tenía que ver mucho con mis deseos, así que liberé sus pechos de la prisión de encaje y alambre que era su sostén. Solo tardé un segundo, el justo para echarles un vistazo y susurrar que eran preciosos, en abalanzarme sobre sus pezones enhiestos y mordisquearlos.

No sabía qué me mataba más; si los movimientos de ella sobre mi erección, o la rugosidad de sus pezones en mi lengua.

Mi mano derecha fue más osada que la izquierda y se perdió dentro de la falda. Liberé sus pechos de mi boca para poder mirarla a los ojos. Sí, estaba pidiendo permiso, que fue concedido cuando ella abrió un poco más las piernas para que tuviera mejor acceso. Ambos nos sonreímos, justo antes de que le mordisqueara el cuello y subiera hasta su barbilla, que mordí y besé, y así hasta llegar a su oreja, en el mismo instante en que mi mano llegaba a su entrepierna, después de una eternidad ascendiendo por la suavidad del interior de sus muslos. Noelia pegó un respingo cuando llegué a su sexo y lo acaricié por encima de las bragas, que dicho sea de paso rezumaban humedad.

—Un hombre de verdad hace que mojes las bragas, no los ojos —alardeé.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Eso lo has leído en el Facebook —apostilló.

—A ver si no dónde —me reí.

Creo que ella iba a seguir con la broma, pero la acogoté y empecé a besarla de nuevo, esta vez sin calma, sin contención, rápido, voraz. Un beso de giros imposibles de lenguas, de entrechocar de dientes. Un beso que devoraba y que pedía ser devorado.

Un beso que ahogaba sus gemidos y los míos.

Fuera se desató una tormenta de primavera, mientras *Birdy* cantaba *Skinny love*. Y así, a golpe de *mío, mía, mía*, le retiré el trocito de tela que cubría su sexo y empecé con las caricias de verdad de la buena, aquellas que la subirían al cielo, que la harían olvidarse de todo lo que no fueran mis dedos jugando con su clítoris y mi lengua haciendo estragos en su boca.

—Nacho, Nacho... Madre mía, para...

—No quieres que pare —jadeé junto a su boca.

Porque aunque en un principio mi idea era provocarle un orgasmo, a medida que la excitaba ella se retorció sobre mí. Y me estaba costando la vida no ponerla a horcajadas sobre mí, liberar mi polla y hundirme en ella una y otra vez... Pero no quería que fuera así nuestra primera vez. Bueno, sí quería, pero por consideración a ella...

—¿Tienes algo? —preguntó, frenética y resoplando.

Sí, nena. Tengo muchas ganas de follarte a lo bestia...

—¿Algo de qué?

—Joder, Nacho. Preservativo.

Valiente imbécil... Me anoté mentalmente pasarme por la farmacia a la orden de ya y comprar... no sé, una docena de cajas de veinticuatro. Pero lo primero era lo primero, y aunque mis necesidades no quedasen cubiertas, me iba a encargar que las de mi principessa sí lo estuvieran.

—No. Pero da igual. Calla y bésame.

Y seguí jugando con ella, hasta que se puso tensa. Aceleré el ritmo de mis caricias, la velocidad de mis dedos entrando y saliendo de ella y de mi pulgar atacando su clítoris, mientras ella gemía sin control. Y luego se quedó muy quieta, muy callada y con los ojos muy abiertos. No sabía qué le pasaba, hasta que dejó caer la cabeza y liberó la tensión de su cuerpo. Sentí su orgasmo en mis dedos al contraerse sus músculos internos. En mis brazos al sacudirse de aquella forma. En mi boca, donde ahogó un grito tras otro mientras se deshacía y se perdía en el calor de su orgasmo.

Y yo... a punto de reventar. Dolía, amigos. Aquello dolía muchísimo. Ese deseo retenido me estaba ahogando. Y, sin embargo, me sentía sumamente orgulloso por haberle provocado un orgasmo a mi chica, a mi principessa, que ahora yacía en mis brazos, desmadejada, satisfecha, feliz.

Sus suspiros entrecortados así lo demostraban, o al menos fue lo que quise creer.

—¿Qué? —pregunté cuando, después de una eternidad, alzó la cabeza y me sonrió. Tenía los ojos muy brillantes, y las mejillas arrojadas. No podía estar más bonita—. Te has corrido un poco, ¿no?

Ella se rió por lo bajo y me golpeó cariñosamente con el puño en el pecho.

—Pero mira que eres golfo... Sí, me he corrido. Pero no estoy satisfecha.

Alcé las cejas, asombrado. Pues vaya...

—¿Y eso?

No contestó, sino que, traviesa, se sonrió y empezó a acariciarme sobre el pantalón. Yo pegué un brinco, porque no me lo esperaba.

—Jesús, nena...

—Eso digo yo —replicó ella, agrandando los ojos mientras con la mano seguía el recorrido de mi pene—. ¿Todo esto es de verdad?

Solté una carcajada.

—Ya te dije por el *face* que la bromita de Nacho Pidal no tenía que ver con el parecido de nuestros nombres... Para, para —supliqué cuando de pronto ella empezó a desabrocharme. Como siguiera así, iba a eyacular en menos que cantaba un gallo—. Joder, para, nena, que estoy a punto de reventar.

—Pues eso es lo que quiero. Que revientes.

Y metió la mano dentro del pantalón y me besó para que no pusiera ninguna objeción más. Y allí, en el paraíso, Birdy dejó de cantar y empezó a hacerlo Chris Isaak con su *Wickedgame*, hasta que de pronto se puso a granizar.

No, no estaba granizando. Aquel *toc toc toc* era muy parecido al del granizo, pero...

—¡Hostias! —grité cuando vi que un tío nos estaba mirando por el cristal.

Todavía tardé algo más en asimilar que aquel no era un tío corriente, sino un policía. Aparté a Noelia, que pegó un grito cuando vio la silueta del agente. No tardamos más de medio minuto en recomponernos un poco la ropa, hasta que estuvimos lo suficientemente presentables como para bajar la ventanilla y atender a nuestro nada grato visitante.

—Buenas noches —solté.

—Buenas noches. Los papeles del coche y documentación. La de la... señorita... también.

No me gustó su tonito, ni la forma despectiva que tuvo de mirar a Noelia, pero con la autoridad mejor no jugársela, así que hice malabarismos para coger los papeles de la guantera. Noelia ya estaba buscando en su bolso el monedero. Cuando lo tuve todo, se lo di al agente. Se apartó un poco y llamó donde tuviera que llamar. Miré a Noe, que parecía asustada... y avergonzada. Le apreté la mano para calmarla.

—Todo en regla —dijo cuando volvió—. De todos modos, ha de saber que ha cometido un delito al recibir los servicios de... en la vía pública y...

—¿Disculpa? —corté con incredulidad—. ¿Está llamando puta a mi novia?

—¿Me está llamando puta? —medio gritó Noelia, indignada. Pero luego me miró y añadió con dulzura—: ¿Me has llamado novia?

La miré con dureza.

—Lo estás arreglando, niña... —Me giré al agente, que miraba divertido la escena. Mi cabreo ascendía conforme lo hacía mi frustración sexual—. Mire, agente, si quiere multarme por meterle mano a mi chica en la calle, venga, ya está tardando, pero los insultos y las insinuaciones las dejamos a un lado, ¿vale?

Tal debía ser mi cara de desgraciadito de la vida que el hombre se compadeció de mí y no emitió ninguna multa. Eso sí, antes de marcharse nos recomendó moderación, prudencia y decoro.

Claro, como él no tenía un dolor de huevos de padre y muy señor mío...

*Papi papi, papi chulo, papi papi ven a mi...*

¡Estrella! Vaya, me había olvidado momentáneamente de que era lunes, y los lunes era el día que preparaba la cena ella. Pobre... y yo haciéndole guarradas a mi chica en plena calle como un quinceañero...

—Joder... Hola, cariño... No, no se me ha olvidado. Sí, en un rato estoy allí. Con Noelia. No... vale, se lo digo. Oye, Noe, mi hija te invita a cenar.

Ella pegó un respingo, pero sus ojos se iluminaron. Sin embargo, negó con la cabeza.

—He quedado con mi familia. Será mejor que nos marchemos.

No tardé más de cinco minutos en llegar a la dirección que me dio. Nos estuvimos despidiendo

un cuarto de hora más, hasta que recordé a mi pequeña, y cuando comprendí que otro dolor de huevos en el mismo día no era nada conveniente para la salud. Sin embargo, no podía dejar de besarla, de acariciarla, de sentirla, de olerla...

La tormenta había traído una subida de temperatura, o quizá yo estaba más caliente de lo normal. Por ese motivo, las ventanillas del coche estaban bajadas, aunque eso no me impidió meterle mano a Noelia de nuevo...

—Quita las manos de mi niña, gilipollas —dijo alguien desde fuera, supuse que a mí, a tenor de lo cerca que sonaba la voz.

Pero bueno, ¿acaso hoy era el día de los tocapelotas? Pero entonces registré las palabras del guaperas que me miraba con un cabreo monumental desde la cera donde había aparcado: había dicho *mi niña*.

Todos los nervios del día, del cabreo con Noe, de la reconciliación después, de la excitación, de la frustración, se me vinieron encima. Si a ello sumábamos lo que Noelia me había contado hacía apenas un rato, era lo más normal del mundo que pensara lo que pensé. No lo dudé, y me bajé del coche como alma que lleva al diablo.

No, tampoco lo dudé al estrellar el puño contra el rostro de su ex. Porque estaba seguro de que era su ex.

El tipo se llevó la mano allí dónde le había alcanzado, en plena tocha, donde un hilillo de sangre comenzaba a serpentear hasta el labio.

—Pero, ¿tú de qué mierda vas? —preguntó, los ojos fuera de sus órbitas y totalmente perplejo.

—Tócate las narices.... Noelia, vuelve al coche, cariño —ordené cuando la vi abrir la portezuela.

Iba a darme la vuela hacia el tipo cuando de pronto sentí que me reventaba la cara. Me tambaleé, retrocedí un par de pasos hasta que sentí en mi espalda un apoyo. No supe qué era. En ese instante lo veía todo doble.

Me llevé una mano allí donde su ex me había golpeado —muy, pero que muy fuerte, por cierto —, hasta que la rabia me cegó y, cual quinceañero pendenciero, me lancé a por él.

Y así, entre ganchos, derechazos, izquierdazos y demás, dimos el espectáculo en plena calle, mientras Noelia nos gritaba que nos detuviéramos, totalmente fuera de sí.

—¡Nacho, Víctor, parad ya! —pude escuchar.

Y me detuve.

—¿Víctor?

El aludido aprovechó mi sorpresa y me derribó con una patada de Kick boxing.

—¡Que paréis ya, Víctor! —gritó Noelia. Luego se dirigió a mí, que allí, tirado en el suelo, hecho un guiñapo y con la ceja y el labio partidos, soporté estoicamente su mirada asesina—. Eres un animal.

¿Yo, animal? Bueno, vale, un poco sí...

—Ha empezado él. Si no hubiera dicho lo de mi niña no hubiera pensado que se trataba de Hugo y...

—¿Y por eso tienes que recurrir a la violencia? Me asustas. Este no es mi Nacho. Yo no quiero este Nacho.

—¡Joder, que el capullo de tu hermano tampoco se ha quedado corto!

Ella, que había echado a andar, se detuvo y la oí resoplar. Luego me miró por encima del hombro.

—No estamos hablando de él, Nacho. Estamos hablando de ti. Yo ya he vivido episodios como este. Y no quiero en mi vida a matones de tres al cuarto. Adiós, Nacho.

Y, agarrando del brazo a su hermano, se marchó de allí sin dignarse a mirarme.  
—¡Tócate las narices... otra vez!

## 10. Una casa en el campo

¿Sabéis el dicho ese que dice: «Hoy hace un día estupendo, verás cómo viene alguien y lo jode.»? Pues no es el caso. Aquel día empezó mal y acabó peor. Pero ¿cómo se le ocurre a Nacho lanzarse a la cara de mi hermano de esa manera? ¿Y Víctor? ¿Desde cuándo soy “su niña”? ¡Vaya par de orangutanes!

Como podréis suponer, aquel malentendido tuvo consecuencias, y no buenas precisamente.

Víctor consiguió estar varios días a base de ibuprofeno para intentar bajar aquella hinchazón en su cara. Tuvo que suspender una sesión de fotos para una marca publicitaria esa semana. Y hasta bien entrada la siguiente no empezó a estar presentable.

Y Nacho... pues no lo sé, porque estuve varios días sin verle. No puedo soportar a los hombres que se hacen los machitos y no escuchan a su alrededor, que se ofuscan a la primera de cambio y no dan lugar a renuncios. Que vale que sí, estaba preocupado por mí y pensaba que era mi ex a la carga de nuevo... pero no me había gustado aquella pelea, por parte de ninguno de los dos.

A Víctor lo perdoné la primera media hora después. He de reconocer que haber estado juntos dentro del vientre de mi madre, compartiendo comida y espacio durante nueve meses, tira mucho. Lo de Nacho fue más complicado. Después de colapsarme el móvil varias veces con mensajes y canciones de amor —hasta un mensaje de voz cantándome la canción de Nino Bravo “Noelia”—, decidí que era hora de hablar del tema.

Me explicó sus razones, y aunque al principio estuve reticente, mis defensas se hicieron añicos cuando me dijo lo que me dijo.

### ***Nacho Pidal***

*Mira las cosas objetivamente, Noelia. No hacía ni una hora que habías estado llorando por el acoso de Hugo. Llego a tu casa, y un imbécil me viene y me dice que te quite las manos de encima. ¿Yo qué pienso? Que es tu ex. Y claro, me ciego, me ciego, me ciego... Y lo sé. No tengo excusa. Mirándolo así, debería haber preguntado antes de soltar el rechazazo. Pero reconoce que tu hermano tampoco estuvo muy fino.*

*Yo no soy celoso... joder, no sé cómo soy. Nunca he tenido novia. Ni nada parecido. Y.. Yo no sé qué hacer con esto que estoy sintiendo, Noe.*

Lo que estaba sintiendo... lo que sentíamos los dos. ¿Qué haría? Si en aquel momento lo hubiera tenido delante, le hubiera dado un bofetón y me hubiera echado en sus brazos acto seguido.

Me pidió miles de perdones y prometió hablar con Víctor para arreglar aquel malentendido.

Al día siguiente me envió un mensaje que no daba lugar a réplica.

*“Sábado a las 9.00 de la mañana. STOP. Sé que no trabajas. STOP. Tú, yo y mi moto. STOP. Cuerpos peligrosamente pegados. STOP. Estoy poniéndome cachondo de pensarlo. STOP. Prepara ropa de repuesto. STOP. Tengo una sorpresa. STOP. TE...”*

Como si tuviera quince años rebusqué los mejores modelitos en la tienda y con ellos llené la maleta que iba a llevarme al día siguiente. Luego recordé que íbamos en moto y tuve que meterlo todo a presión en una mochila de montaña. Era cutre sí, pero era lo que había. No iba a dejar que cualquier tontería estropeará aquel fin de semana romántico que Nacho me había preparado. Esperaba...

Puntual como un reloj suizo llegó a la puerta de la urbanización, donde yo lo estaba esperando.

Lo vi llegar desde la otra punta de la calle. Con una moto negra de carretera, de aquellas que eran para hacer kilómetros y kilómetros de curvas y rectas. Él, con su traje de cuero negro que se le ceñía al cuerpo como un guante, aparcó delante de mí, apoyó los pies en el suelo y se quitó el casco. Me sonrió con aquella sonrisa tan endiabladamente sexy que tenía.

—Hola principessa... No sé si darte un beso y devorarte enterita ahora mismo —dijo mientras paseaba sus ojos por mi cuerpo, observando mis vaqueros y la camiseta de *Guns and Roses*. Movi6 sus ojos hacia la chaqueta de cuero que descansaba en mi brazo izquierdo. Sonrió.

—De momento solo voy a darte un besito...

—Rencorosa... —alargó su brazo para cogerme por la cintura y acercarme a él. Me acarició la mejilla y me dio un tierno beso en los labios.

—Ya te dije que te lo tenías que currar más —anuncié. Fue entonces cuando apartó mi pelo hacia un lado y me besó la base del cuello y la clavícula.

—Aja...

—Nacho... —le pedí—. Quiero mi paseo en moto.

—A sus órdenes, principessa. Un momento...

Se bajó de la moto y de una de las alforjas sacó un casco. Una punzada de celos atravesó mi corazón. ¿Habría llevado alguna otra mujer en aquella moto y con aquel casco? Como si hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Eres la primera y la última mujer que subirá su precioso culo a esta moto. El casco es nuevo. ¿Te gusta?

Miré el diseño de flores y sonreí. Me encantaba. Me acerqué y le di un beso en los labios mientras le daba las gracias.

Subí a la moto, acomodé la mochila a mis hombros para no desnivelarme. Nacho cogió mis brazos y los apretó abrazándose con ellos, deteniéndose más de la cuenta acariciándolos. Apreté el abrazo mientras se colocaba el casco y apretaba la palanca de la moto con el pie y aceleraba con la mano derecha.

No sabía a dónde me llevaba, pero me daba igual. Si era con él, al fin del mundo.

Abrazados recorrimos unos paisajes preciosos del sureste de Madrid, pero pasamos la comunidad y entonces ya sí que perdí el norte. ¿Dónde me llevaba?

Nacho estiraba su mano en varias ocasiones para acariciarme el muslo. Y yo, nerviosa porque quitara las manos del manillar de la moto, le daba algún que otro golpecito en la cintura, a lo que él respondía con una carcajada. Probablemente aquella carcajada era más de felicidad que de diversión por mi reacción.

Llegamos al pueblo de Pioz horas más tardes. La travesía había sido lenta y agradable, pero mis piernas —y las suyas, suponía— acusaban aquellos kilómetros.

Nacho aparcó la moto dentro de una enorme parcela de terreno. Me ayudó a bajarme y cogió mi mochila para echársela a un hombro, mientras la suya descansaba en el otro. Y aunque insistí, no me dejó. Volvía el caballero de brillante armadura.

La casa era enorme, de aquellas que se ven en las revistas de decoración. Toda de piedra y madera y con una extensión de terreno considerable. Tenía piscina y al final se avistaba un huerto

con árboles frutales, entre otros.

—Pasa, principessa, ya hemos llegado al castillo —anunció dándome paso con una reverencia, en la puerta principal.

—Estás fatal —dije yo mientras ambos reíamos.

Me explicó que era la casa de sus padres. Solían ir la mayoría de fines de semana, pero justo ese habían decidido no ir y Nacho había aprovechado la ocasión. La entrada principal de la casa estaba adornada con flores. De hecho toda la parcela estaba plagada de ellas, de todos los colores, tamaños y variedades. Seguramente la afición a las flores era de su madre.

Ya dentro, nos quitamos las chaquetas y las depositamos en el perchero. Dimos unos pasos y llegamos al comedor. Era amplio, con grandes ventanales que daban muchísima luminosidad a la estancia. Las paredes estaban adornadas con fotografías familiares. En algunas reconocía un Nacho de niño, y en otras, a una niña con sus mismos ojos azules.

—¿Esta es Estrella? —pregunté señalando la foto.

Nacho se acercó, depositando las mochilas a un lado, y acarició la instantánea. Asintió con la cabeza mientras me cogía de la mano.

—Luego te enseño las fotos. Ven, voy a enseñarte la casa.

Después de narrarme las ventajas de tenerlo como novio, algo que me pareció de lo más tierno, me enseñó las estancias principales. Llegamos a la cocina y Nacho hizo unos bocadillos. Estábamos famélicos.

—Pinta bien —dije yo a su espalda

—Tú sí que pintas bien —contestó acercándose a mí y besándome la coronilla.

—¿Sí? —insistí coqueta.

Nacho me miró sorprendido mientras yo me quitaba la camiseta.

—Hace calor aquí ¿no? Ufff— continué abanicándome, ya en sujetador.

Él me miraba con ojos hambrientos y noté cómo el pantalón de cuero empezaba a ser endiabladamente estrecho en aquella parte central de su anatomía.

—Serás descarada —me reprendió mientras soltaba el cuchillo y se limpiaba las manos en un trapo de cocina.

Como si fuera un león observando su presa... anduvo despacio hacia mí, y de un solo movimiento me alzó y me depositó en la encimera de la isla. Yo solté un gritito y me agarré a sus hombros para no caerme. Bajé mis manos por su pecho sin dejar de mirarnos a los ojos, expectantes los dos. Llegué al filo de su camiseta y tiré hacia arriba hasta sacársela. La lancé al suelo y me pegué a su cuerpo. Él tiró de mí un poco hacia adelante, hasta encajarse entre mis piernas y presionar su centro contra el mío, provocándome un placer indescriptible.

Disfrutaba tentándolo, lo reconozco. Nacho es tan viril y tan simple en ese aspecto que sabía cómo ponerle cachondo en cuestión de segundos.

Me besó salvaje, como nunca lo había hecho. Con furia, con pasión y hasta con desesperación. Los tejanos se me antojaban pesados. Nacho bajó las manos hacia mis pechos, acunándolos y rozándome insistente los pezones erectos. Mientras, yo gemía y me dejaba hacer. Hasta que él, sorprendentemente, me instó a desabrocharle el pantalón. Yo abrí unos ojos como platos.

—¿Vas a rajarte ahora, tigresa?

Sonreí de medio lado. Este no sabía quién era yo...

En el momento que él bajaba sus manos para hacer lo propio con mi vaquero, una estampida inundó el apacible silencio que había reinado minutos antes en la estancia.

—¡Sorpresa! —dijo una voz adolescente abriendo la puerta de par en par—. ¡Ups!

—¡Estrella! —gritó Nacho tapándome. Yo, avergonzada, no sabía si taparme la cara o las

tetas. O ambas. Menuda pillada. De las gordas, y encima por su hija. ¡Qué vergüenza!

Nacho azuzó a su hija para que desapareciera de la cocina, mientras yo, como podía me colocaba la camiseta y recolocaba el resto de mi ropa. Nacho se acercó e hizo lo propio con la suya.

—Te juro que me dijeron que no estarían.

—No te preocupes, no pasa nada—mentí. Porque sí que pasaba. ¿Qué clase de persona pensaría su hija que era? ¿Y sus padres? ¿Les habría dicho algo la chiquilla?

Cuando ya estábamos medianamente presentables, Nacho, aún enfadado y desilusionado por no darme el fin de semana que me había prometido, me cogió de la mano para darme confianza y tiró de mí hacia el comedor, donde nos esperaba la familia al completo.

—¿Vosotros no os ibais el fin de semana? —preguntó.

—¿Nosotros? No, hijo, eso es la semana que viene...—contestó un hombre con el pelo canoso y los mismos ojos azules que Nacho. Su padre, adiviné.

—Venga, venga, presentaciones oficiales —dijo Estrella dando saltitos.

Nacho negó con la cabeza mientras reía por lo absurdo de la situación. Suspiró, apretó mi mano y me miró a los ojos.

—Bueno, supongo que sí. Esta es Noelia. Noelia, esta es mi familia. Estrella —explicó señalando a la muchacha que se había abalanzado hacia mí para darme dos besos que yo correspondí sonriente.

—Encantada de conocerte, guapa —dije yo—. Tu padre siempre está hablando de ti.

—Pues ya le vale. Mejor que hable de él, que es más interesante —respondió mirando a su padre y resaltando el interesante. Nacho soltó una carcajada mientras le daba una colleja cariñosa. Supuse que era alguna broma de los dos.

El hombre canoso se adelantó junto a la señora del pelo cardado y ojos marrones. Ambos vestían un chándal, bastante informales.

—Joaquín, hija —me dijo tendiéndome la mano—. Y esta es Carmen, mi mujer.

La señora me abrazó y me estrechó en sus brazos como si no quisiera soltarme. Me dio varios besos seguidos. Me recordó un poco a mis madres cada vez que iba a visitarlas. Sentí una punzada de ternura. Aquel abrazo era una bienvenida en toda regla. Comprendí que Nacho lo había pasado mal y para ellos, compartir la carga de su pasado, fue un alivio.

—Mis padres —aclaró Nacho.

—Quita, mama —ordenó un muchacho más joven que Nacho pero igual de guapo, haciéndolos a un lado—, que la vais a ahogar. Si no se va a ningún sitio. Porque no te vas a ningún sitio, ¿no, guapa?

—No —sentenció Nacho agarrándome de la cintura en un gesto posesivo acercándose a él.

—Lo suponía —rió el joven mientras se acercaba para besarme en la mejilla—. Yo soy Mario, el pequeño. Y esa gorda de ahí es Nekane, mi hermana.

—Tu puta madre en bicicleta...—susurró Nekane, haciendo reír al resto de miembros de la familia. Se acercó y me besó también.

—Encantada de conoceros a todos —dije yo.

—¿Y Fran y los niños?— preguntó Nacho mirando hacia la puerta.

Nekane hizo un mohín y negó con la cabeza.

—Se han ido de pesca. Oscar y Rubén tenían ganas y a mí no me apetecía, así que... —contestó ella.

Nacho la miró con los ojos entrecerrados y ella bufó, por lo visto había una crisis de pareja y él lo sabía.

—Bueno —suspiró él entonces—voy a enseñarle dónde dormiremos.

—Ven, guapa, coge tus cosas y te enseño la habitación de Estrella. Allí hay dos camitas y dormireis las dos tranquilas —anunció Carmen.

—¿Qué? —dijo Nacho mirando estupefacto a sus padres, primero a uno, luego al otro, como si se tratara de un partido de ping pong—. Mami, hemos venido a pasar el fin de semana juntos.

—Me parece muy bien, cariño. Pero hasta que no estéis casados, cada uno en una habitación —sentenció ella tirando de mí hacia la estancia, junto a Estrella, sin darme lugar a réplica.

—La madre que me parió —susurro Nacho llevándose las manos a la cabeza y mirando a sus hermanos que estaban en el sofá muertos de risa—. Y vosotros dos, idos a tomar por culo.

—Conquistador —dijo Mario retorciéndose.

La tarde pasó entre flores y caricias a escondidas. Nacho aprovechaba la más mínima distracción de su familia para meterme en algún sitio y darme un beso —como él decía— en todos los morros.

Llegada la noche y aprovechando los pocos minutos que nos permitían pasar a solas, Nacho se despidió en la puerta del cuarto de Estrella.

—Mañana por la mañana te llevo a un hotel o algo. Pero nos piramos de aquí, sí o sí.

—No me importa estar con tu familia Nacho, me lo paso genial. Tu padre es súper gracioso y tus hermanos son la leche. Y Estrella... uff. Es increíble, no me extraña que la quieras tanto. Es una chica muy centrada—dije mirando de reojo al interior de la estancia de la chica, donde estaba ella tumbada escuchando música en su mp3, y acariciando la cara del chico de uno de los muchos posters que colgaban de las paredes.

—Es guapa mi peque, ¿verdad? —preguntó en tono melancólico.

—Mucho. Es normal que estés tan orgulloso de ella. La has educado muy bien.

—No tanto, no te creas —confesó.

Me miró a los ojos. Cuando hacía eso, derrumbaba mis defensas por completo. Me tenía a su merced con solo mirarme. Se acercó un poco más hasta juntar nuestros cuerpos, como si se tratara de uno solo.

—Cuando te enfadas conmigo, me matas, Principessa... —me susurro al oído.

—Yo también lo paso fatal —contesté besándolo en el cuello cariñosamente.

Nacho se separó un momento y suspiró.

—¿Qué? —pregunté.

—Yo que pensaba follarte esta noche... —confesó cogiéndome las nalgas con ambas manos—, y se fastidió... En serio, a veces creo que se han puesto todos de acuerdo para no dejarnos tranquilos.

—¡Idos a un hotel! —gritó Mario desde la otra punta del pasillo.

—¡Que te den! —le contestó Nacho gritándole a su vez, sin pararse a mirarlo—. Gilipollas... —susurró.

—¡Ignacio Pidal González! —gritó su madre desde su habitación—. ¡No insultes a tu hermano! ¡Y vete a dormir, ya!

Nacho puso los ojos en blanco, me dio un beso y otro, y otro. Hasta que yo le empujé y le di una palmada en el trasero para que se alejara de allí, prometiéndole muchísimas noches de pasión en el futuro.

Entré en la habitación y me puse el pijama a oscuras para no despertar a Estrella, que acababa de quedarse dormida. Cuando ya me metía en la cama y apagaba el teléfono, una voz cantarina preguntó:

—¿Quieres a mi padre?

Encendió la luz de la mesita y se apoyó en un brazo, escrutándome con aquellos ojos que tan bien conocía.

—Es muy pronto para saber eso—mentí. ¿Cómo explicarle aquello a una niña?

—Se sabe.

—Mucha experiencia tienes tú en estos asuntos... —reí.

—Mi padre te quiere, aunque no te lo diga —dijo, sorprendiéndome.

—¿Tú crees? —pregunté adoptando la misma postura que ella, impaciente por continuar aquella conversación.

—Está de un pastoso últimamente que no hay quién lo aguante. El otro día lo pillé cantándole al móvil la canción esa de Noelia, Noelia... aunque supongo que te la habrá enviado a ti. Está como una chota. —Ambas reímos.

—Eso no quiere decir que este enamorado de mí.

—Lo está, te lo digo yo... Nunca en la vida ha traído a nadie a esta casa, y mucho menos me ha presentado a ninguna chica. Y cuando queda con sus colegas —cada vez menos, por cierto— habla de tus virtudes, de tus ojos, de cómo te ríes, cómo te mueves... En serio, está coladito...

Suspiré creyendo sus palabras. A mí me pasaba algo parecido. Tenía a Yoli y a Cristina empapadas de esta historia. Conocían a Nacho casi mejor que yo.

—¿Y a ti qué te parece que tu padre de repente te comparta con otra mujer?

—Jolín, pues que ya era hora...—confesó cambiando la postura y colocándose mirando al techo—. Se le estaba pasando el arroz.

—Ja, ja, ja, ja, ¡no seas mala! —le reprendí.

Ella sonrió por la broma.

—Oye, mañana si quieres, y si no se estropea el tiempo, podríamos bañarnos un rato en la piscina y tomar el sol.

—Me parece genial.

Estrella bostezó y se fregó los ojos.

—Estoy muerta de sueño, creo que es hora de sobar —dijo la muchacha—. Que duermas bien, Noelia.

—Gracias, cariño, igualmente —dije yo apagando la luz y tapándome con las sábanas hasta arriba.

Aquella noche tuve un sueño erótico con Nacho. Me sentí un poco culpable por ello, no por el sueño, pero sí por donde me encontraba.

Entré en la cocina a primera hora. Carmen se movía canturreando mientras preparaba algo.

—¿La ayudo, Carmen?

—Hola, cariño —dijo cogiendo un trapo para limpiarse las manos—. Estoy preparándolo todo para hacer el sofrito. ¿Te gustan las migas? No es que sea el mejor tiempo para hacerlas, pero Nacho insistió en que las preparara. Así que ayer puse el pan en remojo.

—¡Me encantan las migas! —exclamé ilusionada—. Mi abuela me las hacía a menudo.

—Perfecto entonces, hija...

—Menuda vista, a primera hora de la mañana. Dos de las mujeres más guapas de toda la casa —anunció Nacho, que iba sin camiseta, mientras ponía sus manos en una barra colgada en la puerta de la cocina y hacia abdominales.

Aquella visión de sus músculos contrayéndose con el ejercicio, hizo que mi entrepierna se mojara inevitablemente, imaginándomelo haciendo otro tipo de ejercicio. Bajó de la barra y se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla, mientras ella seguía preparando sus cosas.

—Mami, no mires...—pidió mientras se acercaba para darme un beso en los labios—. Buenos

días, principessa...—susurró acercándose peligrosamente para rozar su erección matinal contra mi estómago.

—Buenos días, golfete...—le dije dándole otro beso y peinándole un poco.

—Voy a darme una ducha... fría —susurró en mi oído para que su madre no lo escuchara.

Ambas reímos. Le escuchó.

El resto del tiempo lo pasé ayudando a Carmen en sus quehaceres, pese a que ella renegaba todo el rato porque *su invitada* hiciera cosas que no debía. Pero yo estaba feliz. Por fin sentía que formaba parte de una familia normal. Aquella familia era tan entrañable que no me hizo falta mucho esfuerzo para envolverme con su cariño y sentir que era una más.

Las migas estaban buenísimas. Cuando las cosas se hacían con amor se notaba, y Carmen tenía amor para dar y regalar. La sobremesa se prolongó entre risas, chistes y anécdotas familiares hasta pasadas las seis de la tarde.

Cuando estaba recogiendo las tazas de los cafés y estaba a punto de entrar a la cocina, escuché la conversación que lo cambió todo.

—¿Qué te parece? —preguntaba Nacho, mientras yo me escondía detrás de la puerta como si fuera un detective.

—¡Me encanta, papá! Es majísima, creo que nos vamos a llevar muy bien, ya lo verás.

Sonreí. A mí también me encantaba Estrella. No sería difícil convivir en su mundo, porque aquella cría era tan entrañable como el resto, sino más. Y aunque a veces notaba una tristeza en sus ojos que no sabía descifrar, era una jovencita muy alegre, dispuesta a ayudar a sus abuelos y a su padre. Bromeaba con sus tíos, sobre todo con Mario, ya que parecían más hermanos que tío y sobrina.

—Al final tendré que darte las gracias —dijo Nacho.

—Lo sé, soy buenísima buscando novias... —bromeó—. Menos mal que me hice pasar por ti, sino no la conoces ni en tus sueños. A veces pensaba que las conversaciones se estaban poniendo un poco picantonas para mi edad...

Si me llegan a pinchar en aquel momento, no me sacan ni una sola gota de sangre. ¿Todo este tiempo había estado hablando con una niña? No me lo podía creer...

Entré en la cocina interrumpiendo aquella conversación y con la cara desencajada. Pese a que las lágrimas intentaban salir, yo las retenía más por orgullo que por otra cosa. No iba a llorar. No podía llorar. Pero la desilusión de sentirme engañada por Nacho hizo que mis pensamientos quedaran a un lado y alguna lágrima lograra salir.

Nacho me miró con los ojos muy abiertos. No sabía hasta qué punto había escuchado aquella conversación, que aunque privada, tenía mucho que ver conmigo. Estrella por su parte se llevó las manos a la boca, asustada tal vez.

—Llévame a mi casa. Voy a coger la mochila.

—Noelia... —intentó explicarme Nacho.

Pero yo le hice un gesto con la mano para que no siguiera.

Mientras, Estrella, en vista de la situación, se escabulló por la puerta para dejarnos a sola.

—Oye, cariño...—empezó de nuevo, intentando arreglarlo.

—¡Que me lleves a mi casa! O cojo un taxi, como quieras.

Recogió las llaves del todoterreno de su padre mientras asentía con la cabeza agachada.

Su cara era de pena, la mía de desilusión.

Se acabó.

## 11. Hola, me llamo Nacho

Le cogí el X3 a mi padre, porque el temporal que se estaba desatando, tanto dentro como fuera de mí, no era el más propicio para hacer el viaje en moto.

Ya he explicado que a cabezón no me gana nadie, pero había encontrado la horma de mi zapato. Ni siquiera atinó a razones. Vale, cierto que estaba en su derecho de sentirse estafada, que al principio no había sido más que el juego de una criatura de quince años que tenía mucho tiempo libre y demasiado descaro... Pero joder, seamos sinceros. Gracias a su travesura, ahora estábamos juntos, ¿no?

Quizá yo, como hombre, veía las cosas de otro modo, más simples. No quiero decir que las mujeres sean complicadas, que lo son, sino que tal vez yo me quedaba con el resultado, y no con el método empleado para llegar a él.

Ahí estábamos los dos, yo con la vista clavada en la carretera y ella mirando ensimismada por la ventanilla, mientras el silencio caía sobre nosotros. Muy pesado y muy incómodo. Casi insostenible. La muy bruja ni siquiera me permitió poner música. Dos veces que lo intenté, me ladró que la quitara. Y cualquiera la contradecía...

Tardamos como una hora en llegar a Getafe, a su piso. No me gustó la urbanización, que aunque privada, tenía la puerta abierta de par en par, invitando a quien quiera a entrar y a realizar impunemente sus fechorías. Como no me dio buena espina, insistí en acompañarla a su portal. El disgusto fue tremendo cuando me indicó —porque se lo pregunté una docena de veces— cuál era su piso; era un primero, cuyo balcón estaba a tan solo seis metros del suelo, con un canalón por el que fácilmente subir. Y, lo peor, que dicho balcón no estaba enrejado.

Tócate las narices.

Esta vez la batalla la gané yo, cuando me empeciné en registrar su piso para asegurarme de que no tuviera visitas no deseadas. Creo que le pilló tan de sorpresa mi tono autoritario y mi determinación, que finalmente claudicó. El piso era una cucada, digno de una revista de decoración. Muy claro y espacioso, con muebles tipo Ikea, pero tan bien distribuidos y ordenados que le daban un aire muy chic. Solo tenía dos habitaciones, un salón, una cocina en miniatura en rojo y aluminio y un baño muy elegante, con sus azulejitos en distintos tonos de azul y su lavabo de cristal. Por algún motivo, debido al colorido o a lo ordenado que lo tenía, se le veía muy espacioso y luminoso. Entre nosotros, cuando vi la cama los ojos se me fueron, y parte de mi temple se fue por el retrete al ver el cabecero de forja, la mullida colcha blanca como la nieve y los tropecientos cojines que la cubrían, en todos los colores del arcoíris. Y no porque tuviera sueño y me apeteciera echarme una siestecita...

No tuve tiempo de fantasear más, porque Noelia empezó a empujarme hacia la puerta cuando nos aseguramos que todo estaba en su sitio.

No me quedó más remedio que obedecer y marcharme, aunque la siguiente media hora me la pasé calle arriba, calle abajo, deteniendo el coche en la puerta de su urbanización y mirando para ver las luces de su piso.

Ya he dicho que llovía, pero no he concretado que lo hacía con violencia, con saña, con mucha mala hostia.

La misma que me estaba envenenando, la mismita que me gritaba: Pero, ¿vas a dejar las cosas

así?

—Ah, no.

Me bajé del coche como alma que lleva el diablo, sin molestarme en coger un paraguas, sin importarme que estuviera granizando y que lo que se me estaba pasando por la cabeza era la idea más temeraria, absurda e infantil de cuantas había tenido.

Sin embargo, y pese a saber que me estaba comportando como un idiota, empecé a trepar por el canalón, que, por otro lado, no era tan robusto como había sospechado. Ahora quizá os preguntaréis, ¿y por qué no llamar al telefonillo directamente? Fácil; estaba tan metido en el cuento de hadas, que ni se me pasó por la cabeza actuar de forma razonable. ¡Rapunzel, Rapunzel!, me dio por pensar. Se me había ido la pinza, lo sé.

Mientras subía, rezaba. Rezaba para que nadie me viera. Para no romperme la crisma. Para que ella me abriera la puerta del balcón y no me dejara allí toda la noche, porque le había echado muchos huevos al subir, pero bajar era otro cantar.

Por fin, después de una eternidad, llegué al balcón, al que me aferré como si se me fuera la vida en ello —y así era—, dí un salto y... ¡Voilà!

Ahora venía la peor parte. No, no consistía en convencerla de que me dejara entrar en su piso, sino en su vida.

Empecé a golpear el cristal de la puerta, a gritar y a llamarla. No gritaba porque estuviera loco, que tal vez un poco sí, sino para hacerme oír por encima de los truenos que resquebrajaban el silencio del atardecer.

Y por fin apareció tras las cortinas. Sus ojos se agrandaron hasta lo imposible y la mandíbula se le desencajó, pero, gracias a Dios, abrió la puerta.

—Pero... pero... ¡Nacho! ¿Se puede saber qué...?

No la dejé terminar y la empujé hacia dentro, temeroso de que se arrepintiera y me dejara allí toda la noche. Tan pronto me sentí a salvo en la zona de seguridad, comencé a flaquear.

¿Qué hacía allí? ¿Qué argumentos tenía para convencerla de que no me dejara? ¿Qué palabras usar para que mi explicación no sonara a un mero bla blabla? Joder, mi aspecto era deplorable, en medio de su salón, empapado de arriba abajo, poniéndolo todo perdido, temblando como un cervatillo, y no de frío precisamente, mirándola con desconsuelo y medio balbuceando.

—Mejor voy a por una toalla —dijo, creo que por decir algo, todavía reticente, aunque asombrada de mi hazaña, quizá asustada de mi locura, tal vez incluso esperanzada de que todo aquello en lo que había creído, por lo que había luchado, sí era real.

Y ahí, amigos, estaba la clave. Lo único que tenía que hacer, la única manera de mantenerla en mi vida, era hacer realidad aquello que, hasta ahora, no había sido más que una mera especulación. Así que le agarré del brazo cuando se disponía a darse la vuelta y empecé diciendo:

—Hola, me llamo Nacho Pidal. Tengo treinta y cinco años y soy socio a medias con mi padre en un almacén de hierros. Me gusta la cerveza, la pizza y escaparme los viernes con mis colegas. Soy del Atleti, aunque tranquila, no soy tan fanático como para considerarme antimadridista... Bueno, solo un poco. —Tomé aire, porque los nervios me estaban matando y porque ya empezaba a desvariar. Me pasé la mano por el rostro para quitarme algunas gotas. Estaba chorreando, pero ya no sabía si era por la lluvia, o por los nervios, porque de pronto rompí a sudar. Sí, sí, reiros. Como no erais vosotros los que os estabais jugando vuestra felicidad...—. Me gustan las pelis de terror, cuanto más gore y más friky mejor. Me pirra Metallica, bueno eso ya lo sabes, pero lo que más me gusta es el rock español, sobre todo los Marea. Me trago todas las carreras de motos y de coches y... —dudé un segundo. Descubrí que mi vida era simple hasta decir basta—. Y ya. Soy padre soltero de una adolescente de quince años, que me quiere tantísimo como para jugar a ser

mi Hada Madrina y buscar a mi Cenicienta particular, a mi princesa de cuento... A ti. Poco más tengo que contar de mí. Soy tan normal, tan básico, que doy pena. Pero lo que ves es lo que soy. Sin trampa ni cartón. Un chico no tan chico ya, un desgraciado de la vida que ni siquiera es capaz de buscarse su propia novia, un tío que lo único que se le ocurre para conquistarte es dedicarte todos los días una canción en tu face y... y llenarte el muro de flores.

Ella estaba frente a mí, muy callada y muy quieta. Tenía los labios entreabiertos, los ojos imposiblemente agrandados —y todo sea dicho de paso, muy brillantes— y la respiración entrecortada. Asustaba un poco. Cuando vi que no hacía ni decía nada, solté un suspiro y miré al suelo. Mis *Converse* estaban empapadas, y bajo mis pies había un charco de agua y barro. Por un segundo se me pasó por la cabeza pedirle una fregona para recoger tanto estropicio. Y pensé en la analogía... Ahí estábamos yo y mis mentiras, ensuciando su pulcro mundo, mientras creía que con un par de palabritas podría limpiarlo y ya.

—Será mejor que me vaya —anuncié de pronto. No tenía valor para seguir allí. Eché un pie hacia adelante, y luego otro. Y así hasta que llegué al pasillo.

—Nacho...

Me detuve de inmediato. Sin embargo, no me giré. Había sido su voz tan átona, tan carente de sentimientos, que no sabía cómo enfrentarme a su vacuidad.

—Noelia...

Hubo un momento de absoluto silencio. Una décima de segundo. Dos. Tres. Cuatro latidos. Mil parpadeos, los justos y necesarios para detener las lágrimas. Las mías.

—Te —la oí susurrar.

No. Ya no. Ya no me aguanté más. Giré sobre mis talones y, sin dejar de mirarla a los ojos, me abalancé sobre ella.

Susurré un *Te*, justo antes de apoderarme de su boca con la intención de no detenerme nunca.

No quiero justificar mi salvajismo ni mi total falta de control, pero había muchos factores en contra de la razón, casi tantos como aliados a la locura que se apoderó de mí. Primero, que llevaba cosa de un año sin tener sexo, al menos, compartido. Segundo, que durante las últimas semanas andaba siempre a media-asta y a punto de reventar. Tercero..., joder, que se trataba de Noelia.

Y que esa sería la primera vez que le hiciera el amor a una chica. En cuerpo. Y en alma.

Por ese y por otros muchos motivos, la alcé y la senté sobre la mesa del comedor, mientras en mi desesperación por tocarla, por sentirla, le arrancaba la camiseta, mientras me acoplaba entre sus piernas y me pegaba a ella.

¿Sabéis lo que es el paraíso? El paraíso era tener a Noelia semidesnuda, a mi merced, y yo a la suya. Era sentir piel contra piel, labio contra labio, aliento contra aliento. Pero necesitaba más. Ella, también. Así que se apartó un poco y arqueó la espalda, exponiendo sus pechos ante mí, ofreciéndomelos. Los acaricié con suavidad, casi con miedo, temiendo que aquello fuera un sueño que ya se me antojaba demasiado familiar. Pero aquello no era la fantasía tantas veces imaginada. Aquello era pura realidad. Mientras me llevaba un pecho a la boca, sollocé al pensar en lo afortunado que era. Sus gemidos inundaron el salón, y los míos se antepusieron a Alborán, que desde algún lugar del salón se preguntaba «quién le abriría la puerta al sol». Es absurdo que pensara en aquellos momentos en esto, pero me sonreí al responderle mentalmente que Noelia, y solo Noelia, era la única persona en la tierra capaz de abrirme la puerta a un mundo de luz que, hasta el momento, me había sido vedado. Y, precisamente, por haber sido una fiera enjaulada en un mundo de sombras, cuando por fin estuve libre de las cadenas de la desdicha, me convertí en un animal.

Sí, fui un animal, pero también porque ella me daba pie a ello, ya que, frenética, desquiciada, me arrancó la camiseta, la arrojó por encima de mi cabeza y me tiró del pelo para que volviera a besarla.

—Espacio, nena, espacio —susurré cuando presentí que a ese ritmo no iba a durar ni un suspiro. Ya tenía los testículos completamente encogidos y el pene erecto e hinchado hasta asustar.

—Y una mierda espacio.

Y me destrozó la boca con su beso, carnal, húmedo, mojado... como su sexo. Aún sobre la tela, sobre la suya y la mía, sentía su calor, tan abrasador que me maravillaba, y su humedad, que supuse sería tan dulce como lo era Noelia.

Me aparté un poco de ella para desabrocharme el pantalón. Ella me ayudó cuando comprobó que me temblaban las manos y que estaba tardando una eternidad en hacerlo. Por fin, libre de su cárcel de Calvin Klein, mi miembro asomó, triunfal, victorioso, exigente. Fue el turno de quitarle a ella el pantalón, que, al estar mojado por mi culpa, se le pegaba más de lo soportablemente posible. Por fin, entre gruñidos exasperados, y rugidos de impaciencia, conseguimos que se lo quitara, dejando a la vista sus piernas largas, kilométricas, pura piel de seda.

Me pudo la pasión cuando acaricié su clítoris, cuando mis dedos se empaparon de ella, de su excitación, de su pasión. Allí, sentada en la mesa, con las piernas abiertas, preparada por y para mí, era la imagen más erótica de cuantas había visto. Su piel se perló de sudor, su pecho subía y bajaba incontrolablemente, al ritmo de su respiración acelerada. Pero era el ruego de sus ojazos azules lo que proclamó que era el momento. Que, por fin, había llegado la hora de unirnos para formar un todo. Busqué la cartera en el pantalón, hasta que di con el preservativo. No tardé en volver a acoplarme entre sus piernas, para volver a besarla, una vez, dos, mil veces más. Pegué un grito cuando su mano, juguetona, comenzó a estimularme —más—, cuando abarcó toda mi erección y extendió una gota de líquido preseminal por toda la punta.

—Madre mía, Noelia —susurré junto a sus labios, dudando entre colocarme el condón, o dejar que sus dedos obraran su magia en mi pene. La decisión quedó tomada cuando ella me susurró:

—Ahora, Nacho. Por favor.

Se derribaron todos los controles, todas las barreras, impuestas por mi o por las circunstancias, así que sin pensármelo dos veces, y mientras la besaba a la desesperada, me coloqué el preservativo. Y, un segundo después, tan solo uno, estaba dentro de ella.

¿Qué era aquello que sentía? ¿Cómo podía un cuerpo ajeno antojármese tan familiar? ¿Cómo podía ser que sintiera que con cada embestida, con cada jadeo, con cada caricia, rozaba algo desconocido, pero añorado, algo que se asemejaba mucho a la felicidad?

Resbaladiza, caliente, húmeda... terciopelo. Noelia.

Y así, mientras movía mis caderas, mientras entraba en ella una y otra vez, como un poseso, como el hambriento de deseo que era en realidad, sentía que moría de placer. Que allí, sobre la mesa, no había mejor tálamo para consumir nuestro amor, ni mejores votos que nuestros gemidos para sellar nuestro compromiso.

Y por fin, demasiado pronto, el orgasmo llegó. Me pilló de sorpresa, mientras la sujetaba con fuerza para contenerla cuando fue asaltada por su propio placer, o para no perderme yo cuando me alcanzara el mío. Eché la cabeza hacia atrás, mientras intentaba no desplomarme y rugía como un león. Devastador e imparable, me dejó roto, sin fuerzas, pero, a la vez, lleno de energía. Y allí, con la cabeza enterrada en la curva de su cuello, y mientras luchaba contra el temblor de mis piernas, sentí que mi corazón se alzaba y le susurraba al suyo una declaración de amor que, por miedo a ser rechazada, nunca fue expresada en voz alta.

Me aparté cuando recuperé el aliento para mirarla a los ojos. Y ella, allí, feliz, sonrosada, y

tan perpleja como yo, me dedicó una sonrisa que me terminó de subyugar.

Quizá para siempre...

Dios, esperaba que sí...

\*\*\*

Pero... esperé mal.

La venda se me cayó de los ojos dos meses después de una especie de luna de miel, una mañana en la que mientras estaba conectado al Facebook para dedicarle, como ya era costumbre, una canción de buenos días, recibí la sentencia de muerte de mi relación con Noelia, en forma de un mensaje privado que contenía una conversación reciente —dos días atrás, para ser exactos— entre ella y su ex.

Una conversación que hizo que saliera corriendo al baño y vomitara lo poco que había desayunado.

Y que la odiara con la misma intensidad con la que antes la había querido.

## 12. Y el ogro venció

Dos meses dan para mucho. Pero a mí se me han hecho cortos. Estos dos meses que llevo a su lado he aprendido cantidad de cosas, entre ellas que un hombre con una hija adolescente se vuelve completamente gilipollas. Y es que Estrella, ahí ella muy modosita, es una bruja de cuidado. Y lo digo desde el cariño que le tengo, porque es un amor de criatura. Conmigo. Con su padre se pasa tres pueblos. La niña es una especialista en manipular a Nacho. Lo mejor de todo es que Nacho lo sabe y no le importa. Dice que su niña se merece lo mejor y que prefiere que sea feliz aunque él tenga que hacer las mil y una para complacerla.

Hace unos días que la noto rara, como decaída. Está más pálida que de costumbre y eso me preocupa. Se lo he comentado a Nacho y dice que está con un poco de anemia. Pero tiene que ser una bastante avanzada, ya que el otro día, al salir del parque Warner, Estrella empezó a vomitar y sudar más de lo normal. Pensé que quizás se hubiera mareado. Pero no, acabábamos de salir de un espectáculo y de la última atracción hacía mucho rato. Lo que más me sorprendió fue la reacción de Nacho: recorrió la distancia a casa en poco más de veinte minutos y me dejó allí con un simple *luego te llamo*. Me llamó sí, pero estaba preocupado.

No le di más importancia cuando días después Estrella se presentó en la tienda con Carmen para comprar un vestido para una fiesta. Pese a que escogió una XS, tuvimos que enviarlo a arreglar a la modista. Estaba tan delgada que daba miedo. Pensé en anorexia, bulimia y similares, pero Nacho negaba que su niña tuviera algo así. ¿Qué me ocultaba?

Estaba deseando que llegaran las vacaciones de agosto para pasar más tiempo con ellos. Nuestra relación se consolidaba a pasos agigantados, tanto que me daba miedo.

Cristina y Yoli decían que en poco tiempo iríamos de boda. Yo bromeaba con ellas y les decía que quizás Luis (el chico por el cual Yoli bebía los vientos) la raptara un día y se la llevara a Las Vegas, como en las películas. Pero ellas insistían en que Nacho y yo acabaríamos vestidos de novios y dándonos el sí quiero en poco tiempo.

No, para que Nacho y yo diéramos ese paso aún quedaba muchísimo tiempo.

Cuando tenía siete años solía colocarme frente al espejo de mi cuarto y acicalarme con un vestido de princesa que me había regalado mi abuela unas navidades. Me hacía a la idea de lo que sería encontrar un día a mi príncipe azul. Y ahora que sé que lo he encontrado, sigo sin ser del todo libre para dar rienda suelta a mis sentimientos. Hugo aparecía cuando mejor iba mi nueva relación. Y eso me asustaba y me disgustaba a partes iguales.

—El día que revisé tu casa, encontré una Biblia debajo del sofá—dijo Víctor, que había ido a hacerme una visita.

—¿Una Biblia? Yo no tengo de eso —bromeé.

—Sé que no es tuya. Por lo visto del simpático de tu ex, sí. Cuando entró en el piso sacó varias cajas que tenías guardadas, algunas cosas estaban esparcidas por el suelo, entre ellas aquella Biblia.

—¿De Hugo? No le pega —Me senté en el sofá mientras Víctor abría una carpeta negra que había depositado encima de sus piernas.

—El caso es que esa Biblia era una especie de caja fuerte. Encontré un disco duro. Como no funcionaba, se lo envié a Carlos, ya sabes, el que trabaja en una empresa de recuperación de

datos. Pues no te vas a creer lo que había dentro.

Me tendió un papel con un certificado. En él se explicaba que el disco duro estaba repleto de fotografías de pornografía infantil. Me llevé una mano a la boca, le devolví a mi hermano la hoja y salí disparada a vomitar.

Víctor salió corriendo detrás de mí y se quedó mirándome desde la puerta del baño.

—Así he estado yo esta mañana. De menuda te libraste.

—Pero esto hay que denunciarlo...—dije mientras bajaba la tapa del inodoro y me sentaba encima.

—Tranquila, he ido esta mañana —confesó tendiéndome una toalla.

—No me lo puedo creer...

—Y deberías denunciar también las amenazas que lleva haciéndote varias semanas.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté incrédula.

—Digamos que alguna de tus amigas se ha ido de la lengua —me hizo una señal para que me callara—, y antes de que la mates, también he puesto una denuncia por lo de la cerradura. ¿Por qué no me cuentas estas cosas? ¿Nacho lo sabe?

—No. Y será mejor que no le digas nada o te doy una colleja.

—Noe...—me reprendió acuclillándose delante de mí.

—Tengo que confesar que estoy un poco acojonada. Además, hace días que me llama para amenazarme. Está claro que quería el dichoso disco duro.

—Supongo que después de las pruebas que les he llevado esta mañana, en estos momentos tienen que estar yendo a su casa a detenerlo. Ese frente lo tienes cerrado. No la cagues con Nacho, es un bueno tío.

—Vayaaaaa... —le dije dándole unos pequeños toques en las mejillas, provocándole la risa—. Y yo que creía que te caía fatal.

—Cuida de mi hermana, es lo único que me importa. ¿Tú eres feliz con él?

—Mucho —confesé.

—Pues eso es lo que vale —continuó levantándose—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Y yo de ti —le dije abrazándole—, pero lo estaría más si me presentaras a una chica... algún día.

—Adiooooooossss— se despidió deshaciéndose de mi abrazo y saliendo acto seguido por la puerta del baño, evitando el tema novias, de nuevo. Nunca iba a madurar del todo.

\*\*\*

Nacho y yo pasamos un fin de semana algo loco. Me presentó a algunos de sus amigos. Sus mujeres no eran tan arpías como siempre me las presentaba él. Era simplemente que se preocupaban por ellos y querían tenerlos a su lado la mayor parte del tiempo posible. Los querían. ¿Y yo? ¿Lo quería? ¿Me quería él a mí, como me hizo creer Estrella? A veces las palabras no son suficientes. Nacho me decía más con gestos y caricias que con palabras. Si bien, en los mensajes que me enviaba, no le costaba nada decirme lo que sentía, cuando me tenía delante la voz se le entrecortaba. Sinceramente, no me importaba. Tenía la capacidad de darme el gesto que necesitaba en el momento oportuno. Empatizaba conmigo de una manera que a veces me daba miedo. En aquellas reuniones con sus amigos, muchas veces, lo pillaba mirándome de reojo. A veces cruzábamos las miradas y me guiñaba un ojo prometiéndome una cita inolvidable. Siempre cumplía aquellas promesas. Lo nuestro iba más allá de lo físico. Hacía que me sintiera la mujer más importante del mundo. A veces, me sorprendía con un chocolate con churros antes de irme a

trabajar. Se escapaba a hurtadillas de la oficina del almacén para robarme algunos besos y decirme que me iba a echar de menos el resto del día. Llenaba mi vientre de mariposas con el simple hecho de decirme TE. Si algún día acababa aquella frase, podría morir en aquel momento... de amor.

Por eso aquel día me pilló del todo descolocada.

Tocaron al timbre. Ataviada con un albornoz y una toalla liada en la cabeza, abrí la puerta y encontré a Nacho apoyado en el quicio de la puerta. Tenía los ojos enrojecidos, el ceño fruncido, y por el olor que desprendía, estaba claro que había bebido, y mucho. Pensé que le había pasado algo a Estrella o a sus padres.

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunté preocupada acercándome a él para abrazarlo. Pero esa vez no me dejó. Apartó mi brazo haciéndome a un lado y entrando al piso. Tiró unos papeles que llevaba en la mano —y que yo no había apreciado segundos antes—, en la mesa del comedor.

—¡Dame una explicación coherente para esto! —gritó mientras un par de lágrimas caían por sus mejillas.

Intenté aproximarme para calmarlo, fuese lo que fuese que había en aquellos papeles. Pero no me dejó. Me acerqué a la mesa y miré la primera hoja.

**Hugo Méndez**

*¿ke se va a comer mi nena?*

**Noelia Moreno**

*Tu polla*

**Hugo Méndez**

*¿kuanas veces?*

**Noelia Moreno**

*Asta que tu kieras, por supuesto.*

**Hugo Méndez**

*Esa es mi nena. Ya ese tal Nacho le vas a dejar pronto ¿no?*

**Noelia Moreno**

*Cuando tu kieras, rey. Sabes ke TQM y haría todo lo ke me pidieras*

—Esto no es mío —dije asqueada— ¿Tan bajo me crees capaz de caer?

—Lo que yo creo es que eres una mala puta que me ha estado engañando durante meses.

Silencio. Y luego... ¡Plaff!

Con todas mis fuerzas, le di una bofetada que resonó en la estancia, en sus oídos, y que me dolió a mí más que a él.

—¡Eres un cabrón y un gilipollas! ¿No ves que te está extorsionando?—señalé.

—¡Esto es un pantallazo de una conversación privada! ¡Tenías dos perfiles, uno para jugar conmigo y otro para quedar con él! ¿Sabes lo que más asco me da? Que has metido a mi familia en todo esto cuando estabas jugando a dos bandas. Que he puesto mi confianza en ti, y te he presentado a las personas más importantes de mi vida porque creía que tú eras parte de ella. Y me

lo pagas con esto —continuó señalando los papeles—. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo en tu puta vida ¿Me oyes?

—Nacho, déjame que te explique una cosa...—le rogué mientras él avanzaba hacia la puerta.

—¡Que te metas tus excusas por el culo, guarra! No quiero volver a verte, nunca más. Vete con Hugo y disfruta comiéndole la polla —se giró y remató—: Qué bien me has engañado... Debes estar orgullosa...

Dio un portazo al cerrar, dejándome más sola que la una y con un desgarró en el corazón que dolía demasiado.

Cuando el príncipe azul sale de tu vida de esa manera, cuando el ogro consigue lo que quería y cumplía la amenaza, pero el príncipe no te deja explicarle la verdad, te queda una sensación de vacío en el alma que no se va. Ni aunque pasen mil años. Duele. Duele muchísimo ver como no confían en ti y se creen más las palabras de una persona a la que no conoces que las tuyas.

Me derrumbé. Lo perdí definitivamente.

Hugo había movido su última ficha.

\*\*\*

A la mañana siguiente, reaccioné y llamé a Víctor para contarle lo ocurrido.

—¿Quieres que hable con él?

—No, esto tengo que solucionarlo yo solita. ¿Aún no lo han detenido?

—No, todavía no. Por lo visto está desaparecido.

—Claro, está intentando acabar el trabajo. Sabe que le van a encerrar, pero antes quiere asegurarse que yo tampoco sea feliz —me apoyé en el mármol de la cocina, pensando—. Voy a buscarle.

—¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? ¡Ese tío está loco y no quiero ni pensar lo que puede hacerte!

—Te quiero —dije mientras colgaba, dejándole con la palabra en la boca. Aunque conociéndole, saldría pitando hacia mi casa. Tenía que actuar y rápido.

Llegué justo en el momento que una masa de gente, se agolpaba en la calle, frente a la puerta del piso de la madre de Hugo. Me quedé mirando la escena. Rosa, incrédula por lo que estaba pasando, intentaba desesperadamente llegar hasta su vástago, apartando a su paso, como podía, a los policías que le estaban esposando.

—¡Déjenle en paz! ¡Él no ha hecho nada! —gritaba.

Pobre incrédula. Aún no se había dado cuenta de cuán ruin, mezquino y terriblemente peligroso era Hugo. Noté un nudo en el estómago al ver, como el hombre del cual yo había estado enamorada, no solo había destruido su vida, sino la de su madre, y la mía. Me sentí enfadada, porque la culpa de la pérdida de Nacho, había sido únicamente mía, por no contarle antes cada parte de esa historia. Me sentí enfadada también, por Rosa, por no haber abierto los ojos en su día, y evitar todo esto. Y me sentí terriblemente culpable conmigo misma, por no haber adivinado antes todo esto, y denunciarle a su debido tiempo, habiendo evitado así todo el sufrimiento de ellos, el mío y el de esas criaturas a las que posiblemente él o algún otro degenerado, había fotografiado.

Cuando ya se lo llevaban hacia el coche policial, me vio.

—¡Tú! ¡Putas! ¡No tenías bastante con dejarme por esa mierda, que encima quieres joderme la vida! ¡Sí, tú! ¡No me mires así, zorra! —gritaba mientras cerraban la puerta por fin.

Rosa, quizás influenciada por aquellas palabras, vino hacia mí enfurecida. Antes de llegar, haciendo acopio de toda la fuerza que aún me quedaba, estiré el brazo para acallarla y comencé a

hablar yo. Este era mi turno, lo quisieran ellos o no.

—Tu hijo ha sido detenido por pederasta. ¡Y déjame hablar! —insistí cuando hizo ademán de gritarme—. Entró en mi casa buscando un disco duro donde guardaba fotografías de pornografía infantil. Me amenazó por teléfono durante meses. Ha hecho que mi novio corte conmigo con mentiras. Y te ha engañado durante años, haciéndote creer que era un hijo modelo, Rosa.

La mujer palideció y casi se desmayó en plena calle. La cogí por el brazo y la senté en la silla de un bar cercano. El camarero se acercó con un vaso de agua, ajeno a la conversación, pero pendiente de Rosa, que parecía entrar en una crisis de ansiedad.

—Eso no puede ser cierto, Noelia, por Dios... En mi casa somos católicos y Huguito siempre ha sido tierno con los niños. No puede ser cierto.

—Rosa, hay pruebas...—dije acucillándome.

—Pero niña... no... —Los nervios y aquella revelación hicieron caer la fachada de mujer respetabilísima y recta que siempre había mantenido. Se derrumbó. Hugo le había fallado, como hijo y como ser humano. Nos había fallado a todos. Me abrazó pidiéndome perdón por su actitud durante años conmigo.

Así acabó todo con Hugo y Rosa. Nunca más supe de ellos.

## 13. Como lágrimas en la lluvia

A veces sucede que uno se cansa de sí mismo, que, mientras se mira en el espejo, se pregunta cómo sería ser otra persona, una a la que la vida no se empeñara en ponerle la zancadilla. Una persona que por una vez —¡joder, solo por una vez, tampoco era pedir tanto!—, tuviera pase VIP para entrar en Felicity, esa disco de moda custodiada por tres brujas que, a golpe de huso, decidían sin criterio alguno quién podía entrar, y quién no. Yo, al parecer, no llevaba el calzado adecuado, porque por mucho que insistiera, nunca me habían permitido la entrada. Tantas negativas llevaba a cuestras, que ya ni lo intentaba.

Pero entonces tuvo que aparecer ella con esa sonrisa de ángel y esos ojazos azules. Y aunque en el fondo sabía que en algún sitio debía de estar la trampa, no dudé ni un segundo en agarrar su mano cuando me dijo que me colaría en la disco por la puerta de atrás.

Como dirían los del grupo Paraelissa, *He pecado de ignorante*. Y aunque reconozco que el orgullo gritaba más que la razón, ahora veo con claridad que debí haber contado hasta diez, y hasta veinte incluso, antes de decirle las cosas que le dije, que fueron muchas y ninguna bonita.

Eso lo supe mucho después, exactamente dos semanas; catorce días de infierno, de noches de insomnio y sábanas revueltas, y de mañanas de mucha resaca y poca esperanza. Fue cuando el demonio orgulloso y cabezón se cansó de gritar y se fue a echar la siesta a un rincón oscuro de mi conciencia, momento en el que la razón apareció con una larga lista de motivos por los que debía empezar a comportarme como un tío con pelos en los huevos y analizar la situación objetivamente.

Y así, objetivamente, decidí darle el beneficio de la duda a Noelia. Porque, objetivamente, estaba loco por ella y estar sin ella me estaba matando. Porque, objetivamente, y ahora más calmado y menos borracho, el perfil que me pasó Hugo poco o nada tenía que ver con Noelia.

No, Noelia nunca pondría como foto de portada en el face una en la que apareciera tan ligerita de ropa y con esa pose tan insinuante. Además, no me cuadraba que tuviera tantísimas faltas de ortografía, e incluso caí en algo que ya había apreciado al principio, pero que los celos y el honor mancillado habían emborronado para que no pensara en ello: la cantidad de abreviaturas usadas, la forma de saludar y de despedirse, el lenguaje usado, más propio de un adolescente pajillero que de una mujer hecha y derecha que sabía lo que quería.

El alma se me cayó a los pies cuando descubrí que aquel perfil que tan ladinamente me había pasado Hugo era un perfil falso. Que esa no era Noelia. No mi Noelia.

Ahí venían de nuevo los de Paraelissa, para llamarme ignorante.

Vale, y ahora, ¿con qué argumentos me presentaba ante Noelia y le pedía perdón? ¿Con qué cara, eh? ¿Con la misma que me partió cuando la llamé mala puta? No tenía perdón, ni de ella, ni del cielo. Así me iba la vida...

Pero a ver, el anzuelo que Hugo lanzó tenía carnaza suficiente como para que un piltrafilla como yo picara.

Ya, sé que no es alegato válido decir que poco o nada sabía de las redes sociales, que desconocía que la gente podía hacer perfiles a su antojo, que había mucho desgraciado por la vida que se dedicaba a robar fotos de perfiles ajenos y abrir cuenta con otros nombres. En concreto, un cabronazo que, además, había fingido tener una conversación erótica —no, eso no era erótico. Era porno, más duro que puro—, consigo mismo. Un hijo de mala madre. Un loco.

Y ahí fue cuando comprendí hasta dónde estaba dispuesto a llegar Hugo. Y hasta qué punto estaba Noelia en peligro. Por ese motivo, no dudé en llamarla.

Por supuesto, no contestó a mis llamadas, ni a mis whatsapp, ni a mis correos, ni a mis mensajes. Con eso ya contaba, claro, pero era imperativo ponerla sobre aviso.

### ***Nacho Pidal***

*Ódiame. Escúpeme. Gritame. O ignórame. Pero por favor, lee esto: Ahora sé que ha sido Hugo, y solo él, quien ha creado esa cuenta, que esa no eres tú. Dios... he estado tan ciego... No, perdona, ya corto. No voy a implorarte perdón. Ni me molesto. No soy tan necio de pedir algo que no me merezco... Ya, ya estoy desvariando. La cuestión es... Ten cuidado, principessa. Me asusta lo que ha hecho. Lo que pueda llegar a hacer. Te reenvió la conversación que me envió al completo, para que puedas poner una denuncia formal. A lo mejor, incluso quieren investigar mi cuenta... Estoy dispuesto a ello. A todo. Pero por favor, ve a la policía. Ese tío está loco. Pero no loco como yo, que se me ha ido la pinza por ti, sino loco de los malos, de los chungos.*

*Cuídate, nena. Estaré aquí para ti. Siempre. Como diría Bon Jovi, "Always".*

*TE...*

Estuve frente al ordenador no sé la cantidad de tiempo, me perdí en la espera, hasta que por fin pude suspirar cuando el face me chivó que lo había leído. No esperaba respuesta alguna por su parte, así que, ya más tranquilo, cerré el ordenador y me dispuse a irme a la cama.

Era tarde, cerca de las dos de la mañana, y estaba refrescando un poco. Como Estrella se solía destapar por las noches, y puesto que últimamente estaba bastante baja de defensas, decidí ir a su cuarto para echarle un ojo.

Sonreí cuando abrí la puerta y me la encontré tal y como había imaginado: completamente desarropada y echa un ovillo. Agarré la sábana y la tapé, pero cuando la besé en la frente me alarmé.

Estaba ardiendo en fiebre.

—No —susurré.

Encendí la luz de la mesilla de noche y me senté en el borde de la cama, desde donde, con el ceño fruncido, y más asustado de lo que estaba dispuesto a admitir, exploré la almohada de mi pequeña para descartar que...

—¡No!

... que no había manchas de sangre en la almohada que ratificaran que aquella no era la típica fiebre nocturna, que aquella subida extrema de temperatura venía acompañada de una hemorragia interna que confirmaba que *Ella*, la muy perra, había cumplido su amenaza.

Que la leucemia aguda que padecía mi pequeña había vuelto.

—Estrella, despierta cariño, tenemos que irnos.

Ella abrió los ojos, muy grises ahora, muy brillantes. Tan perdidos como los míos.

—¿Papi? ¿Me llevas a conocer a mi mami?

Me dio un vuelco el corazón al ver que estaba delirando. Me tragué un sollozo, dos, hasta cinco me tuve que tragar antes de poder hablar.

—Sí, peque, vamos a conocer a tu mami.

Sonrió, con una sonrisa triste y apagada, una sonrisa que delataba que en el fondo sabía que aquello era mentira, pero que era mejor aferrarse a ella que afrontar la verdad.

Y la verdad era que Estrella estaba muy grave. Que por mucho que durante las últimas semanas

le hubiera quitado hierro al asunto, que por mucho que me estuviera mintiendo a mí mismo, que por mucho que llamara incompetentes al personal médico cada vez que les hacíamos una visita, programada o no, la cosa se estaba poniendo muy fea.

No sé cómo llegué al hospital. Lo único que me impidió conducir como un camicace fue pensar que perdiendo el control en esos momentos le hacía un flaco favor a Estrella, que no podía, ni debía, permitir que mis deseos de desfogarme de la rabia, la impotencia y el pánico que sentía prevaleciesen sobre la sensatez de llegar cuanto antes, y vivos, al hospital.

Entré directamente por el acceso a urgencias de El Niño Jesús, una entrada que conocía, por desgracia, demasiado bien. Y solo cuando apagué el motor me permití el lujo de temblar, de descomponerme y de desesperarme, así que cogí a mi pequeña y, entre alaridos de auxilio, maldiciendo lo frágil que la sentía en mis brazos, entré a recepción y busqué como un desquiciado al alma caritativa que nos ayudase. Ya no recuerdo gran cosa más. A decir verdad, no recuerdo nada de las siguientes setenta y dos horas.

Creo que llamé a mis padres. Creo que, mientras esperaba, no sabía qué, una niña sin pelo y con una bata rosa me regaló una margarita de papel. Creo, no lo tengo claro, que fui dando tumbos hasta el aseo y allí eché el alma por la boca. A lo mejor incluso le pegué un puñetazo a Mario cuando me preguntó por qué no estaba con ella en la habitación. No sabía qué hacer, ni qué decir, ni adónde ir.

Tampoco sabía si era de día o de noche, o si había comido o bebido. ¿Era real aquella imagen de mi niña con cinco años corriendo con los brazos extendidos hacia mí, o era un desvarío de mi mente, que se adentraba en los confines de la locura cada vez que los médicos susurraban aquello de *estamos haciendo todo lo que podemos*, mientras que en sus batas estaba impregnado el nauseabundo olor a enfermedad?

Solo sabía que mi chavala estaba muy malita, que, aunque era absurdo pensarlo siquiera, en ese instante necesitaba a Noelia, que todo en lo que había creído hasta entonces se derrumbaba y que solo sus brazos impedirían que yo lo hiciera también.

¡Cómo deseé que estuviera a mi lado!

Dicen que estuvo.

Yo no la vi. Durante cerca de tres días estuve totalmente fuera de mí.

Hay quien opina que cualquier desgracia ha de pasar por cinco etapas, que según su secuencia lógica quedarían ordenadas de la siguiente forma: negación, furia, negociación, depresión y, finalmente, aceptación.

Puedo o no estar de acuerdo, pero lo cierto es que negué, una y mil veces, que la leucemia hubiese rebrotado. Me cabreé, muchísimo, con todo el equipo médico. En esas que me dio por rezar, pero temiendo que Dios estuviese demasiado ocupado con tanta desgracia, a escondidas, y sintiéndome un poquitín culpable, no tuve más remedio que negociar con su Némesis. Es lo que hace la desesperación; que no dudas en vender tu alma incluso al mismo diablo.

Y la depresión... Esa fue la que más fuerte cayó sobre mí, acompañada de la desolación y la culpa, porque me dio por pensar que si yo hubiera asumido mi paternidad desde el primer momento, no hubiera permitido que Jessy intoxicara su cuerpo y, por lo tanto, el de mi pequeña, maleando su sangre.

Creo que durante esos días siguientes me comporté como un espectro, como el humano carente de alma, vacío, despojado de toda esperanza, que era en realidad. Estaba tan fuera de mí, tan enajenado de todo, que no recuerdo gran cosa de esos momentos. Supongo que no abandonar el hospital y no dormir tuvo gran parte de culpa, pero lo siento, no sé qué pasó.

No, señora Mengana, no recuerdo si Fulana fue a visitar a Estrella. Ni me importa. Tampoco

recuerdo el desvanecimiento de mi madre. No, no, tampoco recuerdo que a mi padre también le dio jamacuco. Ni que Nekane tuvo que sujetar a Mario para que no rompiera una puerta a puñetazos mientras lloraba como un niño después de entrar a ver Estrella y ver lo demacrada que estaba por culpa del tratamiento de urgencia al que la sometieron. Tengo una vaga, muy vaga, imagen de mí mismo a los pies de su cama, contando los segundos que transcurrían entre inspiración y expiración. ¡Tan bonita, mi Estrellita pese a esos surcos que había bajo sus ojos...!

Lo más duro de pasar por ese trance no es estar allí, en el hospital, viéndola entre tubos y máquinas y más débil que un pajarillo, sino ir a casa, la misma que compartía con ella y ver que no estaba allí, que quizá todavía tendría que pasar algún tiempo para que todo volviera a la normalidad. Me negaba a pensar que no fuera de otra forma.

Pero, quisiera o no, debía enfrentarme a ello. Así que ahí estaba yo, entrando en casa, preparándome sin saberlo para una temporada de días sin sol, de noches sin cielos estrellados, de horas, minutos y segundos de lucha sin tregua.

Y allí, frente a la puerta de su cuarto, se me desgarraba el alma mientras intentaba traspasar el umbral que me separaba de una quimera a una dolorosa realidad. Temblaron mis manos al agarrar el pomo, pero con arrojo, o quizá movido por algo que se me escapaba, me adentré en el cuarto de Estrella y...

La realidad me soltó una hostia. La más fuerte y dolorosa de mi vida.

Es curioso, ahora que lo pienso, que la lluvia se haya convertido en la banda sonora de mi vida. Porque todos los grandes momentos vividos, buenos o malos, han ido acompañados de gotas de lluvia.

Esa vez no pudo ser menos. Tan pronto traspasé la puerta, un trueno rugió, justo en el mismo instante en que se me rompía el corazón en mil pedazos cuando millones de recuerdos de Estrella me golpearon. Ahí estaba ella, en fin de curso con todas sus amigas, las pavitas como yo las llamaba. Estrella, en una instantánea en la playa, a los dos años, rebozada en arena, como una croquetilla. A los siete, medio mellá, más graciosa... A los doce, después de su primera sesión de quimioterapia, con un pañuelo rosa en la cabeza... Y a los quince, después de ponerle sus primeras extensiones. ¡Qué contenta se puso mi chavala al verse de nuevo con el pelo largo!

Me dejé caer en su cama y agarré su peloso, un oso de peluche rosa al que le faltaba un ojo y tenía un desgarrón en el brazo. Me prometí cosérselo esa misma tarde para que cuando volviera a casa estuviera perfecto para ella.

Fuera llovía, mucho, muy fuerte, con rabia y consistencia. La oscuridad de la habitación era rota por algún relámpago ocasional. Qué tiempo de locos estaba haciendo, un agosto pasado por agua, en todos los sentidos.

La de chorradas que llegamos a pensar cuando estamos doblados por el sufrimiento, porque allí, sentado en la cama, con la cabeza gacha, sin alma ya, el corazón destrozado y sin ningún atisbo de luz a la vista, mis ojos se inventaron una silueta, mis fosas nasales se llenaron de un perfume familiar y mis oídos creyeron escuchar un susurro...

—Nacho...

Alcé la vista, pero no veía bien. Algo emborronaba mis ojos, algo húmedo y salado, algo que luchaba por salir, por liberarse, pero que yo insistía en retener.

—¿Noelia?

La visión se acercó y se detuvo frente a mí, tan cerca, y a la vez tan lejos. Ella debió pensar lo mismo, porque dio un par de pasos más y se acopló entre mis piernas. Lo siguiente que sentí fue su mano acariciando mi cabello y... Ya no pude resistirme y me abracé a ella. Loco, desesperado por encontrar refugio entre sus brazos, porque ella, y solo ella, me salvara de mi propia perdición. Y

así, aferrándome a su cintura como si fuese una tabla de salvación, me derrumbé del todo y lloré por primera vez, a pesar de saber que al hacerlo estaba, inconscientemente, aceptando una realidad que hasta ese momento me había negado.

Los sollozos emergieron por mi boca, atronadores, desgarradores, lastimándome la garganta. Derramé el alma a través de las lágrimas, que ahora, sin ningún tipo de retención por mi parte, brotaron como un torrente, imparables. Inagotables.

Y así estuvimos horas, yo llorando, empampando su vestido ibicenco con mis lágrimas, mientras ella solo estaba allí, callada, muy quieta, acariciándome el cabello, la espalda, el alma misma.

¿Si llorar fue un bálsamo? En cierta parte, sí. Al menos, recuperé algo del Nacho que solía ser.

Me aparté un poco de ella y suspiré entrecortadamente. Busqué sus ojos, que en la penumbra del cuarto brillaban de forma sobrenatural. Tanto, que temí que aquello no fuese más que un producto de mi locura. Por ese motivo, o vete tú a saber por qué, me abalancé sobre ella y la besé. Con rabia. Con desesperación. Con el renacer de un cuerpo que ha estado en el limbo y que ha vuelto a la vida.

Roto, hundido, perdido... pero vivo. Y todo gracias a Noelia, a la promesa que encerraban sus sonrisas, al calor que despedía su cuerpo, a la calma que transmitían sus manos...

Pero entonces, justo cuando ella me besaba con suavidad en los labios, en el mismo instante en que su azul cielo se enfrentó a mi azul grisáceo, vi algo que me flageló: lástima.

¿Sabéis lo duro, lo durísimo que puede llegar a ser, lo doloroso que es, que la mujer a la que amáis os mire de esa forma? Podía aceptar todo, cualquier cosa, que ella me diera. Pero lástima, no.

—Te qui...

Le tapé la boca con una mano. La miré con un odio que, en realidad, no iba dirigido a ella, sino a mí mismo.

—No te atrevas a decir te quiero —mascullé entre dientes—. Si hasta ahora no has sido capaz de decirlo, cállatelo. No lo quiero así. No de esta forma. No por... pena.

Y me fui.

No sabía dónde, pero necesitaba ir a cualquier parte donde no me alcanzara el recuerdo de sus ojos mirándome con compasión.

Involuntariamente, o por designios del Señor, mis pies me llevaron al único sitio donde de verdad debía estar; junto a mi hija.

Y allí todo quedó olvidado, porque cuando llegué al hospital, me encontré a Estrella sentada en la cama, con una enorme sonrisa en labios y los ojos llenos de... vida.

## 14. ¿Quién?

No, era imposible, no creía que aquello pudiera suceder. ¿Tan grave era la situación que no me había dado cuenta? Y yo había dado más importancia a tonterías, que a lo realmente importante: la salud de Estrella. Mi pequeña.

En poco más de dos meses, me había transmitido más que muchas personas en años de relación. Mi pequeña me había enseñado lo que es querer a una persona, incondicionalmente. Y ahora estaba postrada en la cama de un hospital con un futuro incierto.

Nacho. Fue lo primero que pensé cuando Carmen, se presentó aquella mañana con los ojos hinchados de tanto llorar. La mujer, me abrazó pidiendo consuelo y yo no pude decir ni media. No podía articular palabra. Haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba, había ido a buscarme, para darme la noticia y para pedirme ayuda.

Abrí la puerta del piso, y la cerré a mi espalda, sin hacer ruido. Dejé las llaves en el mueble del recibidor mientras miraba las paredes llenas de fotografías. Nacho, Estrella, los dos juntos, sonrientes. Aquellas escenas, aparentemente joviales y divertidas, contrastaban con la sombra del tristeza que reinaba en ese momento en la casa. No se escuchaba ninguna risa, nada. Al fondo del pasillo, una luz, anunciaba la morada en la que se encontraba en esos momentos Nacho. Avancé por el pasillo con miedo. Con terror. Si bien él había estado enviándome mensajes de disculpa durante días, esperando que yo volviera a su lado, había escogido sin duda el peor momento de todos para hacerlo, y aunque lo sabía, no podía dejarle solo. La decisión, pese al empujón de Carmen, había sido únicamente mía.

Su reacción no fue la esperada. Cuando de mi garganta brotaron las palabras que había retenido durante meses, Nacho no me dejó acabar la frase. Salió de allí acusándome de usarlas para animarle, por pura pena, cuando no era verdad. Lo quería. Lo amaba. Me había dado cuenta quizás demasiado tarde, o a lo mejor ya lo sabía pero me negaba a cagarla nuevamente. Eso, los secretos de ambos,... El caso es que me dejó plantada en la habitación de Estrella, después de haber arrojado las que yo creía eran las últimas lágrimas que derramaría en mucho tiempo...

Qué equivocada estaba.

Después de aquel desencuentro, visité a Estrella durante días en el hospital. La mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo. Nacho, demacrado, se cruzaba conmigo en ocasiones, pero estaba tan abatido, que no me veía. O al menos eso quería creer.

Uno de aquellos días encontré a Estrella incorporada en la cama, comiendo.

—¡Anda!—la animé— ¡Pero si mi peque está comiendo!

—¿Has visto? El médico dice que me estoy recuperando a pasos agigantados.

—¡Eso es genial! —le dije mientras me sentaba en su cama y le daba un beso en la cabeza. Le tendí un paquete que le había traído—. Ten, ya sabía yo que hoy íbamos a celebrar algo.

—¿Para mí? —sonrió sorprendida, apartando la mesa de la comida a un lado y cogiendo ilusionada el regalo. Abrió el paquete y puso los ojos como platos—. ¡El libro y el nuevo disco de TheWanted! ¡Te quierooooo!

Me abrazó como si fuera la última vez que nos fuéramos a ver. Aquellas palabras me emocionaron. Me quería. Igual que yo a ella. Era mi niña. Aunque su padre no me quisiera, ella era mi niña. Respondí el abrazo apretándola contra mi pecho.

Mario vio la escena desde la puerta, emocionado.

—Vaya truño de grupo, sobrina.

—¡Tú sí que eres un truño! —dijo enfadada tirándole la bola de papel de regalo.

Todos reímos. Estrella por aquella situación tan divertida. Mario y yo, cómplices, comprendimos que el peligro había pasado. Estrella se quedaba con nosotros. Al menos de momento.

Algunos meses después le dieron el alta, pero gracias a Mario pude seguir viéndola. Me hacía saber el momento en que Nacho se iba a la oficina y así evitar el contacto con él. A Estrella no le gustaba que lo evitara, pero no me sentía con fuerzas para una conversación entre los dos. La recuperación de mi pequeña era asombrosa. Tanto, que después de mucho tiempo por fin me sentí animada a salir. Yoli y Cris me arrancaron —literalmente— de mi casa. Mario también me aconsejó salir. Y al fin, accedí. Fuimos a tomar algo a un karaoke de las afueras de Madrid.

—Y yo que no conocía este garito, con lo chulísimo que está...—decía Yoli mientras, agarrada a su cubata, movía las caderas de un lado a otro al ritmo de la canción.

—No está mal—respondí yo sin entusiasmo sentándome en un sofá de la sala.

El local estaba hasta arriba de gente. Decorado al más puro estilo pop-art, contaba con una barra y varios taburetes altos de color rojo. Las paredes con dibujos de Warhol, cenefas imposibles de colores chillones, hacían de apoyo a la mayoría de personas de género masculino que estaban por allí. Si, seamos sinceros, normalmente en este tipo de locales, las chicas son las que más se animan y los pobres de ellos, se limitan a esperarlas bebida en mano.

—Voy a ver si encuentro a mi amigo, ahora vengo—dijo Cristina adentrándose en la marea humana.

Sonaba *I see you* de Jutty Ranx, una de mis canciones favoritas. Cogí mi vaso, le di un sorbo generoso, lo dejé en la mesa y me levanté como poseída por una extraña fuerza que me hacía contonearme para liberar la tristeza que embargaba mi alma. Cerré los ojos y escuché la melodía que se erguía por todo el local. Intenté no pensar, solo bailar. Así estuve toda la canción. No escuchaba a nadie a mi alrededor. Con la cabeza alzada hacia el techo quién sabe para qué, seguí con el contoneo de mi cuerpo hasta que finalizó el tema, momento en el cuál abrí los ojos y observé como alguno de los chicos que antes estaban apoyados en la pared, se habían acercado a mi lado para observarme mejor. Algunos con ojos divertidos por la escena que acababan de presenciar, otros traviosos buscando algo de diversión, que obviamente no iban a encontrar en mí. Miré hacia el sillón que había ocupado minutos antes y vi como Yoli estaba mirándome con los ojos muy abiertos. Sonreí y me acerqué hacia ella.

—Estás hecha polvo...—rió.

Asentí sin mirarla y volví a sentarme en el mismo sitio que antes. Suspiré.

—Y esos tíos no te quitan ojo. Deberías aprovechar y olvidarte de Nacho.

—No puedo. Ha sido todo tan intenso que no puedo. Y mira que me prometí no volver a caer otra vez... —No pude continuar hablando. Tapé mis ojos con las manos y empecé a llorar.

—¡Ah, no, pussy! ¡Ni se te ocurra! Que se te va a correr todo el maquillaje y vas a quedar hecha una piltrafa, con lo guapa que vas hoy—decía casi sin respirar—su manera habitual de hablar—, mientras me acariciaba la cabeza con una mano y me apretaba el brazo con la otra, dándome ánimos para continuar.

Y es que la noche de nuestro último encuentro fue de lo más intensa. Si bien al principio no sabía bien cómo consolar a Nacho, mi reacción fue la forma más sincera de decirle que le quería. No, no lo había hecho antes. Quizás a veces las palabras se quedan cortas o puede que no tuviera el valor para hacerlo, por miedo a equivocarme. Cuando conseguí armarme de valor, él

malinterpretó aquello y me echó de su lado de nuevo.

Al ritmo de *Call me* de Blondie, una chica hizo vibrar toda la sala. Cantaba casi igual que la original y la gente la jaleaba como si de la verdadera se trataba. Cristina votaba y hacía gestos con los brazos que me hacían reír. Nadie mejor que ellas para animarme el día... y la noche.

—¿Puedo invitarte a bailar?—preguntó un chico inclinándose en la mesa y tendiéndome la mano.

—No gracias. —Le enseñé los taconazos que me había obligado a ponerme Yoli—. Tengo los pies molidos—mentí.

—Pero yo sí, machote—anunció Yoli dando un brinco a mi lado y poniéndose de pie de golpe. Le agarró del brazo y literalmente lo arrastró a la pista de baile, alejándolo de allí.

Cristina y yo estallamos en carcajadas.

—Voy a pedir otra copa ¿te traigo algo? —pregunté a Cris poniéndome de pie y alisando mi corsé. Mi amiga negó con la cabeza.

La verdad que hoy me sentía espectacular. La pieza era de color negro, de raso, con unos ribetes en el pecho que acababan con un lazo del mismo color y rematado con un camafeo que imitaban a los antiguos. Estaba abrochado por delante con corchetes y por detrás con un lazo en zigzag. Estilizaba mi cintura de una manera casi perfecta. Remataba el atuendo un pantalón tejano gris y unos zapatos negros de tacón, de aquellos que te pones en ocasiones especiales porque crees que vas a torcerte un tobillo en cualquier momento.

Caminé unos pasos hacia la barra, intentando no tirar ninguna copa de los marchosos que se agolpaban en la pista. A veces hacía verdaderos equilibrios para no provocar un accidente.

—Un vodka con lima, por favor —pedí al camarero mientras observaba como la gente bailaba.

En ese momento no había problemas. Nadie tenía en la cabeza nada, excepto el compás de aquella canción. Todo lo demás no tenía importancia.

Quizás —pensé yo— había sido demasiado dura con Nacho, en realidad no había sido un buen momento para soltar aquella bomba. De aquello habían pasado ya varios meses, y aunque él había insistido por mensajes y demás que volviéramos a vernos y hablar del tema, yo prefería dejarlo pasar, dejar que sanaran sus heridas. El empeoramiento de Estrella había sido un mazazo tan grande... Si yo no dejaba de pensar en ella, que aunque ya recuperada, no había superado por completo su enfermedad, no quería imaginar a Nacho.

Sí, había pasado mil veces por su puerta y en la mayoría de ocasiones había querido llamar y entrar con la única idea de abrazarlo y consolarlo como aquella noche. Pero yo, egoísta de mí, sentía un dolor en el pecho al sentirme rechazada, consciente o inconscientemente por él, pero rechazada al fin y al cabo. Sencillamente no podía...

Pensé también, que quizás, si no le hubiera dado tanta importancia a las discusiones que habíamos tenido semanas antes, hubiera estado a su lado cuando me necesitaba. No estaba solo, eso lo sabía. Sus hermanos y sus padres eran su gran apoyo en aquellos momentos. Pero era la sensación de que le había fallado, y que lo había querido arreglar de un plumazo aquella noche, la que no me dejaba dormir.

La música se antepuso a mis pensamientos.

Los primeros acordes de aquella canción hicieron que me diera un vuelco el corazón, aquel que albergaba la espinita más grande del mundo. Aquel que aún latía cuando recordaba sus caricias y sus besos. El vello de los brazos se erizó cuando escuché la primera frase:

*No te atrevas a decir te quiero...*

Sin poder remediarlo, cerré los ojos pensando en lo apropiadas que eran aquellas palabras. Y seguí escuchando:

*No te atrevas a decir que fue todo un sueño  
Una sola mirada te basta  
Para matarme y mandarme al infierno*

Justo en el momento que sonaba el estribillo me giré hipnotizada por la voz que recitaba aquella letra, y tuve que apoyarme en la barra para no caerme. Las piernas dejaron de aguantarme y el corazón iba a salirse de mi pecho.

Nacho, demacrado, con varios kilos menos y con un aspecto bastante más desaliñado de lo que acostumbraba, sostenía el micrófono casi sin mirar la pantalla, pues había escuchado aquella canción miles de veces: la primera vez que hicimos el amor en mi casa, el fin de semana que pasamos con Estrella, y aquella noche...

*De tu corazón con mi corazón  
De mis manos temblorosas arañando el colchón  
Quién va quererme soportar  
Y entender mi malhumor  
Si te digo la verdad no quiero verme  
Solo...*

Bajó la mirada a sus zapatillas como si realmente estuviera creyendo aquella letra. Solo... Sola... Así me sentía yo también. Como si me hubieran arrancado una parte de mi cuerpo. Si hay un alma gemela ese era Nacho para mí. Necesitaba abrazarlo para sentirme bien conmigo misma. Lo quería con todas las fuerzas de mi cuerpo.

Nacho tragó saliva y se pasó la mano por la cabeza mientras la gente aplaudía como hipnotizada por lo que ellos creían era la mejor interpretación que aquel local había tenido en su vida. Si ellos supieran lo desgarrado que estaba por dentro...

*Me conformo con no verte nunca  
Me conformo si ya no haces parte de mi vida*

Y cuando ya creía que ya no podía morir de más amor, justo en ese instante Nacho y yo cruzamos las miradas y se detuvo en seco sin articular palabra. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, yo gesticulé las palabras que él no podía articular.

*Quién abrirá la puerta hoy  
Para ver salir el sol  
Sin que lo apague el dolor  
Que me dejó aquella obsesión.*

Él acabó la canción, sin dejar de mirarme ni un instante. ¿Era aquella una manera de decirme que él sentía lo mismo que yo? ¿Era aquella la forma de pedirme perdón? O simplemente, ¿era yo que me estaba volviendo definitivamente loca?

Con el corazón aún en un puño, observando la tristeza de aquellos ojos azules que tantas veces había admirado a escondidas, supe que Nacho necesitaba ayuda, pero no la mía, aún no estaba preparado para involucrarse más en una relación como aquella. Aún habían demasiados cabos sueltos y él estaba destrozado.

Así que cogí mi copa, crucé la pista y le dije a Cristina que me disculpara.

—¡Pero quieres esperar a que vuelva Yoli! —me reprendió.

—No puedo, Cris. Cariño, de verdad. Mañana te veo y te lo explico, pero tengo que salir de aquí —dije apurada mientras cogía la chaqueta y el bolso y volvía a adentrarme en la marabunta.

Vi a Nacho por el rabillo del ojo intentando alcanzarme. Su voz sonaba desesperada.

—¡Noelia! —gritaba—. ¡Cariño, espera!

La gente pensaría que lo había pillado en algún renuncio, pero nada más lejos de la realidad. Debía dejarlo volar. Libre. Que se serenara de una vez y quizás si aquello era amor de verdad, el destino nos volvería a reunir de nuevo en alguna parte. Solo esperaba que aquel indecente destino, no pusiera a nadie en el camino de Nacho antes de encontrarme de nuevo, porque esta vez no podría soportar perderlo.

—¡Noelia! —gritó por última vez mientras me agarraba del brazo.

—Nachó, tengo prisa...

—Te llevo donde haga falta, pero mírame otra vez como lo has hecho hace un momento —sollozó.

Agaché la cabeza mientras intentaba no llorar. Cuán solo debería sentirse que tan solo una mirada mía le bastaba para serenarse. Me detuve un momento intentando no ser brusca, pero tampoco caer en sus brazos presa de la desesperación por abrazarlo.

—Nachó... —dije girándome para encararlo.

—Dímelo otra vez.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que me quieres, que me necesitas...

Miré al cielo deteniendo así las lágrimas. Suspiré y lo miré fijamente. Nacho lloraba. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas como si fuera un niño al que hubieran golpeado. Y sí, tenía roto algo, el corazón, en mil pedazos.

Juro por Dios que intenté no hacerlo, pero mis manos se alzaron hacia su rostro para limpiar aquellas lágrimas.

—No llores... —le pedí.

Intentó abrazarme pero yo me retiré.

—Nachó, tú ahora no puedes hacerte cargo de más problemas. Deja pasar un tiempo y quizás...

—¿Quizás qué? Dentro de unos meses tú ya me habrás olvidado y yo no... no podré...

—Nachó... —le pedí—, por favor, déjalo así. Yo no voy a ir a ningún sitio. Si quieres hablar conmigo quedaremos, pero no me pidas que vuelva a tu cama porque no puedo. Ahora no, y tú tampoco estás en condiciones.

—Ya... soy una complicación ¿no?

—¡No! No digas eso, ya sabes que no.

—¿Entonces? —insistió—. Ya no... no me...

—Sabes que sí —puse su mano en mi pecho—, aquí, siempre, lo sabes. Pero deja pasar unos meses. Tú ahora tienes que lamerte las heridas solo. Pensar. Y sabes que me tienes aquí.

En un movimiento desesperado cogió mi rostro entre sus manos y acercó su boca a mi mejilla. Estuvo allí unos segundos, los necesarios para comprender que había sido un hasta luego. Se

separó y me miró a los ojos. Cogió mis manos y besó las palmas cerrando los ojos, sollozando.

—Perdóname... —me pidió acariciando mis manos con los pulgares.

—No tengo nada que perdonar, Nacho, de verdad.

—Sí, sí que tienes. No debería haberte dicho aquello.

—Nacho... no te mortifiques. No estoy enfadada contigo.

—¿No?

—No —insistí—. Estabas mal, de hecho aún lo estás. Date un tiempo y dámelo a mí, ¿de acuerdo?

Asintió muy a su pesar. Me retiró un mechón del cabello, mientras soltaba mis manos por fin.

—Eres un ángel.

—Y tú un golfo —sonreí con las lágrimas saltadas.

Me acerqué un poco y le di un beso en la mejilla, justo cuando iba a retirarme, él me cogió por la cintura y me acercó un poco. Yo acaricié la barba que asomaba en su rostro y retirándole las manos de mi cintura le susurre:

—TE...

Y simplemente desaparecí de allí, dejándolo en medio de la pista observándome correr hacia la puerta con el corazón en un puño.

## 15. Al toro por los cuernos, y a la vaca por las ubres

Estaba tan poco acostumbrado a que me pasaran cosas buenas, que no sabía qué hacer con los dos regalos que la vida quiso darme.

Uno de ellos, el mayor de ellos, por lo que había rezado noche y día sin tregua ni descanso, era la recuperación de mi pequeña. Ya la tenía ahí, en casa, a punto de empezar el instituto y con muchos planes por delante. Tantos, que incluso permití que un tal Alex fuera a visitarla. El chaval, un par de años mayor que Estrella, se había ganado ese privilegio al estar junto a Estrella en el hospital todos los días que había permanecido ingresada. Todavía recuerdo la primera vez que le vi en el Hospital, una mañana que se presentó con un ramo de flores medio destrozado, los ojos al borde de las lágrimas, pero con una mirada de desafío que proclamaba que no se marcharía de allí sin haber visto antes a Estrella. Un buen tipo, aunque no lo reconocería ni en un millón de años, pues es la labor de todo suegro hacerle la vida imposible al patán que pretenda robarle a su niñita.

Pero lo cierto es que la forma que tenía de mirar a mi peque me terminó por ganar: era un amor puro, sin trabas, quizá el pilar al que Estrella se aferraba, la causa por la que luchar y hacer frente a su enfermedad con todas las fuerzas de las que disponía.

Encontrarme a Noelia en aquel Karaoke fue el segundo regalo que recibí.

Del mismo modo que durante dos meses la mirada compasiva de Noelia se convirtió en compañera indispensable de todas y cada una de mis pesadillas, aquella caricia que me regaló aquella noche en el local llenó mi vida de esperanza.

Porque no, no era compasión lo que vi. Ni pena, ni lástima. No. Mientras derramaba el corazón por los ojos, no pensaba: pobre desgraciado...

Ahora comprendí que fue Mario, y solo ese locuelo metomentodo, quien lo preparó todo, porque si no llega a ser porque se puso cansino hasta la saciedad yo nunca hubiera aceptado salir aquella noche, ya que pese a que Estrella estaba en casa, y estable, no quería perderme ni un minuto de su vida.

Es comprensible que todavía estuviera muerto de miedo, que pese a que los médicos sostenían que era improbable que sufriera una recaída, era incapaz de bajar la guardia, porque la clave estaba en ese *improbable*. Es más, hasta el momento habían omitido la palabra que tanto quería escuchar: salvación. De momento, debía conformarme, y sentirme inmensamente aliviado, cada vez que decían aquello de: controlado.

Así que con muchas dudas primero, muchos remordimientos después, ahí me hallaba, en un karaoke cantando una canción de un cantante que ni siquiera me gustaba, que si la canté fue porque de esa forma me sentía un poco más cerca de Noelia.

No, no la había olvidado. Era ese un amor intempestivo, huracanado, pero tan real que incluso dolía, que no había noche que no la extrañara ni día que no me debatiera contra la necesidad de ir a buscarla.

Y ahora la tenía ahí, al alcance de mi mano.

Sin embargo, y pese a saber que Noelia quizá, y solo quizá, sentía lo mismo por mí que yo por ella, todavía —y ahora comprendía lo que ella había querido decir— no estaba preparado para

adentrarme en una relación, porque ahora solo podía pensar en una cosa: Estrella. Y porque aún estaba tan roto por dentro, que era imposible que pudiera dar nada de mí mismo, salvo sufrimiento y los residuos del hombre del que se enamoró.

Y ahí estaba el problema, amigos. No sabía qué hacer conmigo mismo. Porque la soledad me aterraba como hasta entonces no lo había hecho, cierto, pero entendí que debía enfrentarme a ella antes de rehacer mi vida de nuevo; que no podía, ni debía, esperar que fueran los demás los que resolvieran mis problemas, que fuera Noelia quien llevara las riendas de un carruaje defectuoso.

Me daba pánico, sin embargo, perderla. Porque ella era toda una mujer, y yo no sabía el tiempo que me llevaría ser el mismo de antes. Por otro lado, ¿era lo suficientemente fuerte como para sufrir en mi estado un rechazo por su parte? Así que, ¿qué hacer? ¿Cómo acelerar un imposible? ¿Qué era lo que tenía que hacer para rescatarme a mí mismo de mi propio infierno?

Fue Estrella quién me dio la respuesta.

Fue un sábado de Octubre, lluvioso, por supuesto. ¿Para qué cambiar de banda sonora? Estábamos en la parcela, y ante mi insistencia decidimos que había llegado el momento de cambiar el color rosa princesita de la pared del cuarto de Estrella por uno más apropiado a su edad... Sí, era una forma de no estancarse en el pasado y pensar en el futuro, aquel que, Dios mediante, tenía mi peque por delante. Lo hice yo, porque cuando de esos menesteres se trataba la familia salía echando pestes, cosa que tampoco me importa. Así, mientras ellos estaban, en la cocina y yo les escuchaba reírse, el corazón en un puño y con mucho miedo de involucrarme en su felicidad por si aquella realidad se desvanecía, me dediqué a empapelar la habitación para manchar lo menos posible. El armario era demasiado grande, así que para poder moverlo de un lado a otro, decidí sacar toda aquella ropa que no sé por qué nos empeñamos en guardar de cuando Estrella era un mico.

Fue cuando lo vi, en el último cajón, entre sabanitas apolilladas y amarillentas.

Sabía que Estrella llevaba un diario, yo mismo la alenté a ello mucho tiempo atrás, porque durante un par de cursos tuvo bastantes dificultades con la escritura. Pero dicho diario la muy condenada lo tenía a buen recaudo —o eso se creía ella— en el piso de Madrid. No sabía que aquí, en la parcela, llevara otro...

Sonreí. Qué lista que era mi Estrellita. Seguro que reservaba ese para sus cosas, ya sabéis, las típicas de paviditas de quince años, donde seguramente el nombre de un chico se repetía hasta la saciedad acompañado de muchos corazoncitos.

Sí, mi pequeña había sido lo suficientemente inteligente como para saber que yo solía cotillear sus cosas, incluso su diario oficial.

Animado, y temeroso, me dispuse a echarle una ojeada al diario secreto. No me equivoqué y *Alex* se repetía un millón de veces. Estaba tan colgada por él, que hizo que yo soltara una carcajada, sobre todo porque sabía que ella era totalmente correspondida. Sí, decididamente *Alex* me caía de fábula. Seguí leyendo con una sonrisa en los labios, hasta que llegué a la última entrada que había hecho mi chavala en el diario, justo una semana antes de tener aquella fatídica recaída.

*5 de Agosto*

*Querido Diario:*

*¿O debería decir querido papá?*

*Si estás leyendo esto es o porque eres tan cotilla como sospechaba, o porque las cosas se han puesto chungas que te cagas.*

*¡Ojalá que no sea por la segunda opción! Pero lo cierto es que últimamente me encuentro peor, más cansada, más desanimada...*

*¡Borra, borra eso! ¿Cómo voy a sentirme desanimada, cuando le tengo a él?*

*¡Ay, Alex! ¡Qué superbueno está! Ya sé que hace un año, cuando me pillé por Marcos, juré que nunca me iba a enamorar. ¿Para qué?, pensé. Total, no hay esperanza para nosotros...*

*Pero, justo entonces, llegó Alex con esos hoyuelos y con esos ojos negros y, ¡Uau! Me tiraría mil horas hablando de él, pero como seguro que vas a gruñir y a enfadarte por momentos, me ahorro el mal rato, tuyo, y mío, jajaja.*

*Papi, no te enfades. Alex me ha pedido salir, y le he dicho que sí. Y aunque sé que es muy egoísta por mi parte, no voy a dejar pasar la oportunidad de estar con el chico de mis sueños. Así que he dejado los miedos a un lado y, como dice el tito Mario, he cogido al toro por los cuernos, y a la vaca por las ubres.*

*¡Cómo me alegro de que por una vez ambos seamos felices, papi! Porque no me vas a negar que estás flipao con Noe... ¡Y eso que al principio te enfadaste conmigo!*

*Jo, con lo que me costó encontrarla. Un año entero me tiré aguantando, como tú dices, petardas. Había cada colgada que daba hasta miedito, jajaja. Lo tuve claro en cuanto la vi. ¿Y a que no sabes qué? Como no tenía ni idea de qué decirle para enamorarla, le repetía las cosas que me decía Alex. ¡Y funcionó!*

*Ya, ya... soy un genio, lo sé.*

*Me he ganado el fin de semana en la casa de la sierra de Ana, ¡anda que no!*

*Ya es tarde, así que me voy a la piltrilla.*

*Noooo, papi, no voy a soñar con los angelitos; voy a hacerlo con mi Alex.*

*¡No me regañes! ¿Acaso tú cuando sueñas no lo haces con Noelia?*

*Besitos.*

*Que sí, pesado. Que te quieeeeeero.*

*Estrella*

Mi padre me pilló sentado en la cama de Estrella, con el diario en las manos y llorando. Sí, lloraba de alivio, de emoción, de miedo al recordar lo cerca que habíamos estado de perderla. Lloraba un poco por ella, y otro poco por mí.

Alcé la vista cuando sentí su caricia en mi pelo, para encontrarme con sus ojos grises, tan iguales a los míos y a los de mi pequeña. Creo que presintió mi súplica, porque se dejó caer a mi lado y me abrazó.

Al segundo, estaba llorando como el niño que nunca fui, o como el niño que todavía seguía siendo, en los brazos de mi padre. Hubiera pagado lo que fuese con tal de ahorrarle ese espectáculo tan deplorable. Pero era mi padre, y, como tal, mi sufrimiento era el suyo. Nunca antes me había sentido tan cerca de él como ese día.

—Lo has visto, ¿verdad? —dijo cuando mis sollozos dieron paso a suaves —y ridículos— hipidos—. Ella lo dejó ahí para que lo encontraras.

Le miré sin comprender, pero entonces, sin dejar de peinarme mi flequillo rebelde, sonrió y añadió:

—Si algo debemos aprender de todo esto, es que la vida es demasiado corta, que por muy feas que se pongan las cosas, hay que coger al toro por los cuernos...

—... y a la vaca por las ubres —añadí en un susurro.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, supe lo que tenía que hacer.

Mi padre volvió a abrazarme. Miré de reojo a la puerta cuando escuché un crujido. Por el rabillo del ojo vi a Estrella escondiéndose, pero no lo suficientemente rápido como para que yo no me hubiera percatado de su sonrisa picarona.

Ni en el guiño cómplice que le hizo a mi Padre.

\*\*\*

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle...? ¡Joder!

—Ahora que lo mencionas... Sí, en eso también puedes ayudarme —contesté a la preciosidad de melena castaña, ojos azules, carita de ángel y cuerpo de... ¡Madre mía, qué cuerpo!

Ni me lo pensé. Después de hablar con mi padre, tomé la decisión. Daba igual lo que me costara. Recuperaría a Noelia.

Pues nada, ahí estábamos, metidos en plena faena. Había irrumpido en su trabajo, en una mano un Starbucks, en la otra una caja de bombones de la Caja Roja de Nestle (soy simple, lo sé), y el corazón lleno de esperanza, pero acojonado perdido.

Ella me miraba con los ojos fuera de sus órbitas, pero fue su respiración irregular, casi acelerada, lo que aumentó mis expectativas de que aquello terminara... bien.

—Verás, antes de que digas nada, y mucho antes de que te coja en brazos en plan Oficial y Caballero, te meta en el almacén y te bese como nunca te han besado, quería que supieras que... Te quiero.

Aguardé, sin saber qué esperar ahora, pero sin miedo al rechazo, al ridículo ni a la humillación. Había ido allí para cantarle las cuarenta, independientemente de su respuesta.

—Ya sé que me dijiste que no era el momento, que quizá todavía yo necesite tiempo para recuperarme del mazado. Estás equivocada, Noelia —negué con la cabeza para enfatizar mis palabras—. Nunca voy a recuperarme del todo. Jamás voy a poder relajarme del todo y a estar tranquilo. Siempre ella, su salud, su bienestar, será prioritario para mí. Nunca podré darle todo de mí, porque una parte le pertenece. Siempre llevaré ese peso sobre mis hombros. Pero ella empezó esto —dije señalándola a ella y a mí—, y no seré yo quien la contradiga. ¿Y sabes por qué? Porque me gusta su plan. Porque me volviste loco. Porque estoy, por primera vez en mi vida y sin esperar que sirva de precedente, locamente enamorado. De ti. Estrella me ha enseñado que la vida se nos va de las manos, por mucho que nos empeñemos en aferrarnos a ella, y a pesar de que la mitad de mi corazón le pertenece, la otra mitad clama tu nombre.

Como ella estaba frente a mí, muy quieta, muy parada y, ¡joder!, muy callada, seguí con mi discurso.

—No me importa esperar. No me importa hasta dónde me permitas llegar. Solo sé que me haces bien, que eres la luz que se vislumbra en mi horizonte. ¿Solo quieres una amistad? Cojonudo. ¿Que quieres algo más, una relación de las de toda la vida, con perdices incluidas? Más cojonudo todavía. Pero algo, lo que sea, Noelia. Cualquier migaja que quieras darme será suficiente para que me tengas postrado a tus pies. Y, ahora, la pregunta del millón: ¿Aquí, en el probador, o en el almacén? Porque como sigas mirándome con esa cara, te voy a co...

Y me besó.

## 16. La Misión

Entré en la nave por la parte de atrás, para que el padre de Nacho no me viera. Con sigilo, de puntillas, me metí a hurtadillas, mientras mi novio hablaba por teléfono con algún cliente. Le guiñé un ojo mientras cerraba la ventana y las cortinas para tener privacidad. Observé la estancia. Austera, y ¿qué pensaba? Era la oficina de un taller. Un poster de una chica desnuda, decoraba una de las paredes. En la desvencijada mesa, un marco de fotos. En él la foto más bonita del mundo: Nacho, Estrella y yo haciendo muecas delante de la puerta del hospital. Era una despedida, un hasta nunca a aquel sitio. O eso queríamos creer.

—De acuerdo...—continuaba él al teléfono, apuntando en una libreta—. Quedamos así, mañana tengo el presupuesto preparado. Buenas tardes.

Se repantingó en el sillón de piel, observándome.

—Mmmm, ¿Un streaptease de despedida de soltero? ¿A ver una vueltecita? —pidió. Yo obedecí, cual sumisa, mostrándole mis piernas, enfundadas en unas medias de rejilla. Aún no sabía lo que le esperaba debajo del abrigo. Puse una de mis piernas encima de la silla, como si fuera algo natural, dejándole entrever el ligero de encaje.

—Perdone, venía a que me hiciera un presupuesto para un vestido —susurré modosa, pasando una mano por mi muslo.

—Pero señora, esto es un almacén de metales... —dijo asumiendo su rol, escandalizado.

—¡Oh! ¡Qué pena! Entonces no podrá usted hacer nada con esto. —Ahí fue mi momento cumbre, el súmmum del erotismo. Bajé la pierna al suelo, desabroché el abrigo botón a botón y me quedé como mi madre me trajo al mundo, excepto por el ligero y los zapatos. Dejé caer la prenda y observé como Nacho se desabrochaba provocativamente el vaquero por debajo de la mesa.

—Bueno... quizás pueda hacer algo al respecto. ¿Pero tiene usted dinero para pagar mis servicios?

—Ups... creo que no, pero quizás usted haya pensado en alguna cosa... ¿Quiere que me arrodille y le suplique un trabajo gratuito?

—No estaría nada mal—dijo lamiéndose los labios.

Retiró un poco la silla, mientras yo empujé el abrigo debajo de la mesa para no destrozarme las rodillas con el suelo de hormigón. Me coloqué entre sus piernas, aún de pie y Nacho metió su mano entre las mías. Gimio cuando notó la humedad allí abajo. Liberó su erección y yo me agaché para empezar el pago por *sus servicios*.

—Joder...—alcanzaba a decir mientras guiaba mi cabeza arriba y abajo, aferrado a mi pelo.

Justo en aquel momento, Joaquín entró en la habitación. Nacho dio un respingo y se tapó —y me tapó— con la mesa. Pero yo seguía a lo mío. Total, su padre no nos veía.

—¡Pero tú te crees, el tiparraco de Ramón...! ¡Que me dice que no me paga! ¡Será cabrón! ¡Mañana me planto en la nave y le digo cuatro cosas, habrase visto!

—Papá, luego me lo cuentas...—insistía Nacho, a punto de correrse.

Me sujetaba la cabeza intentando que parara, pero aunque consiguiera inmovilizármela, mi lengua seguía jugando con su miembro como si fuera un helado de chocolate.

—¡Mira que llevo años en esto, y es la primera vez que me pasa algo así con un cliente de hace tantísimos años...! —Se sentó.

—Papá...—insistió Nacho, rechinando los dientes. Me dio una colleja para que parara. Estaba a punto de correrse, lo notaba. Paré un momento.

—¡Pero me va a escuchar! ¡Vaya si me va a escuchar! —Suspiró un momento, parecía que había acabado su charla y en un segundo se iría de allí—. ¡Valiente malnacido! —insistió. Yo también, continué lamiendo aquel *helado*, pese a los esfuerzos de Nacho porque parara.

—¡Papá! —gritó con la cara roja como un tomate.

—Hijo, ¿Qué te pasa? Parece que vayas a explotar.

—Es que voy a explotar como no te vayas ahora mismo, joder. ¡Estoy intentando ir a cagar! ¡Que tengo un dolor de barriga que no puedo!

Yo me atraganté. Joaquín salió de allí a toda prisa. Y Nacho sacó su miembro de mi boca, se colocó los pantalones y corrió hacia la puerta para cerrarla con llave.

Mientras, yo en el suelo, no pude evitar carcajearme ante la salida de Nacho y lo absurdo de la situación.

—¡Eres una bruja! —me acusó divertido desde las alturas—. Te vas a enterar de lo que vale un peine.

Me cogió en volandas, tiró los papeles al suelo y se introdujo en mi interior de golpe.

—Te voy a matar... a polvos, para que te acuerdes de mí el resto de mi vida.

—¿Crees que voy a olvidarte? Aunque quisiera, me sería imposible.

Retiré un mechón caprichoso de su frente y le acogoté para besarle con ternura.

—Te quiero.

—Yo más —continuó moviéndose en mi interior. Despacio, pausado, mientras sus labios capturaban uno de mis pezones, haciéndome estremecer.

—Nacho...—gemí—. No te has puesto protección.

—Ahora no pienso parar por eso. Me retiro antes y listo. Jodeeeerrr —susurró ante la sensación de placer de tenerme a su merced, piel con piel, sin ninguna barrera que nos separara.

*Semanas después...*

### *Nacho Pidal*

*Descarriada... ¿¡Dónde leches estás!?*

Nacho estaba como un flan, lo notaba. La noche anterior no paraba de dar vueltas en la cama. Aunque sabíamos que lo normal era salir cada uno desde su propia casa, vino a dormir conmigo. Entre cabezada y cabezada, me susurraba al oído lo muchísimo que me quería. Yo, sonreía como una tonta y me hacía la dormida. Tenía miedo de que al final me rajara, pero no pensaba hacerlo. Quería pasar el resto de mis días junto a él, formar una familia, lo más normal posible dadas las circunstancias y sabiendo cómo estaba el hombre con el que estaba a punto de casarme: loco perdido.

### *Noelia Moreno*

*¡Una chica necesita arreglarse bien! ¡Creo que me va a dar algooooo!*

**Nacho Pidal**

*¡Venga ya! Si llevas todo el día. Y que no te dé tanto. ¿Qué haces? Es que no lo entiendo. Ya tendrías que estar aquí.*

**Noelia Moreno**

*Yoli y Cris, que me han traído de todo para que me dé suerte. Y el fotógrafo aún no ha llegado. Tú no te vayas ¿eh?*

**Nacho Pidal**

*Los cojones me voy a ir. ¿Qué te han llevado esas locas? Miedo me dan.*

**Noelia Moreno**

*Mmmmm... Por la noche (o en medio del banquete) te lo enseño para que se te pongan los dientes largos...*

**Nacho Pidal**

*Yo con tal de que vengas tú... ¡Oye, se me acaba de ocurrir una cosa? ¿Qué te parece si vienes sin bragas? Joder... Se me pone gorda de pensarlo. ¡Quítatelas, quítatelas, por favor!*

**Noelia Moreno**

*Jajajajajajaja Y, ¿quién te ha dicho que las lleve?*

Conociéndolo como lo conozco, seguro que ya se había puesto palote, como él decía. No, nuestra relación no se basaba en el sexo, pero no sería del todo sincera si no os dijera que el ochenta por ciento del día, Nacho está mandándome guarradas al móvil, contándome lo que pretende hacerme en cuanto me viera. Y yo disfruto, no lo niego. Pero porque sé que más allá del deseo sexual, están las ganas de unirse a mí cuando hacemos el amor.

**Nacho Pidal**

*Descarada...Voy a ser el novio más feliz de la historia. Y también el más cachondo.*

**Noelia Moreno**

*¿Sabes qué me he comprado?*

**Nacho Pidal**

*Cuenta.*

**Noelia Moreno**

*Un picardías de esos minúsculos que te gustan...mmmmmm*

**Nacho Pidal**

*Tú sigue por ahí y verás. Al final te echo un polvo en mitad de la ceremonia. Y, hablando de ceremonia, ¡VEN YA DE UNA PUTA VEZ!*

**Noelia Moreno**

*Nacho, estoy acojonada.*

**Nacho Pidal**

*¿Ya no te quieres casar conmigo?*

*¡Noelia! ¡Responde!*

La ceremonia no podía ser del todo tradicional, ya que las circunstancias de nuestro primer encuentro no lo fueron. Miles de estrellas decoraban el cielo aquella noche. Muchos pensaron que estábamos locos, antiguamente solo te casabas de noche si tenías algo que esconder. En nuestro caso era todo lo contrario, Estrella era el motivo por el que estábamos juntos, y las estrellas, como símbolo, estarían ese día.

También estuvo papá. Llevaba varios meses sereno. Quizás la estabilidad que veía en mi nueva vida le había llevado a dar el paso definitivo para recuperarse. Fue él quien me entregó mi mano a Nacho, susurrándole algo al oído. Nacho asintió y me miró con los ojos brillantes. Estaba feliz.

El que más me sorprendió fue Víctor. Unas semanas antes había hecho un par de etapas del camino de Santiago. Llegó pletórico, moreno y guapísimo. Cuál fue nuestra sorpresa, cuando pidió permiso para traer a una *amiga* a la boda. No podía creerlo. Víctor estaba enamorado hasta las trancas. ¡Por fin!

**Noelia Moreno**

*Nacho*

**Nacho Pidal**

*Noelia*

**Noelia Moreno**

*Estoy un poco chungo*

Le di a enviar mientras vomitaba toda la comida del día y parte de la cena.

**Nacho Pidal**

*¿Qué te pasa? ¿Dónde estás? Nos vamos. Ya.*

**Noelia Moreno**

*Estoy en el baño echando la papa.*

**Nacho Pidal**

*No me asustes. Supongo que algo te ha sentado mal y eso... ¿no? Espera, que voy a por ti y nos vamos a urgencias.*

El caballero andante ataca de nuevo.

**Noelia Moreno**

*Nooo, espera. Escúchame (bueno, léeme). Quizás no es como habíamos pensado, y bueno...*

*¿La culpa la tienes tú por impetuoso! ¿Recuerdas el día que te hice me presenté desnuda en la oficina?*

**Nacho Pidal**

*Jejejeje. Sí, con pelos y señales... Bueno, más señales que pelos. Mmmmmm*

No estaba realmente segura que hubiera sido ese día, o días antes, aquel en el que lo hicimos en la tienda. Ese día había cerrado antes de tiempo. Fue el día que me pidió que me casara con él...después de echar uno de los mejores polvos de la historia, encima del mostrador—Cris, no leas esto, ese mostrador tiene muchas cosas que contar—. Ese día había enviado docenas de flores y las había colocado por toda la fachada de la tienda, y dentro de ella. Al principio pensé que había sido un arrebató, pero minutos más tarde recibí un mensaje donde se explicaba:

*“Hola nena. Espero que te hayan gustado las flores. Una vez te dije que llenaría tu muro de flores todos los días... Y así será. Te veo luego. Un beso en los morros”*

Reí ante tal ocurrencia. Lloré cuando al bajar la persiana y después de hacerme el amor, se arrodilló ante mí, como en las películas, y me pidió que me casara con él. Yo me agaché a su lado y lo abracé. Lloramos juntos durante unos minutos. ¡Dios, como lo quería! ¡Cómo me quería él a mí! Lo que empezó como varias charlas distendidas de dos locos solitarios vía internet, iba a acabar —o empezar, según se mire— en una familia estupenda.

El caso es que aquel día, y dado el nerviosismo de ambos, se nos olvidó poner medios.

**Noelia Moreno**

*Mira en la mesa, debajo de mi servilleta.*

**Nacho Pidal**

*¿Esto qué es lo que es?*

**Noelia Moreno**

*Dos rayitas. Supongo que ahora estarás sentado. Abanícate.*

**Nacho Pidal**

*No lo pillo. ¿Qué significa dos rayitas?*

**Noelia Moreno**

*Es un test de embarazo, Nacho.*

**Nacho Pidal**

*¡Hostias! Y..*

**Noelia Moreno**

*Pues eso...*

**Nacho Pidal**

*Voy a ser papá... ¿otra vez?*

Aunque en aquel momento no lo ví, Cris, que estaba al tanto de todo, grabó con su cámara todo el proceso. Nacho cayó en la silla mirando aquella prueba con los ojos como platos. Cogió una copa al vuelo, aprovechando que un camarero pasaba por allí, y la pobre tía Juani—que en aquel momento pasaba por su lado bailando un pasodoble con mi padre— le fue arrebatado el abanico de Vittorio & Luchino que se compró en la feria de Sevilla el verano anterior.

Estrella, que aquel día estaba preciosa, guiñó un ojo, cómplice a Cris. Habían urdido el plan a la perfección. Mi niña iba a tener una hermano o hermano. Fue la primera en saberlo y lloró de emoción ante la noticia. Estaba pletórica, recuperada. Y feliz del brazo de Alex.

*Noelia Moreno*

*Me temo que sí...*

*Nacho Pidal*

*Joder... Ahora mismo estoy... K.O.*

Y tan K.O, como que se había bebido todas y cada una de las copas que se habían olvidado los más bailongos de la ceremonia. Presentía que aquella noche iba a tener que buscar ayuda para llevar a mi marido a la cama sin sufrir un accidente.

*Nacho Pidal*

*Ufffff. Déjame reponerme, nena. Quédate ahí. No te muevas. Ahora mismo voy a buscarte. Necesito abrazarte y...*

Otra vez a vomitar...Esta vez podía ser también a causa de los nervios. Habíamos hablado de tener más hijos... ¿pero tan pronto? Temía la reacción de Nacho. ¿Estaría preparado para tener otrohijo?

*Noelia Moreno*

*No es una visión muy bonita ahora mismo.*

*Nacho Pidal*

*Créeme: nunca te veré tan bonita como en estos momentos. Gracias. Espera, que voy.*

*Noelia Moreno*

*Desde luego, donde pones el ojo pones la bala, golfo...*

A la mañana siguiente arreglé las flores como si fuera mi vida en ello. Había dejado a Nacho en la cama. Efectivamente, terminó bailando *Ave María* de Bisbal en medio de la pista, gritando a los cuatro vientos que estaba enamorado de la mujer más maravillosa del mundo. Y había acabado agotado. Miré el reloj. Cuando viera la nota acudiría a la cita, estaba segura.

¡Piiip, piiip!

*“Estoy llegando. Te voy a comer a besos”.*

Él no imaginaba la magnitud de todo aquello. Noté unos pasos a mi espalda y me giré para

verlo llegar y no perderme detalle de la expresión de su rostro, pese a no ver sus ojos, ahora tapados por las gafas de sol para ocultar las ojeras. Se paró en seco. Tragó saliva y agachó la cabeza. Vaya, me había equivocado. Mi plan no resultó ser tan maravilloso como había pensado...

—Nacho, no pretendía...—Me hizo callar las disculpas con un gesto de su mano, aún sin mirarme. Negó con la cabeza y siguió caminando hasta colocarse a mi lado. Él me tendió la mano para ayudarme a incorporarme. Me besó la cabeza mientras intentaba no llorar y resistiéndose a mirar hacia el frente. Respiró hondo y se quitó las gafas. Fue entonces cuando bajó su mano para coger la mía y apretarla fuerte.

—Esto es...—intentó decir con la voz ronca de emoción—. Esto es el mejor regalo de bodas del mundo.

Fue entonces cuando se permitió llorar, abrazándome como si hiciera meses que no me veía, como si fuera la última vez que lo hiciera.

Al frente, mi ramo, todos los centros de mesa de la boda, todas y cada una de las flores que adornaban los peinados de las chicas, los bolsillos de los chicos, todas y cada una de las flores que habían estado presentes en nuestra unión, adornaban ahora los pasillos de la planta de oncología con preciosos dibujos para los niños.

—Te quiero, te amo, eres la persona más generosa del mundo —continuó mientras besaba mis labios, mis mejillas, extasiado. Yo reía por como temblaba él. Me besó una última vez en los labios, más profundo y se deslizó hacia el suelo para besarme el vientre.

—Yo soy tu padre —dijo a mi barriga como si fuera DarkVader hablando a Luke Skywalker en *La guerra de las galaxias*, quizás para romper un poco aquel entorno melancólico que habíamos creado en apenas unos minutos—. Esa de ahí arriba —continuó señalándome— es el pibón de tu madre —yo reí ante la ocurrencia. Se separó un poco para acariciar la mano de Estrella, que entraba por el pasillo con otro ramo más—. Y esta señorita de aquí, es tu hermana mayor. No te preocupes, que ya te contaré todas las trastadas que ha hecho. Pero la mayor de todas —y me miró de nuevo. Yo le acariciaba el pelo—, fue encontrar a tu madre. Así que cada semana llenaremos este muro de flores, tal como hoy, para disfrute general del resto de amigos. ¿Te parece, cariño?

—Me parece perfecto —asentí.

Nacho, se incorporó sin dejar de tocarme la barriga.

—Eres maravillosa. Mi ángel de la guarda.

—Yo mejor me voy, que os estáis poniendo ñoños... —dijo Estrella.

Él la miró de nuevo, viéndola cruzar la esquina y se giró hacia mí.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—¡Idos a un hotel! —se escuchó a Mario desde la distancia rompiendo el momento portando unos lápices de colores que yo le había pedido para los niños.

—¿Pero tú siempre tienes que interrumpir las mejores escenas de la peli? ¡La madre que me parió! Lentejita, tú no escuches esto —continuó dirigiéndose a mi barriga—, que tú tío Mario es un pesado.

—Oye, que os veo muy ñoños, casi que vuelvo en otro momento.

—Sí, mejor, luego vamos a comer a la parcela, que hay noticias que contar —anunció Nacho, mientras Mario se colocaba las gafas y saludaba con la mano.

—Porque, digo yo, que habrá que contarle, ¿no?

—¿Tan pronto?

—Mira, nena —dijo poniéndose serio, cogiéndome de las manos—, la enfermedad de Estrella

ha sido un duro palo para todos. Creo que es necesario darles una alegría. Yo estoy feliz, tú estás feliz, Estrella está feliz, que estén felices todos, ¿no?

Le pasé los brazos por el cuello y sonreí.

—Estoy de acuerdo.

Cuando salíamos del hospital de la mano, con Estrella bailando delante, le hice parar un momento.

—Gracias.

—¿Por qué? —dijo pensativo.

—Por quererla y cuidarla. Por no dejar que su madre se deshiciera de ella. Por comprarle un ordenador y que diera clase de informática, educarla y... contactar conmigo. Si no hubiera sido por ella no estaríamos juntos y si no fuera por ti, ella no hubiera estado nunca. Tenía que estar, quizás era su misión.

Nacho me miró sorprendido. Cayó en la cuenta de que tenía razón. Las cosas no pasan porque sí, la vida pone a las personas que tiene que poner en nuestro camino por algún motivo...

No, no son casualidades, sino señales del destino.

FIN

# Sobre las autoras: Laura Nuño

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.

Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.

Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla. Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.

Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.

Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.

Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.

Por ello... ¡GRACIAS!

## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

Clarita y su mundo de Yupi (Amazon)

Elena y su mundo en blanco y negro (Amazon).

Y llenarte el muro de flores (Zafiro)

Al otro lado de la pared (eTerciopelo)

Anima Nigrum (Amazon)

Entre dos bandos (Amazon)

Highlander tenías que ser (Amazon)

El dictado de mi corazón. II Premio novela Leer y Leer (Vestales)

Mi Custodio. Los Ocultos I (Phoebe)

Mi Bestia. Los Ocultos II (Phoebe)

Mi Druida. Los Ocultos III (Amazon)

RRSS

Twitter, Facebook: @lalanuno

Instagram: @lalanuno\_

Website: [www.lalanuno.com](http://www.lalanuno.com)

# Sobre las autoras: Helen C. Rogue

Barcelona, 1980

[Novela romántica](#) y erótica

Actualmente es propietaria de un estudio de diseño gráfico y rotulación, vive en una casa en plena naturaleza.

Si bien escribe desde la adolescencia, fue en 2012 cuando comenzó su carrera literaria, con la publicación de varios relatos en antologías románticas. En 2013 apareció su primer relato largo o *novelle*, *La bruja de los zapatos rojos*, que se colocó en los primeros puestos de ventas durante más de dos meses y que ha conseguido reconocimiento, publicándose, incluso, una recomendación en la revista Marie Claire donde figuraba entre las 30 mejores novelas eróticas con autores de la talla de Maya Banks, Raine Miller, Georges Bataille, Pauline Reage (Historia de O) o Almudena Grandes, entre otros.

Casada y con dos hijos, sigue con sus proyectos artísticos todos con su sello personal.